

Anne Brontë
Agnes Grey

E LEJANDRIA

Anne Brontë
Agnes Grey

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AGNES GREY

ANNE BRONTË

PUBLICADO: 1847

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

**EDICIÓN ORIGINAL: THOMAS CAUTLEY NEWBY, PUBLISHER,
LONDON**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO I

LA CASA PARROQUIAL

Toda historia verdadera contiene una enseñanza; aunque en algunas el tesoro puede ser difícil de hallar y, una vez encontrado, tan escaso en cantidad que el seco y arrugado grano apenas compensa el esfuerzo de cascar la nuez. Si este es el caso de mi historia o no, no me siento muy capacitada para juzgarlo. En ocasiones pienso que podría resultarle útil a unos y entretenida a otros; pero que el mundo lo juzgue por sí mismo. Amparada por mi propia oscuridad, por el paso de los años y unos cuantos nombres ficticios, no temo aventurarme; y expondré con toda franqueza ante el público lo que no revelaría siquiera al amigo más íntimo.

Mi padre era un clérigo del norte de Inglaterra cuya estima bien ganada le granjeaba el respeto de cuantos le conocían; y, en su juventud, vivía con bastante holgura gracias a los ingresos combinados de un modesto curato y una pequeña propiedad de su propia pertenencia. Mi madre, que se casó con él en contra de los deseos de su familia, era hija de un hacendado y mujer de carácter. En vano se le hizo ver que, de convertirse en la esposa del pobre párroco, habría de renunciar a su carruaje y a su doncella, y a todos los lujos y refinamientos de la opulencia, que para ella no eran mucho menos que artículos de primera necesidad. Un carruaje y una doncella eran grandes comodidades; pero, gracias a Dios, tenía pies para caminar y manos para atender sus propias necesidades. Una

casa elegante y amplios jardines no eran cosas de despreciar; pero prefería vivir en una cabaña con Richard Grey que en un palacio con cualquier otro hombre del mundo.

Al ver que sus argumentos no surtían efecto, el padre les dijo al fin a los enamorados que podían casarse si así lo deseaban; pero que, al hacerlo, su hija perdería hasta el último céntimo de su fortuna. Esperaba con ello enfriar el ardor de ambos; pero se equivocó. Mi padre conocía demasiado bien los méritos superiores de mi madre como para no reconocer que ella misma era una fortuna valiosa; y si ella consentía en embellecer su humilde hogar, él sería dichoso recibéndola en cualquier condición; mientras que ella, por su parte, prefería trabajar con sus propias manos antes que separarse del hombre que amaba, cuya felicidad sería su mayor alegría procurar, y que ya era uno con ella en corazón y alma. Así pues, su fortuna fue a engrosar el caudal de una hermana más avisada que se había casado con un rico nabab; y ella, para asombro y compasivo pesar de cuantos la conocían, fue a enterrarse en la sencilla casa parroquial de un pueblo entre las colinas de ——. Y sin embargo, a pesar de todo ello, y a pesar del orgullo de mi madre y de las manías de mi padre, creo que habría que recorrer toda Inglaterra sin lograr encontrar una pareja más feliz.

De seis hijos, mi hermana Mary y yo fuimos las únicas dos que sobrevivimos a los peligros de la infancia y la primera niñez. Yo, siendo la menor por cinco o seis años, era siempre considerada *la* pequeña y la niña mimada de la familia: padre, madre y hermana, todos a una se conjuraban para malcriarme, no con una indulgencia necia que me volviera irritable e incorregible, sino con una bondad incesante que me hacía demasiado desvalida y dependiente, demasiado poco apta para forcejear con los cuidados y turbulencias de la vida.

Mary y yo nos criamos en el más estricto aislamiento. Mi madre, a un tiempo muy instruida, bien informada y amante de la ocupación, tomó a su cargo la totalidad de nuestra educación, con la excepción del latín —que mi padre se encargó de enseñarnos—, de modo que

nunca fuimos siquiera a la escuela; y como no había trato social en los alrededores, nuestra única relación con el mundo consistía en algún que otro solemne té con los principales granjeros y comerciantes de la comarca (tan sólo para evitar que nos tacharan de demasiado orgullosas para alternar con los vecinos) y en una visita anual a la casa de nuestro abuelo paterno, donde él mismo, nuestra bondadosa abuela, una tía soltera y dos o tres damas y caballeros de cierta edad eran las únicas personas que llegábamos a ver. A veces nuestra madre nos entretenía con historias y anécdotas de su juventud, que, si bien nos divertían enormemente, despertaban con frecuencia —en *mí*, al menos— un secreto deseo de ver un poco más de mundo.

Pensaba yo que ella debía de haber sido muy feliz; pero nunca parecía lamentar los tiempos pasados. Mi padre, en cambio, cuyo temperamento no era por naturaleza tranquilo ni alegre, solía mortificarse indebidamente pensando en los sacrificios que su querida esposa había hecho por él; y se devanaba los sesos dando vueltas a infinitos proyectos para aumentar su pequeña fortuna, por ella y por nosotras. En vano mi madre le aseguraba que estaba completamente satisfecha; y que, si él apartaba algo para las niñas, todas tendríamos de sobra, tanto para el presente como para el futuro; pero el ahorro no era el fuerte de mi padre. No contraería deudas (o, en todo caso, mi madre se cuidaba mucho de que así fuera), pero mientras tuviese dinero habría de gastarlo: le gustaba ver su casa confortable, y a su esposa e hijas bien vestidas y bien atendidas; y, además, era de carácter caritativo y gustaba de dar a los pobres según sus posibilidades o, como podrían pensar algunos, por encima de ellas.

Al fin, sin embargo, un amigo generoso le sugirió un medio de duplicar su patrimonio privado de un solo golpe y de incrementarlo en lo sucesivo hasta una cantidad incalculable. Este amigo era un comerciante, hombre de espíritu emprendedor y talento indudable, que se veía algo escaso de capital en sus actividades mercantiles; pero propuso generosamente conceder a mi padre una parte justa de sus beneficios si tan sólo le confiaba lo que pudiera ahorrar; y

pensaba que podía prometérselo sin riesgo: cualquier suma que el otro pusiera en sus manos le rendiría el ciento por ciento. El modesto patrimonio fue vendido con presteza, y el producto íntegro fue depositado en manos del amistoso comerciante, quien procedió sin demora a embarcar su cargamento y preparar su viaje.

Mi padre estaba encantado, y lo estábamos todas, con nuestras brillantes perspectivas. Es verdad que de momento nos veíamos reducidas a los exiguos ingresos del curato; pero mi padre parecía pensar que no había necesidad alguna de restringir escrupulosamente nuestros gastos a esa cantidad; así que, con una cuenta abierta en casa del Sr. Jackson, otra en casa de Smith y una tercera en casa de Hobson, nos las íbamos arreglando incluso con mayor comodidad que antes: aunque mi madre afirmaba que más valía no pasarse, pues nuestras perspectivas de riqueza no eran del todo seguras, después de todo; y que si mi padre confiaba todo a su administración, jamás se sentiría apurado; pero él, en esta ocasión, era incorregible.

¡Qué horas tan felices pasaban Mary y yo sentadas a la labor junto al fuego, o vagando por las laderas cubiertas de brezo, o haraganeando bajo el abedul llorón (el único árbol de cierta importancia del jardín), hablando de la futura felicidad de nosotras y de nuestros padres, de lo que haríamos, veríamos y poseeríamos, sin otro fundamento para tan suntuosa construcción que las riquezas que se esperaba que fluyesen hacia nosotros con el éxito de las especulaciones del digno comerciante! Nuestro padre era casi tan candoroso como nosotras al respecto; sólo que afectaba no tomárselo tan en serio: expresaba sus brillantes esperanzas y su confiada expectativa en bromas y ocurrencias festivas que siempre me parecían ingeniosísimas y deliciosas. Nuestra madre reía de contento al verle tan esperanzado y alegre; pero aun así temía que se tomara demasiado a pecho el asunto; y una vez le oí murmurar al salir del cuarto: «¡Dios quiera que no se lleve un chasco! No sé cómo lo soportaría.»

Un chasco se llevó, y amargo. Cayó sobre nosotros como un trueno la noticia de que el barco que contenía nuestra fortuna había naufragado y se había ido a pique con todos sus cargamentos, junto con varios miembros de la tripulación y el desdichado comerciante en persona. Me apené por él; me apené por el derrumbe de todos nuestros castillos en el aire; pero, con la elasticidad propia de la juventud, me recuperé pronto del golpe.

Aunque la riqueza tenía sus atractivos, la pobreza no encerraba terror alguno para una chica inexperta como yo. A decir verdad, había algo estimulante en la idea de verse obligada a apretarse el cinturón y recurrir a los propios medios. Sólo deseaba que papá, mamá y Mary compartieran mi mismo parecer; y entonces, en lugar de lamentar las calamidades pasadas, podríamos ponernos alegremente a trabajar todas para remediarlas; y cuanto mayores fueran las dificultades, cuanto más duras las privaciones presentes, tanto mayor debería ser nuestra alegría para soportar las últimas y más bríos para combatir las primeras.

Mary no se lamentaba, pero rumiaba constantemente la desgracia y caía en un estado de abatimiento del que ningún esfuerzo mío podía sacarla. Me era absolutamente imposible hacerle ver el lado bueno del asunto, como hacía yo; y, a decir verdad, temía tanto que me acusaran de frivolidad infantil o de estúpida insensibilidad que me guardaba para mí la mayor parte de mis ideas alegres y pensamientos reconfortantes, bien sabiendo que no serían apreciados.

Mi madre sólo pensaba en consolar a mi padre y en pagar nuestras deudas y recortar los gastos por todos los medios posibles; pero mi padre estaba completamente aplastado por la calamidad: la salud, las fuerzas y el ánimo cedieron bajo el golpe, y jamás se recuperó del todo. En vano mi madre se esforzaba en animarle, apelando a su piedad, a su valor, a su afecto por ella y por nosotras. Ese mismo afecto era su mayor tormento: por nosotras había anhelado con tanto ardor acrecentar su fortuna; nuestro interés era lo que había prestado tal brillo a sus esperanzas, y lo que ahora

impartía tanta amargura a su angustia presente. Se atormentaba entonces con remordimientos por haber desatendido los consejos de mi madre, que al menos le habrían librado de la carga adicional de las deudas; se reprochaba en vano haber arrancado a su esposa de la dignidad, la comodidad y el lujo de su anterior posición para compartir con él los trabajos y fatigas de la pobreza. Era hiél y ajeno para su alma ver a aquella espléndida y cultivadísima mujer, un día tan solicitada y admirada, convertida en una activa y hacendosa ama de casa, con manos y cabeza sin descanso ocupadas en las labores y la economía doméstica. La misma voluntad con que ella desempeñaba estos deberes, la entereza con que soportaba sus reveses y la bondad que la retenía de echarle a él la menor culpa, todo ello era torcido por este ingenioso atormentador de sí mismo para convertirlo en nuevos motivos de sufrimiento. Y así la mente carcomía el cuerpo, y desquiciaba el sistema nervioso, y éste a su vez agravaba las perturbaciones de la mente, hasta que, por acción y reacción, su salud quedó seriamente quebrantada; y ninguno de nosotros podía convencerle de que el aspecto de nuestra situación no era ni la mitad de sombrío ni remotamente tan desesperado como su imaginación morbosa se lo representaba.

Se vendió el útil faetón de pony, junto con el robusto y bien alimentado pony, el viejo favorito que habíamos resuelto dejarle acabar sus días en paz y que nunca saldría de nuestras manos; el pequeño cobertizo y la cuadra fueron alquilados; se despidió al mozo y a la más eficiente (y por tanto más cara) de las dos criadas. Nuestra ropa era zurcida, vuelta del revés y remendada hasta el último límite de lo presentable; nuestra comida, siempre sencilla, se simplificó ahora hasta un grado sin precedentes, con excepción de los platos favoritos de mi padre; los carbones y las velas se economizaban con un rigor doloroso: las dos velas quedaron reducidas a una, y ésta usada con la mayor parsimonia; los carbones guardados con cuidado en la chimenea a medio llenar, en especial cuando mi padre estaba fuera cumpliendo sus deberes parroquiales o postrado en cama por enfermedad: entonces nos sentábamos con los pies en el guardafuego, apartando de vez en cuando las ascuas

que agonizaban y añadiendo ocasionalmente un puñadito de cisco y fragmentos de carbón, tan sólo para mantenerlas vivas. En cuanto a las alfombras, con el tiempo quedaron raídas hasta la urdimbre y parcheadas y remendadas aún más que nuestras ropas. Para ahorrar el gasto de un jardinero, Mary y yo nos encargamos de mantener el jardín en orden; y todos los trabajos de cocina y casa que no podía manejar fácilmente una sola criada los hacían mi madre y mi hermana, con alguna ayuda ocasional de mi parte: sólo pequeña ayuda, porque, aunque a mis propios ojos era ya una mujer, a los de ellas seguía siendo una niña; y mi madre, como la mayoría de las mujeres activas y hacendosas, no había sido bendecida con unas hijas especialmente activas: por esta razón, que siendo ella misma tan hábil y diligente, nunca se veía tentada de confiar sus asuntos a una delegada, sino que, por el contrario, estaba dispuesta a actuar y pensar por los demás además de por sí misma; y fuese cual fuese el asunto entre manos, solía creer que nadie podría hacerlo tan bien como ella; de modo que cuando yo le ofrecía ayudarla, recibía una respuesta como ésta: «No, cariño, de verdad que no puedes hacer nada aquí. Anda a ayudar a tu hermana, o convéncela de que dé un paseo contigo; dile que no debe estar tanto sentada y quedarse siempre en casa como hace: no es de extrañar que esté tan pálida y desanimada.»

—Mary, mamá dice que te ayude; o que te convenza de salir a pasear conmigo; dice que no es de extrañar que estés tan pálida y desanimada si te quedas siempre en casa.

—Ayudarme no puedes, Agnes; y salir *contigo* tampoco puedo: tengo demasiado que hacer.

—Déjame ayudarte, entonces.

—De verdad que no puedes, pequeña. Anda a practicar el piano, o a jugar con la gatita.

Siempre había mucha costura a mano; pero a mí no me habían enseñado a cortar ni una sola prenda, y aparte del dobladillo y la costura recta, poco podía hacer yo siquiera en eso; pues las dos

aseguraban que les resultaba mucho más fácil hacer ellas mismas el trabajo que preparármelo a mí: y, además, preferían verme estudiando o divirtiéndome; ya habría tiempo de sobra para verme inclinada sobre la labor como una formal matrona cuando mi querida gatita se hubiera convertido en una seria gata vieja. En tales circunstancias, aunque no era mucho más útil que la gatita, mi ociosidad no carecía del todo de excusa.

En medio de todos nuestros apuros, no oí a mi madre quejarse más que una sola vez de nuestra escasez de dinero. Un día, al acercarse el verano, nos dijo a Mary y a mí: «¡Qué deseable sería que papá pudiera pasar unas semanas en un balneario! Estoy convencida de que el aire del mar y el cambio de ambiente le reportarían un bien incalculable. Pero ya veis que no hay dinero», añadió con un suspiro. Las dos deseábamos vivamente que pudiera hacerse, y lamentamos mucho que no pudiera ser. «¡Bueno, bueno!», dijo ella. «No sirve de nada quejarse. A lo mejor se podría hacer algo para llevar adelante el proyecto, después de todo. Mary, tú dibujas de maravilla. ¿Qué te parecería hacer algunos cuadros más de los mejores que sabes hacer, mandarlos enmarcar junto con las acuarelas que ya tienes, e intentar vendérselos a algún generoso marchante que tenga el buen gusto de apreciarlos?»

—Mamá, me encantaría, si crees que *podrían* venderse; y por un precio que valiera la pena.

—De todos modos vale la pena intentarlo, querida: hazte con los dibujos y yo trataré de encontrar un comprador.

—Ojalá *yo* pudiera hacer algo —dije.

—¿Tú, Agnes? Bueno, ¿quién sabe? Tú también dibujas bastante bien: si eliges algún tema sencillo, estoy segura de que serás capaz de producir algo de lo que todos nos sintamos orgullosos de exponer.

—Pero tengo otro proyecto en mente, mamá, y lo llevo pensando mucho tiempo; sólo que no me atrevía a mencionarlo.

—¡De veras! Por favor, cuéntanoslo.

—Me gustaría ser institutriz.

Mi madre lanzó una exclamación de sorpresa y se rió. Mi hermana dejó caer la labor, asombrada, exclamando:

—i *Tú* institutriz, Agnes! ¿Qué estás soñando?

—iVamos! No veo que sea algo tan *extraordinario*. No pretendo poder instruir a muchachas mayores; pero seguramente podría enseñar a las pequeñas; y me gustaría tanto: me encantan los niños. ¡Déjame intentarlo, mamá!

—Pero, cariño, aún no has aprendido a cuidarte *tú misma*; y los niños pequeños requieren más juicio y experiencia para manejarlos que los mayores.

—Pero, mamá, tengo más de dieciocho años y soy perfectamente capaz de cuidarme yo sola, y también a los demás. No conocéis ni la mitad de la cordura y la prudencia que poseo, porque nunca se me ha puesto a prueba.

—Piénsalo bien —dijo Mary—: ¿qué harías en una casa llena de desconocidos, sin mí ni mamá para hablar y actuar por ti, con un montón de niños, además de ti misma, a quienes atender, y sin nadie a quien recurrir para pedir consejo? Ni siquiera sabrías qué ropa ponerte.

—Pensáis que, porque siempre hago lo que me mandáis, no tengo criterio propio; pero ponedme a prueba, eso es todo lo que os pido, y ya veréis lo que sé hacer.

En ese momento entró mi padre, y se le explicó el tema de nuestra discusión.

—iCómo, que mi pequeña Agnes institutriz! —exclamó, y, a pesar de su abatimiento, se rió ante la idea.

—Sí, papá, no digas nada en contra: me gustaría muchísimo, y estoy segura de que lo haría de maravilla.

—Pero, hija mía, no podríamos prescindir de ti. —Y una lágrima brilló en sus ojos al añadir—: ¡No, no! Por muy apurados que

estemos, de seguro que no hemos llegado a ese extremo.

—¡Oh, no! —dijo mi madre—. No hay necesidad ninguna de tal medida; es sólo un capricho suyo. Así que ya puedes callarte, niña traviesa; porque, aunque estás tan dispuesta a dejarnos, bien sabes que no podemos prescindir *de ti*.

Aquel día enmudecí, y muchos de los siguientes; pero aun así no renuncié del todo a mi querido proyecto. Mary cogió sus útiles de dibujo y se puso a trabajar metódicamente. Yo cogí los míos también; pero mientras dibujaba, pensaba en otras cosas. ¡Qué delicioso sería ser institutriz! Salir al mundo; comenzar una vida nueva; actuar por propia cuenta; ejercitar las facultades que yacían dormidas; poner a prueba los talentos que desconocía; ganarme el sustento y algo con que consolar y ayudar a mi padre, mi madre y mi hermana, además de aliviarles del gasto de mi comida y mi ropa; demostrarle a papá lo que podía hacer su pequeña Agnes; convencer a mamá y a Mary de que no era la criatura desvalida e irreflexiva que suponían. Y además, ¡qué encantador ser la persona de confianza para el cuidado y la educación de los niños! Dijera lo que dijera el mundo, yo sentía que estaba completamente capacitada para la tarea: el claro recuerdo de mis propios pensamientos en la primera infancia sería una guía más segura que las instrucciones del consejero más experimentado. No tendría más que apartarme de mis pequeños alumnos para pensar en mí misma a su edad, y sabría al instante cómo ganarme su confianza y su afecto; cómo despertar la contrición en el errante; cómo alentar al tímido y consolar al afligido; cómo hacer que la Virtud fuese algo practicable, la Instrucción algo deseable y la Religión algo amable e inteligible.

—¡Tarea deliciosa! ¡Enseñar al joven retoño a crecer!

¡Cultivar las tiernas plantas y contemplar sus brotes abriéndose día a día!

Animada por tan numerosos alicientes, resolví perseverar; aunque el temor de disgustar a mi madre o de herir los sentimientos de mi

padre me impidió volver a sacar el tema durante varios días. Al fin se lo mencioné de nuevo a mi madre en privado y, con alguna dificultad, logré que me prometiera prestarme su apoyo con sus gestiones. A continuación obtuve el reticente consentimiento de mi padre y luego, aunque Mary seguía suspirando con gesto de desaprobación, mi querida y bondadosa madre comenzó a buscarme un empleo. Escribió a los parientes de mi padre y consultó los anuncios de los periódicos; con sus propios parientes hacía mucho tiempo que había cortado toda relación: desde su matrimonio no había mantenido más que un intercambio formal de cartas esporádicas, y nunca en ningún momento les habría pedido ayuda en un asunto de esta naturaleza. Pero tan larga y tan total había sido la reclusión de mis padres del mundo que transcurrieron muchas semanas antes de que se encontrara un empleo adecuado. Al final, con gran alegría mía, se dispuso que yo me hiciera cargo de la joven familia de cierta Mrs. Bloomfield, a quien mi buena y puntillosa tía Grey había conocido en su juventud y aseguraba ser una señora muy agradable. Su marido era un comerciante retirado que se había labrado una fortuna bastante cómoda, pero a quien no había manera de persuadir de ofrecer un salario superior a veinticinco libras a la institutriz de sus hijos. Sin embargo, yo estaba dispuesta a aceptar esto antes que rechazar el empleo, lo cual era lo que mis padres inclinaban a pensar que era la mejor solución.

Pero aún habían de dedicarse algunas semanas más a los preparativos. ¡Qué largas, qué tediosas me parecieron esas semanas! Y sin embargo fueron, en conjunto, felices: llenas de brillantes esperanzas y ardientes expectativas. ¡Con qué peculiar placer participé en la confección de mis ropas nuevas y, a continuación, en el llenado de los baúles! Pero también en esta última ocupación se mezclaba un dejo de amargura; y cuando estuvo todo hecho, cuando ya todo estaba listo para mi partida del día siguiente y se acercaba la última noche en casa, un súbito desconsuelo pareció colmarme el corazón. Mis queridos seres miraban con tanta tristeza y hablaban con tanta ternura que apenas podía contener el llanto; pero aun así aparenté estar alegre. Había

dado mi último paseo con Mary por los páramos, mi último recorrido por el jardín y alrededor de la casa; habíamos dado de comer juntas, por última vez, a nuestras palomas domésticas, esas preciosas criaturas que habíamos domesticado para que vinieran a picotear el alimento de nuestras manos: había acariciado por última vez todas aquellas suaves espaldas mientras se apiñaban en mi regazo. Había besado con ternura a mis favoritas propias, la pareja de coliturcos blancos como la nieve; había tocado mi última melodía en el viejo piano familiar y cantado mi última canción a papá: no la última, esperaba yo, sino la última por un período que a mí me parecía muy largo. Y quizá, cuando volviera a hacer aquellas cosas, sería con sentimientos distintos: las circunstancias podrían haber cambiado y esta casa quizá no volvería a ser nunca más mi hogar definitivo. Mi querida amiguita, la gatita, habría cambiado sin duda: ya se iba convirtiendo en una espléndida gata; y cuando yo regresara, aunque sólo fuera de visita rápida en Navidad, lo más probable es que hubiera olvidado tanto a su compañera de juegos como sus alegres travesuras. Había retozado con ella por última vez; y cuando acaricié su suave pelaje brillante mientras ella se desperezaba ronroneando en mi regazo, fue con una tristeza que no podía disimular fácilmente. Después, a la hora de acostarse, cuando me retiré con Mary a nuestra tranquila habitación, donde ya mis cajones estaban vacíos y mi parte de la estantería desierta, y donde en adelante ella tendría que dormir sola, en lúgubre soledad, como ella decía, mi corazón se hundió más que nunca: sentí que había sido egoísta y mezquina al empeñarme en marcharme; y cuando me arrodillé una vez más junto a nuestra camita, recé por una bendición sobre ella y sobre mis padres con más fervor que nunca lo había hecho antes. Para ocultar mi emoción, me cubrí el rostro con las manos, y en poco tiempo quedaron bañadas en lágrimas. Al levantarme noté que ella también había llorado; pero ninguna de las dos habló; y en silencio nos dispusimos a descansar, acurrucándonos más estrechamente la una junto a la otra, conscientes de que íbamos a separarnos muy pronto.

Pero la mañana trajo una renovación de esperanzas y ánimos. Debía partir temprano, para que el vehículo que me llevaba (un tálburi alquilado al Sr. Smith, el pañero, tendero y vendedor de té del pueblo) pudiera regresar el mismo día. Me levanté, me lavé, me vestí, desayuné a toda prisa, recibí los afectuosos abrazos de mi padre, madre y hermana, besé a la gata —con gran escándalo de Sally, la criada—, le estreché la mano, subí al tálburi, corrí el velo sobre mi rostro y entonces, pero no antes, rompí en un torrente de lágrimas. El tálburi echó a rodar; miré hacia atrás: mi querida madre y mi hermana seguían de pie en la puerta, mirándome y diciéndome adiós con la mano. Yo les devolví el saludo y pedí a Dios de todo corazón que las bendijera: bajamos la cuesta y ya no pude verlas.

—Una mañana bastante fresca para usted, señorita Agnes —observó Smith—, y también bastante oscura; pero quizá lleguemos a ese sitio antes de que caiga mucha lluvia que valga la pena decir.

—Sí, eso espero —respondí, con la mayor calma que pude.

—Anoche cayó un buen chubasco también.

—Sí.

—Pero quizá este viento frío lo mantenga a raya.

—Puede que sí.

Aquí terminó nuestra conversación. Cruzamos el valle y comenzamos a subir la cuesta de enfrente. Mientras íbamos ascendiendo, miré de nuevo hacia atrás: allí estaba el campanario del pueblo y, más allá, la vieja rectoría gris bañada en un haz oblicuo de sol; era un rayo débil, pero el pueblo y las colinas circundantes estaban en sombra oscura, y saludé el rayo errante como un fausto presagio para mi hogar. Con las manos juntas imploré fervorosamente una bendición sobre sus habitantes y aparté la vista con presteza; pues vi que la luz del sol se iba; y me cuidé de no lanzar otra mirada, para no verlo sumido en la sombra lúgubre, como el resto del paisaje.

CAPÍTULO II

PRIMERAS LECCIONES EN EL ARTE DE INSTRUIR

Mientras seguíamos avanzando, el ánimo volvió a animarse y me volqué con placer en la contemplación de la nueva vida en que estaba entrando. Pero aunque no era mucho más que mediados de septiembre, las pesadas nubes y el fuerte viento del nordeste se combinaban para hacer el día extremadamente frío y sombrío; y el viaje parecía muy largo, pues, como observó Smith, los caminos eran «muy pesados»; y desde luego su caballo también era muy pesado: subía las cuestas a rastras y las bajaba a paso de tortuga, y sólo se dignaba sacudirse los flancos al trote donde el camino era absolutamente llano o con una pendiente muy suave, lo que raramente ocurría en aquellas escarpadas regiones; de modo que era casi la una cuando llegamos a nuestro destino. Sin embargo, después de todo, cuando entramos por el elevado portal de hierro, cuando avanzamos suavemente por la tersa y cuidada alameda de entrada, con el verde césped a ambos lados salpicado de árboles jóvenes, y nos aproximamos a la nueva pero señorial mansión de Wellwood, que se alzaba por encima de sus choperas de rápido crecimiento, el valor me abandonó y deseé que estuviera a uno o dos kilómetros más de distancia. Por primera vez en mi vida tendría que valerme sola: ya no había vuelta atrás. Debía entrar en aquella casa y presentarme entre sus extraños habitantes. Pero ¿cómo hacerlo? Ciertamente tenía casi diecinueve años; pero, gracias a mi

vida retirada y al cuidado protector de mi madre y mi hermana, bien sabía yo que muchas chicas de quince años, o menos, estaban dotadas de un aplomo más femenino y de mayor facilidad y seguridad en sí mismas que yo. Y sin embargo, si Mrs. Bloomfield era una mujer bondadosa y maternal, quizá todo iría muy bien, después de todo; y con los niños, desde luego, pronto me sentiría a gusto con ellos; y Mr. Bloomfield, esperaba, tendría poco que ver conmigo.

«Serenidad, serenidad, pase lo que pase», me dije para mis adentros; y en verdad cumplí esta resolución tan fielmente, y estuve tan absorta en controlar mis nervios y sofocar el rebelde aleteo de mi corazón, que cuando me introdujeron en el vestíbulo y me llevaron a presencia de Mrs. Bloomfield, casi olvidé responder a su cortés salutación; y después me pareció que lo poco que dije lo dije en el tono de quien está medio muerta o medio dormida. La señora también era un tanto fría en sus modales, según advertí cuando tuve tiempo de reflexionar. Era una mujer alta, enjuta y de porte majestuoso, con el pelo negro y espeso, los ojos grises y fríos y la tez sumamente amarillenta.

Con la debida cortesía, sin embargo, me mostró mi dormitorio y me dejó allí para que tomara un pequeño refrigerio. Me consternó un tanto mi aspecto al mirarme al espejo: el frío viento había hinchado y enrojecido mis manos, deshecho y enredado mi cabello y teñido mi rostro de un morado apagado; añádase a esto que mi cuello estaba horriblemente arrugado, mi vestido salpicado de barro y mis pies calzados con unas botas nuevas y resistentes; y como los baúles no habían sido subidos, no había remedio; así que, después de alisar el cabello lo mejor que pude y de tirar repetidamente de mi obstinado cuello, me dispuse a bajar torpemente los dos tramos de escalera, filosofando mientras iba; y con alguna dificultad encontré el camino hasta la habitación donde Mrs. Bloomfield me aguardaba.

Me condujo al comedor, donde se había dispuesto el almuerzo de la familia. Me pusieron delante unos filetes de ternera y unas patatas medio frías; y mientras yo comía, ella permanecía sentada enfrente,

observándome (según me parecía a mí) y esforzándose en sostener algo parecido a una conversación, consistente sobre todo en una sucesión de lugares comunes expresados con rígida formalidad; aunque quizá esto era más culpa mía que suya, pues en realidad yo era incapaz de conversar. Lo cierto es que mi atención estaba casi enteramente absorta en la comida: no por un hambre voraz, sino por el apuro que me causaban la dureza de los filetes y el entumecimiento de mis manos, casi paralizadas tras cinco horas de exposición al viento helado. De buena gana me habría contentado con las patatas dejando la carne, pero habiendo puesto en el plato un trozo grande de ésta, no podía ser tan descortés como para dejarlo; así que, después de muchos intentos torpes e infructuosos de cortarlo con el cuchillo, arrancarlo con el tenedor o separarlo entre los dos, y consciente de que la temible señora era testigo de toda la operación, al fin agarré resueltamente el cuchillo y el tenedor a puño cerrado, como una criatura de dos años, y me puse a la tarea con toda la poca fuerza que poseía. Pero aquello requería alguna disculpa; con un débil intento de reírme, dije: «Tengo las manos tan entumecidas por el frío que casi no puedo manejar el cuchillo y el tenedor.»

—No me extraña que los notara fríos —respondió ella con una frialdad tranquila e inmutable que no contribuyó precisamente a tranquilizarme.

Cuando el ceremonial hubo concluido, me llevó de nuevo al salón, donde llamó y mandó traer a los niños.

—Los encontrará usted bastante atrasados en sus conocimientos —dijo—, pues he tenido muy poco tiempo para ocuparme yo misma de su educación, y los hemos considerado demasiado pequeños para tener institutriz hasta ahora; pero creo que son niños listos y muy dispuestos a aprender, en especial el niño; éste es, en mi opinión, la flor de la familia: un muchacho generoso y de noble espíritu, al que se puede guiar pero no forzar, y notable por decir siempre la verdad. Parece despreciar el engaño —esto era una buena noticia—. Su hermana Mary Ann requerirá vigilancia —continuó—, pero en

conjunto es una buena niña; aunque quisiera que se mantuviera alejada del cuarto de los niños en la medida de lo posible, pues ya tiene casi seis años y podría adquirir malos hábitos de las niñeras. He dado orden de que pongan su camita en la habitación de usted, y si tiene usted la bondad de supervisar su aseo y su vestido, y hacerse cargo de su ropa, no tendrá que ver más a la niñera.

Respondí que estaba muy dispuesta a hacerlo; y en ese momento mis jóvenes alumnos entraron en la habitación con sus dos hermanas menores. El señorito Tom Bloomfield era un niño bien desarrollado de siete años, de constitución algo nerviosa, pelo rubio, ojos azules, nariz pequeña y respingona, y tez clara. Mary Ann era también una niña alta, algo morena como su madre, pero con la cara redonda y llena y las mejillas de un rojo vivo. La segunda hermana era Fanny, una niña muy bonita; Mrs. Bloomfield me aseguró que era una criatura de carácter singularmente apacible, que necesitaba que la animaran: aún no había aprendido nada; pero dentro de unos días cumpliría cuatro años y entonces podría dar su primera lección en el alfabeto y ser promovida al cuarto de estudio. La restante era Harriet, una cosilla baja, gordita, alegre y juguetona que apenas tenía dos años, y que era la que más me atraía de todas; pero a ella no me correspondía atenderla.

Hablé con mis pequeños alumnos lo mejor que pude y procuré hacerme agradable; pero con escaso resultado, me temo, pues la presencia de su madre me mantenía bajo un molesto cohibimiento. Ellos, sin embargo, estaban notablemente libres de timidez. Parecían niños atrevidos y vivos, y esperaba que pronto nos llevaríamos bien, en especial el niño, del que su mamá me había dado tan buenas referencias. En Mary Ann se advertía cierta afectación risueña y un ansia de llamar la atención que me entristeció ver. Pero su hermano acaparó toda mi atención para sí: se plantó erguido entre la chimenea y yo, con las manos a la espalda, hablando sin parar como un orador e interrumpiendo ocasionalmente su discurso con una agria reprimenda a sus hermanas cuando hacían demasiado ruido.

—¡Ay, Tom, qué encanto eres! —exclamó su madre—. Ven a darle un beso a tu querida mamá; ¿y luego no le enseñarás a la señorita Grey tu cuarto de estudio y tus libros nuevos tan bonitos?

—A usted no le daré un beso, mamá; pero *sí* le enseñaré a la señorita Grey mi cuarto de estudio y mis libros nuevos.

—Y *mi* cuarto de estudio y *mis* libros nuevos, Tom —dijo Mary Ann—. Son míos también.

—Son *míos* —replicó él con rotundidad—. Síganme, señorita Grey: yo la escoltaré.

Una vez vistos el cuarto y los libros, entre algunas disputas entre hermano y hermana que yo hice todo lo posible por apaciguar o mitigar, Mary Ann me trajo su muñeca y se puso a hablar muy locuazmente sobre sus ropitas, su camita, su cómoda y demás pertenencias; pero Tom le mandó callarse, para que la señorita Grey pudiera ver su caballo de balancín, que, con gran pompa y ajetreo, arrastró desde su rincón hasta el centro de la habitación, llamándome a voces para que lo mirara. Luego le ordenó a su hermana que sostuviera las riendas, montó, y me obligó a quedarme diez minutos observando cuánto valor ponía en el uso del látigo y las espuelas. Mientras tanto, sin embargo, yo admiré la bonita muñeca de Mary Ann y todas sus pertenencias; y luego le dije al señorito Tom que era un jinete excelente, pero que esperaba que no usara tanto el látigo y las espuelas cuando montara un pony de verdad.

—¡Claro que sí! —dijo él, arreciando con redoblado ardor—. ¡Le daré de lo lindo! ¡Eh! ¡Ya verá como suda!

Aquello era muy alarmante; pero esperaba poder conseguir una reforma con el tiempo.

—Ahora debe ponerse usted el sombrero y el chal —dijo el pequeño héroe—, y le enseñaré mi jardín.

—Y el *mío* —dijo Mary Ann.

Tom levantó el puño con gesto amenazador; ella dio un chillido agudo y estridente, corrió al otro lado de mí y le hizo una mueca.

—¡Seguro que no le pegarías a tu hermana, Tom! Espero no verte hacer eso *nunca*.

—Lo hará a veces: me veo obligado a hacerlo de vez en cuando para tenerla en orden.

—Pero mantenerla en orden no es cosa tuya, ya sabes; eso le corresponde a...

—Bueno, ahora vaya usted a ponerse el sombrero.

—No sé... está muy nublado y hace frío, parece que va a llover; y ya sabe usted que he hecho un viaje largo.

—No importa: *tiene* que venir; no admito excusas —replicó el engreído caballerito. Y, como era el primer día de nuestra relación, pensé que bien podría complacerle. Hacía demasiado frío para que Mary Ann se aventurara afuera, así que se quedó con su mamá, con gran alivio de su hermano, que prefería tenerme toda para él.

El jardín era grande y estaba trazado con buen gusto; además de varias espléndidas dalias, había otras flores hermosas aún en flor; pero mi acompañante no me daba tiempo de examinarlas: debía seguirle, a través de la hierba mojada, hasta un rincón remoto y apartado, el lugar más importante de los terrenos, porque contenía *su* jardín. Había dos parterres redondos repletos de plantas variadas. En uno de ellos había un precioso rosal. Me detuve a admirar sus encantadoras flores.

—¡Oh, no haga caso de ese! —dijo él con desdén—. Ese es sólo el jardín de *Mary Ann*; mire, ÉSTE es el mío.

Después de que hube observado cada flor y escuchado una disertación sobre cada planta, se me permitió marchar; pero antes, con gran pompa, arrancó una primula y me la ofreció, como quien otorga un favor prodigioso. Observé en la hierba alrededor de su jardín ciertos artefactos de palitos y grano, y pregunté para qué eran.

—Trampas para pájaros.

—¿Para qué los atrapa?

—Papá dice que hacen daño.

—¿Y qué hace con ellos cuando los atrapa?

—Cosas distintas. A veces se los doy al gato; a veces los corto en pedazos con mi navaja; pero el próximo pienso asarlo vivo.

—¿Y por qué piensa hacer una cosa tan horrible?

—Por dos razones: primero, para ver cuánto tiempo aguanta; y luego, para ver qué sabor tiene.

—¿Pero no sabes que es sumamente cruel hacer esas cosas? Piensa que los pájaros sienten igual que tú; y mira, ¿cómo te gustaría a ti?

—¡Eso no importa! Yo no soy un pájaro, y no puedo sentir lo que les hago a ellos.

—Pero tendrás que sentirlo algún día, Tom: ya has oído adónde van las personas malas cuando mueren; y si no dejas de atormentar a los pájaros inocentes, recuerda que tendrás que ir allí y sufrir exactamente lo que has hecho sufrir a ellos.

—¡Bah! Eso no. Papá sabe cómo los trato, y nunca me echa en cara nada: dice que es exactamente lo que *él* hacía de niño. El verano pasado me dio un nido lleno de gorriones jóvenes, y me vio arrancarles las patas y las alas y las cabezas, y no dijo nada; excepto que eran bichos asquerosos y que no debía mancharme los pantalones; y el tío Robson también estaba allí, y se rió, y dijo que era un muchacho estupendo.

—¿Y qué diría tu mamá?

—¡Oh, a ella le da igual! Dice que es una lástima matar los bonitos pájaros que cantan, pero los gorriones traviesos, los ratones y las ratas, puedo hacer con ellos lo que quiera. De modo que ya ve usted, señorita Grey, que *no* es ninguna crueldad.

—Sigo pensando que lo es, Tom; y quizá tu papá y tu mamá también lo pensarían si reflexionaran bien sobre ello. Sin embargo —

añadí para mis adentros—, digan lo que digan, estoy decidida a que no haga nada semejante mientras tenga poder para impedirlo.

Después me llevó por el jardín a ver sus trampas para topos, y luego al pajar a ver sus trampas para comadrejas: una de las cuales, para su gran júbilo, contenía una comadreja muerta; y luego a la cuadra a ver, no los finos caballos de tiro, sino un potrillo pequeño y sin domar, del que me informó que había sido criado expresamente para él y que lo montaría en cuanto lo hubieran domado bien. Traté de entretener al pequeño y escuché toda su charla con la mayor complacencia que pude; pues pensaba que si tenía algún afecto, procuraría ganarme su simpatía; y entonces, con el tiempo, quizá podría mostrarle el error de sus caminos; pero busqué en vano ese espíritu generoso y noble del que hablaba su madre, aunque sí pude ver que no carecía de cierta viveza y penetración cuando se dignaba ejercerlas.

Cuando volvimos a entrar en la casa era casi la hora del té. El señorito Tom me dijo que, como papá estaba fuera, él y yo y Mary Ann tomaríamos el té con mamá, como un regalo especial; pues en tales ocasiones ella siempre comía a la hora de almuerzo con ellos, en lugar de a las seis. Poco después del té, Mary Ann se fue a la cama, pero Tom nos honró con su compañía y conversación hasta las ocho. Una vez que se fue él, Mrs. Bloomfield me ilustró más detalladamente sobre el carácter y los conocimientos de sus hijos, sobre lo que debían aprender y cómo habían de ser tratados, y me advirtió que no mencionara sus defectos a nadie más que a ella. Mi madre me había prevenido antes de que los mencionara lo menos posible *a ella*, pues a la gente no le gustaba que le dijeran los defectos de sus hijos; y así llegué a la conclusión de que debía guardar silencio al respecto por completo. Hacia las nueve y media, Mrs. Bloomfield me invitó a tomar parte en una frugal cena de carne fría y pan. Me alegré cuando aquello terminó y ella cogió su palmatoria y se retiró a descansar; pues aunque deseaba encontrarla agradable, su compañía me resultaba sumamente penosa; y no podía evitar la impresión de que era fría, seria y

distante: todo lo contrario de la bondadosa y cálida matrona que mis esperanzas habían imaginado.

CAPÍTULO III

UNAS CUANTAS LECCIONES MÁS

Me levanté a la mañana siguiente con una sensación de alegre esperanza, a pesar de los desengaños ya experimentados; pero descubrí que vestir a Mary Ann no era cosa de poca monta, pues su abundante cabello había de ser untado con pomada, trenzado en tres largas trenzas y atado con lazos de cinta: tarea que mis dedos, poco habituados a ello, encontraban gran dificultad en llevar a cabo. Ella me decía que su niñera lo hacía en la mitad del tiempo y, manteniéndose en un constante estado de impaciente nerviosismo, conseguía hacerme perder aún más tiempo. Cuando estuvo todo listo, bajamos al cuarto de estudio, donde encontré a mi otro alumno, y charlé con los dos hasta que llegó la hora de bajar a desayunar. Concluida dicha comida e intercambiadas unas pocas palabras corteses con Mrs. Bloomfield, volvimos al cuarto de estudio y comenzamos la labor del día. Comprobé que mis alumnos estaban muy atrasados, en efecto; pero Tom, aunque contrario a todo tipo de esfuerzo mental, no carecía de capacidad. Mary Ann apenas sabía leer una palabra, y era tan descuidada y desatenta que apenas podía avanzar con ella. Sin embargo, a fuerza de gran trabajo y paciencia, conseguí que se hiciera algo a lo largo de la mañana, y después acompañé a mis jóvenes alumnos al jardín y los terrenos adyacentes para un rato de recreo antes del almuerzo. Allí nos las arreglamos tolerablemente juntos, excepto porque comprobé que no tenían la

menor noción de seguirme a mí: yo había de seguirles a ellos, adondequiera que se les antojara llevarme. Debía correr, caminar o quedarme parada, exactamente según les convenía a ellos. Aquello me pareció una inversión del orden natural de las cosas; y lo encontré doblemente desagradable, pues en esta como en ocasiones posteriores parecían preferir los lugares más sucios y las ocupaciones más lúgubres. Pero no había remedio: o les seguía, o me mantenía completamente apartada de ellos, con lo que parecería que descuidaba mi encargo. Aquel día manifestaron una particular afición a un pozo que había al fondo del jardín, donde se empeñaron en chapotear con palitos y guijarros durante más de media hora. Yo temía constantemente que su madre los viera desde la ventana y me culpara de permitirles manchar así la ropa y mojarse los pies y las manos, en lugar de hacer ejercicio; pero ningún argumento, orden ni ruego podía apartarlos de allí. Si *ella* no los veía, alguien sí los vio: un caballero a caballo había entrado por el portón y avanzaba por el camino; a pocos pasos de nosotros se detuvo y, llamando a los niños con una voz agria y penetrante, les ordenó «que salieran de esa agua». «Señorita Grey —dijo— (supongo que es usted la señorita Grey), me sorprende que les permita mancharse la ropa de ese modo. ¿No ve cómo ha ensuciado el vestido la señorita Bloomfield? ¿Y que el señorito Bloomfield tiene los calcetines completamente empapados? ¿Y los dos sin guantes? ¡Dios mío! Le ruego que en lo sucesivo los mantenga *decentes*, por lo menos.» Dicho esto, se alejó y continuó su marcha hacia la casa. Aquél era Mr. Bloomfield. Me sorprendió que llamara a sus hijos señorito y señorita Bloomfield; y aún me sorprendió más que me hablara con tan poca cortesía a mí, su institutriz, y para él una perfecta desconocida. Al poco sonó la campana llamándonos a entrar. Yo comí con los niños a la una, mientras él y su esposa tomaban el almuerzo en la misma mesa. Su comportamiento allí no le elevó mucho en mi estima. Era un hombre de estatura ordinaria, más bien por debajo que por encima de la media, y más bien delgado que robusto, con una edad aparente de entre treinta y cuarenta años: tenía la boca grande, la tez pálida y apagada, los ojos de un azul lechoso y el cabello del color de una cuerda de cáñamo. Tenía delante una pierna de cordero asada:

sirvió a Mrs. Bloomfield, a los niños y a mí, pidiéndome que cortara la carne de los niños; después de lo cual, dando vueltas al cordero en distintas direcciones y mirándolo desde distintos ángulos, declaró que no estaba en condiciones de comerse y pidió la carne fría.

—¿Qué le pasa al cordero, querido? —preguntó su esposa.

—Está completamente pasado de cocción. ¿No nota usted, Mrs. Bloomfield, que le han sacado toda la sustancia? ¿Y no ve que todos esos ricos jugos rojos se han evaporado del todo?

—Bueno, creo que *el buey* le satisfará.

Se le puso el buey delante y comenzó a trincharlo, pero con las expresiones más lamentables de descontento.

—¿Qué le pasa al *buey*, Mr. Bloomfield? Yo pensaba que estaba muy bueno.

—Y estaba *muy* bueno. No podía estar mejor; pero está *completamente* arruinado —respondió él, con voz doliente.

—¿Cómo así?

—¡Cómo así! Pues ¿no lo ve cómo está cortado? ¡Dios mío! Es verdaderamente escandaloso.

—Deben de haberlo cortado mal en la cocina, pues yo lo trinché aquí perfectamente bien ayer.

—Sin *duda* lo cortaron mal en la cocina: ¡salvajes! ¡Dios mío! ¿Habrá visto alguien una pieza tan buena de buey tan completamente arruinada? Pero recuerde esto para el futuro: cuando un plato decente salga de esta mesa, que no lo *toquen* en la cocina. ¡Recuérdelo *usted*, Mrs. Bloomfield!

A pesar del lamentable estado del buey, el caballero logró cortarse unas lonchas delicadas, parte de las cuales comió en silencio. Cuando volvió a hablar fue, con un tono menos quejoso, para preguntar qué había de cenar.

—Pavo y urogallo —fue la concisa respuesta.

—¿Y qué más?

—Pescado.

—¿Qué clase de pescado?

—No lo sé.

—*¿Que no lo sabe?* —exclamó él, alzando la vista solemnemente del plato y suspendiendo el cuchillo y el tenedor con asombro.

—No. Le dije a la cocinera que preparara pescado; no especifiqué cuál.

—¡Bien, eso sí que es el colmo! ¡Una señora que lleva una casa y ni siquiera sabe qué pescado hay para cenar! ¡Que encarga pescado y no especifica cuál!

—Quizás, Mr. Bloomfield, preferiría usted encargarse de ordenar la cena en lo sucesivo.

No se dijo nada más; y yo me alegré mucho de salir de la habitación con mis alumnos, pues nunca me había sentido tan avergonzada e incómoda por algo que no era culpa mía.

Por la tarde volvimos a aplicarnos a las lecciones; luego salimos de nuevo; luego tomamos el té en el cuarto de estudio; luego vestí a Mary Ann para los postres; y cuando ella y su hermano bajaron al comedor, aproveché la ocasión para empezar una carta a mis queridos amigos de casa; pero los niños subieron antes de que la hubiera terminado siquiera a medias. A las siete tuve que acostar a Mary Ann; luego jugué con Tom hasta las ocho, cuando él también se fue; terminé la carta y deshice el equipaje, operación a la que hasta entonces no había encontrado ocasión de dedicarme; y, finalmente, me fui yo también a la cama.

Pero esto es un ejemplo muy favorable de cómo transcurría un día.

Mi tarea de instrucción y vigilancia, en lugar de hacerse más llevadera a medida que mis alumnos y yo nos íbamos acostumbrando los unos a los otros, se hizo más ardua a medida

que se iban revelando sus caracteres. El título de institutriz, pronto lo comprendí, era pura burla aplicado a mí: mis alumnos no tenían la menor noción de obediencia, como un potro salvaje sin domar. El miedo habitual al malhumor irascible de su padre y el terror a los castigos que solía imponer cuando se irritaba los mantenían, por lo general, dentro de ciertos límites en su presencia inmediata. Las niñas también tenían algún miedo a la cólera de su madre; y al niño podía ocasionalmente sobornársele para que hiciera lo que ella le pedía con la esperanza de una recompensa; pero yo no tenía recompensas que ofrecer; y en cuanto a los castigos, se me dio a entender que los padres se reservaban ese privilegio para sí; y sin embargo esperaban que yo mantuviera a mis alumnos en orden. A otros niños podía guiarlos el temor a la cólera o el deseo de aprobación; pero ninguna de las dos cosas surtía el menor efecto en éstos.

El señorito Tom, no contento con negarse a ser gobernado, tuvo a bien erigirse en gobernador, y manifestó la determinación de mantener en orden no sólo a sus hermanas sino también a su institutriz mediante violentas agresiones de manos y pies; y, como era un niño alto y fuerte para su edad, esto ocasionaba no poca incomodidad. Unas cuantas bofetadas bien dadas, en tales ocasiones, habrían resuelto el asunto con bastante facilidad; pero como en ese caso podría inventar algún cuento para su madre, que sin duda le creería, dado el inquebrantable crédito que concedía a su veracidad —aunque yo ya había descubierto que ésta distaba mucho de ser irreprochable—, resolví abstenerme de golpearle, incluso en defensa propia; y en sus accesos de mayor violencia, mi único recurso era tumbarlo de espaldas y sujetarle las manos y los pies hasta que la furia se calmaba un tanto. A la dificultad de impedirle hacer lo que no debía se añadía la de obligarle a hacer lo que debía. Con frecuencia se negaba rotundamente a estudiar, o a recitar las lecciones, o incluso a mirar su libro. También aquí, una buena vara podría haber sido de utilidad; pero, como mis poderes eran tan limitados, había que sacar el mayor partido posible de lo que tenía.

Como no había horas fijas para el estudio y el recreo, resolví asignar a mis alumnos una tarea determinada que, con una atención moderada, pudieran completar en poco tiempo; y hasta que esto estuviera hecho, por muy cansada que yo estuviera o por muy rebeldes que ellos se mostraran, nada salvo la intervención de los padres me induciría a permitirles abandonar el cuarto de estudio, aunque tuviera que sentarme con la silla contra la puerta para retenerlos. La Paciencia, la Firmeza y la Perseverancia eran mis únicas armas; y resolví emplearlas al máximo. Estaba decidida a cumplir siempre rigurosamente las amenazas y las promesas que hiciera; y para ello debía cuidar de no amenazar ni prometer nada que no pudiera llevar a cabo. Luego procuraría abstenerme de toda irritabilidad inútil y de conceder rienda suelta a mi propio mal humor: cuando se portaran tolerablemente bien, sería tan amable y atenta como estuviera en mi mano, con el fin de establecer la mayor distinción posible entre la buena y la mala conducta; también razonaría con ellos de la manera más sencilla y eficaz. Cuando los reprendiera o me negara a complacer sus deseos tras una falta manifiesta, lo haría con más pena que enojo: sus himnos y oraciones los haría claros e inteligibles para ellos; cuando rezaran por las noches y pidieran perdón por sus faltas, les recordaría los pecados del día, con seriedad pero con perfecta amabilidad, para evitar suscitar un espíritu de oposición; los niños traviesos recitarían himnos de penitencia y los comparativamente buenos, himnos alegres; y toda clase de instrucción trataría de transmitírsela, en la medida de lo posible, mediante un discurso ameno, aparentemente sin otro fin que su entretenimiento presente.

Por estos medios esperaba con el tiempo tanto beneficiar a los niños como ganarme la aprobación de sus padres; y también convencer a mis amigos de casa de que no carecía tanto de habilidad y prudencia como suponían. Sabía que las dificultades con que había de lidiar eran grandes; pero sabía (o al menos creía) que una paciencia y una perseverancia incansables podían vencerlas; y mañana y noche imploraba la ayuda divina a tal fin. Pero o los niños eran tan incorregibles, o los padres tan irrazonables, o yo misma tan

equivocada en mis planteamientos o tan incapaz de llevarlos a la práctica, que mis mejores intenciones y más esforzados empeños parecían no producir otro resultado que diversión para los niños, insatisfacción para sus padres y tormento para mí misma.

La tarea de la instrucción era tan ardua para el cuerpo como para la mente. Tenía que correr detrás de mis alumnos para atraparlos, cargarlos o arrastrarlos hasta la mesa, y con frecuencia sujetarlos por la fuerza allí hasta que la lección estaba hecha. A Tom lo ponía a menudo en un rincón, sentándome delante de él en una silla, con un libro en la mano que contenía la pequeña tarea que tenía que decir o leer antes de que se le dejara libre. No tenía fuerza suficiente para apartar a la vez a mí y a la silla, de modo que se quedaba torciéndose el cuerpo y la cara en las posturas más grotescas y singulares —cómicamente, sin duda, para un espectador desinteresado, pero no para mí— y profiriendo fuertes alaridos y lamentables clamores destinados a representar el llanto, pero completamente desprovistos del acompañamiento de las lágrimas. Yo sabía que esto lo hacía únicamente para fastidiarme; y, por tanto, por mucho que interiormente temblara de impaciencia e irritación, me esforzaba valientemente por reprimir toda señal visible de contrariedad, y aparentaba sentarme con serena indiferencia, esperando a que le pluguiera abandonar ese pasatiempo y prepararse para correr por el jardín echando una ojeada al libro y leyendo o repitiendo las pocas palabras que se le pedían. A veces estaba decidido a hacer mal la escritura; y yo tenía que sujetarle la mano para impedirle manchar o desfigurar a propósito el papel. Con frecuencia le amenazaba con que, si no lo hacía mejor, tendría que escribir otro renglón; entonces él se negaba tercamente a escribir ese renglón; y yo, para cumplir mi palabra, tenía que recurrir en último término al expediente de ponerle los dedos sobre la pluma y arrastrar su mano hacia arriba y hacia abajo por la fuerza, hasta que, a pesar de su resistencia, el renglón quedaba completado de algún modo.

Y sin embargo Tom no era ni mucho menos el más difícil de manejar de mis alumnos: a veces, para mi gran satisfacción, tenía el buen juicio de ver que su política más sensata era terminar las

tareas e irse a divertirse hasta que sus hermanas y yo fuéramos a reunirnos con él; lo cual con frecuencia no ocurría en absoluto, pues Mary Ann raramente seguía su ejemplo en este particular: al parecer prefería revolcarse por el suelo a cualquier otro entretenimiento; se dejaba caer como un peso de plomo; y cuando yo, con gran dificultad, lograba arrancarla de allí, tenía todavía que sostenerla con un brazo mientras con el otro sostenía el libro del que había de leer o deletrear la lección. Como el peso muerto de la grandullona de seis años se hacía demasiado para que un brazo lo aguantara, lo pasaba al otro; o, si ambos estaban rendidos de la carga, la llevaba a un rincón y le decía que podía salir cuando encontrara el uso de sus pies y se pusiera en pie; pero ella solía preferir quedarse allí tumbada como un tronco hasta la hora del almuerzo o del té, cuando, al no poder privarla de sus comidas, había que liberarla, y salía reptando con una mueca de triunfo en la cara redonda y colorada. Con frecuencia se negaba obstinadamente a pronunciar alguna palabra determinada de la lección; y ahora lamento el trabajo perdido que me costó luchar por vencer su obstinación. Si lo hubiera pasado por alto como cosa sin importancia, habría sido mejor para las dos que empeñarme en vencerlo como lo hacía; pero pensaba que era mi deber absoluto sofocar esa tendencia viciosa en germen: y así era, si hubiera podido; y de haber sido menos limitados mis poderes, podría haber impuesto la obediencia; pero tal como estaban las cosas, era una contienda de fuerzas entre ella y yo en la que ella solía resultar vencedora; y cada victoria servía para animarla y fortalecerla de cara a un futuro combate. En vano argüía, halagaba, suplicaba, amenazaba, regañaba; en vano la mantenía sin salir a jugar, o, si me veía obligada a sacarla, me negaba a jugar con ella, a hablarle con amabilidad o a tener nada que ver con ella; en vano trataba de hacerle ver las ventajas de hacer lo que se le mandaba, y de ser amada y tratada con cariño en consecuencia, y los inconvenientes de persistir en su absurda terquedad. A veces, cuando me pedía que le hiciera alguna cosa, yo respondía:

—Sí, te lo haré, Mary Ann, con tal de que digas esa palabra.
¡Vamos! Es mejor que la digas de una vez y no tengamos más

apuros por eso.

—No.

—Entonces, claro está, no puedo hacer nada por ti.

Para mí, a su edad o más pequeña aún, el descuido y la vergüenza eran los castigos más terribles que imaginaba; pero en ella no hacían la menor mella. A veces, exasperada al máximo, la sacudía violentamente por el hombro, o le tiraba del largo cabello, o la ponía en el rincón; por lo que ella me castigaba con unos chillidos agudos, estridentes y penetrantes que me traspasaban la cabeza como un cuchillo. Sabía que esto me era odioso, y cuando había chillado hasta donde le daba la voz, me miraba a la cara con un aire de satisfacción vengativa, exclamando: «—¡Toma *ya!* ¡*Eso* es lo que te mereces!», y luego volvía a chillar y a chillar hasta que me veía obligada a taparme los oídos. Muchas veces esos espantosos gritos hacían subir a Mrs. Bloomfield a preguntar qué pasaba.

—Mary Ann está siendo muy traviesa, señora.

—¿Pero qué son esos chillidos tan espantosos?

—Está chillando en un arrebató.

—¡Nunca había oído un ruido tan horroroso! Podría usted estar haciéndole daño. ¿Por qué no está fuera con su hermano?

—No consigo que termine las lecciones.

—Pero Mary Ann tiene que ser una *buena* niña y terminar las lecciones. —Esto se lo decía a la niña con suavidad—. ¡Y espero no tener que oír nunca más unos gritos tan terribles!

Y clavando en mí sus ojos fríos y pétreos con una mirada que no admitía interpretación, cerraba la puerta y se marchaba. A veces intentaba sorprender a la pequeña obstinada criatura y le preguntaba casualmente la palabra de improviso mientras estaba pensando en otra cosa; con frecuencia empezaba a decirla y luego se cortaba de pronto con una mirada provocativa que parecía decir: «¡Ah! Soy demasiado lista para ti; no me la sacarás así tampoco.»

En otra ocasión fingí olvidar el asunto por completo; y charlé y jugué con ella como de costumbre hasta la noche, cuando la acosté; luego, inclinándome sobre ella mientras yacía sonriente y de buen humor, justo antes de despedirme, le dije con la misma alegría y amabilidad de antes: «Ahora, Mary Ann, dime esa palabra antes de darte el beso de buenas noches. Ahora eres una niña buena y, claro está, la dirás.»

—No la digo.

—Entonces no puedo darte un beso.

—Pues no me importa.

En vano expresé mi pena; en vano me demoré esperando algún síntoma de arrepentimiento; de verdad que «no le importaba», y la dejé sola y a oscuras, preguntándome sobre todo ante esta última prueba de insensata obstinación. En *mi* infancia no concebía castigo más cruel que el de que mi madre se negara a darme el beso de buenas noches: la sola idea me resultaba terrible. Más que la idea nunca lo sufrí, pues, por fortuna, nunca cometí una falta que se considerara digna de tal pena; pero una vez recuerdo que, por alguna transgresión de mi hermana, nuestra madre juzgó oportuno imponérselo a ella: lo que *ella* sintió, no puedo decirlo; pero mis lágrimas de solidaridad y mi sufrimiento por su causa no los olvidaré pronto.

Otra característica molesta de Mary Ann era su incorregible propensión a escurrirse al cuarto de los niños para jugar con sus hermanitas y la niñera. Aquello era natural, pero, como iba en contra del deseo expreso de su madre, yo se lo prohibía, desde luego, y hacía todo lo posible por mantenerla conmigo; pero eso sólo aumentaba el atractivo del cuarto de los niños, y cuanto más me esforzaba por apartarla de él, más iba y más tiempo se quedaba, con gran disgusto de Mrs. Bloomfield, quien, bien lo sabía yo, cargaría toda la culpa sobre mí. Otra de mis tribulaciones era el vestido por las mañanas: unas veces no quería lavarse; otras no quería vestirse a no ser con algún traje determinado que yo sabía

que a su madre no le gustaría que llevara; otras chillaba y salía corriendo si yo intentaba tocarle el cabello. De modo que, con frecuencia, cuando, tras mucho trabajo y fatiga, lograba por fin hacerla bajar, el desayuno estaba casi a medias; y las miradas ceñudas de «mamá» y los comentarios irritados de «papá», dirigidos a mí aunque no siempre hablaran conmigo, eran mi recompensa segura: pues pocas cosas le irritaban a éste tanto como la falta de puntualidad a las horas de comer. Luego, entre las molestias menores, estaba mi incapacidad para dejar satisfecha a Mrs. Bloomfield con el atavío de su hija; y el pelo de la niña «nunca estaba presentable». A veces, como poderoso reproche para mí, ella misma hacía las veces de doncella de peinado y luego se quejaba amargamente del trabajo que le daba.

Cuando la pequeña Fanny pasó al cuarto de estudio, esperaba que fuera al menos apacible e inofensiva; pero bastaron unos pocos días, si no unas pocas horas, para destruir la ilusión: la encontré una criaturita traviesa e incorregible, entregada ya a la mentira y al engaño, pequeña como era, y de una afición alarmante al ejercicio de sus dos armas favoritas de ataque y defensa: escupir a la cara de quienes incurrieran en su desagrado, y bramar como un toro cuando no se satisfacían sus deseos descabellados. Como por lo general estaba bastante tranquila en presencia de sus padres, y éstos tenían formado el concepto de que era una criatura de carácter singularmente apacible, sus mentiras eran fácilmente creídas y sus escandalosos berridos les hacían sospechar un trato duro e injusto por mi parte; y cuando al fin su mal natural quedó de manifiesto incluso a sus ojos, tan predispuestos a no verlo, sentí que todo se me atribuía a mí.

—¡Qué niña tan traviesa se está volviendo Fanny! —decía Mrs. Bloomfield a su esposo—. ¿No observa usted, querido, cómo ha cambiado desde que entró al cuarto de estudio? Pronto estará tan mal como las otras dos; y me temo que éstas también han empeorado bastante de un tiempo a esta parte.

—Tiene usted razón —fue la respuesta—. Yo mismo llevo pensando lo mismo. Pensé que cuando les buscáramos una institutriz mejorarían; pero en lugar de eso empeoran cada vez más: no sé cómo irán en cuanto a los estudios, pero en cuanto a las costumbres no hacen ningún tipo de progreso; cada día se vuelven más toscas, más sucias y más incivilizadas.

Yo sabía que todo iba dirigido a mí; y estas y todas las insinuaciones semejantes me afectaban mucho más profundamente de lo que lo habrían hecho unas acusaciones directas; pues contra éstas me habría sentido impulsada a hablar en mi propia defensa: ahora juzgaba que mi política más sensata era sofocar todo impulso de resentimiento, reprimir todo repliegue de susceptibilidad, y seguir adelante con perseverancia, haciendo lo mejor que podía; pues, por penosa que fuera mi situación, deseaba con toda el alma conservarla. Pensaba que si lograba aguantar con firmeza e integridad inquebrantables, los niños irían con el tiempo volviéndose más manejables: cada mes contribuiría a hacerlos un poco más sensatos y, en consecuencia, más gobernables; pues un niño de nueve o diez años tan frenético e incorregible como éstos a los seis o siete sería un verdadero maníaco.

Me lisonjeaba de estar beneficiando a mis padres y mi hermana con mi permanencia allí; pues, por pequeño que fuera el salario, algo estaba ganando, y con una economía estricta podía fácilmente ahorrar algo para ellos, si me hacían el favor de aceptarlo. Además, había sido por decisión propia como había conseguido el empleo: yo misma me había buscado toda aquella tribulación, y estaba decidida a soportarla; más aún, ni siquiera lamentaba el paso que había dado. Me moría por demostrarles a mis amigos que, incluso ahora, era capaz de hacerme cargo de la tarea y de desempeñarla honrosamente hasta el final; y si alguna vez sentía que era degradante someterme tan calladamente, o insoportable trabajar con tanta constancia, me volvía hacia mi hogar y me decía para mis adentros:

¡Que me aplasten si quieren, pero no me doblegarán! Es en ti en quien pienso, no en ellos.

Por Navidad se me permitió visitar mi casa; pero mis vacaciones sólo duraron catorce días: «Pues —dijo Mrs. Bloomfield— pensé que, como había usted visto a sus amigos tan recientemente, no le importaría una estancia más breve.» La dejé seguir pensando así; pero poco sabía ella cuánto habían durado, cuán pesadas habían sido aquellas catorce semanas de ausencia; con qué intensidad había anhelado las vacaciones, cuánto me había decepcionado su recorte. Sin embargo, no era culpa suya. Nunca le había dicho nada de mis sentimientos, y no podía esperarse que los adivinara; no había cumplido con ella un trimestre completo, y tenía razón en no concederme unas vacaciones completas.

CAPÍTULO IV

LA ABUELA

Me ahorro el relato de mi alegría al volver a casa, de la felicidad que disfruté durante aquel tiempo —gozando de un breve período de descanso y libertad en aquel lugar tan querido y familiar, entre los que amaban y eran amados—, y de la pena que sentí al verme obligada a decirles, una vez más, un largo adiós.

Volví, sin embargo, con fuerzas intactas a mi tarea —empresa más ardua de lo que nadie puede imaginar quien no haya experimentado algo parecido a la desdicha de hallarse encargado del cuidado y la dirección de un hatajo de rebeldes traviesos y turbulentos, a quienes los mayores esfuerzos no consiguen retener en su deber; mientras que, al mismo tiempo, uno es responsable de su conducta ante una autoridad superior, que le exige lo que no puede lograrse sin el auxilio del poder más potente de esa misma autoridad, la cual, ya sea por indolencia o por miedo a perder popularidad ante la mencionada banda rebelde, se niega a prestar. Pocas situaciones más agobiantes puedo concebir que aquella en la que, por más que se anhele el éxito y por más que se trabaje en el cumplimiento del propio deber, los esfuerzos son frustrados y anulados por los que están por debajo, y juzgados con injusticia y malicia por los que están por encima.

No he enumerado ni la mitad de las molestas inclinaciones de mis pupilos, ni la mitad de los problemas derivados de mis gravosas responsabilidades, por temor a abusar demasiado de la paciencia del lector, como quizá ya he hecho; pero mi propósito al escribir estas últimas páginas no era entretener, sino beneficiar a quienes pudiera interesar: quien no tenga ningún interés en tales asuntos las habrá hojeado sin duda con una mirada distraída y, quizá, con una maldición contra la prolijidad de la autora; pero si algún padre ha extraído de ellas algún consejo útil, o alguna desdichada institutriz ha obtenido el menor provecho, considero bien recompensado mi esfuerzo.

Para evitar confusiones y complicaciones, he tratado a mis pupilos uno a uno y he analizado sus distintos caracteres; pero esto no puede dar una idea cabal de lo que es verse acosada por los tres al mismo tiempo; cuando, como ocurría a menudo, los tres estaban decididos a «portarse mal, a fastidiar a la señorita Grey y a sacarla de quicio».

A veces, en tales ocasiones, el pensamiento me asaltaba de repente: «¡Si me vieran ahora!», es decir, mis amigos de casa, naturalmente; y la idea de la lástima que les daría me hacía sentirme tan compadecida de mí misma que tenía el mayor trabajo del mundo para contener las lágrimas; pero las contuve, hasta que mis pequeños verdugos habían bajado a tomar los postres o se habían ido a la cama (que eran mis únicas perspectivas de liberación), y entonces, en la dichosa soledad, me entregaba al lujo de un llanto sin restricciones. Pero esta era una debilidad en la que no me permitía caer a menudo: mis ocupaciones eran demasiadas, mis momentos de ocio demasiado preciosos para dedicar mucho tiempo a lamentaciones estériles.

Recuerdo en particular una tarde borrasca y nevada, poco después de mi regreso en enero: los niños habían subido todos de comer, proclamando a gritos que tenían intención de «portarse mal»; y habían cumplido su propósito a la perfección, aunque yo me había dejado la voz hablando hasta enronquecer y agotado todos los

músculos de la garganta en el vano intento de convencerles de que lo abandonaran. Había acorralado a Tom en un rincón, de donde, le dije, no saldría hasta que hubiera completado la tarea asignada. Entretanto, Fanny se había apoderado de mi bolsa de labor y estaba revolviendo su contenido —y escupiendo en ella además. Le dije que la dejara estar, pero sin resultado alguno, como era de esperar. «¡Quémala, Fanny!», gritó Tom; y este mandato se apresuró ella a obedecer. Salté para arrebatársela del fuego, y Tom se lanzó hacia la puerta. «¡Mary Ann, tira el escritorio por la ventana!», gritó él; y mi precioso escritorio, que contenía mis cartas y papeles, el escaso dinero que tenía y todos mis objetos de valor, estaba a punto de ser precipitado desde la ventana del tercer piso. Corrí a rescatarlo. Mientras tanto, Tom había abandonado la habitación y bajaba las escaleras a toda velocidad, seguido de Fanny. Habiendo asegurado mi escritorio, salí a perseguirlos, y Mary Ann vino corriendo detrás. Los tres me escaparon y salieron de la casa al jardín, donde se revolcaban en la nieve, gritando y chillando de júbilo triunfante.

¿Qué debía hacer? Si los seguía, probablemente sería incapaz de atrapar a ninguno y no haría sino alejarlos más; si no lo hacía, ¿cómo iba a meterlos dentro? ¿Y qué pensarían sus padres de mí, si veían u oían a los niños alborotando, sin sombrero, sin capota, sin guantes, sin botas, en la nieve blanda y profunda? Mientras permanecía perpleja, justo en el umbral de la puerta, intentando asustarlos con miradas severas y palabras airadas para que se sometieran, oí una voz a mis espaldas que exclamaba, con un tono estridente y agudo:

—¡Señorita Grey! ¿Es posible? ¿Qué diablos se le está ocurriendo a usted?

—No consigo meterlos dentro, señor —respondí, volviéndome y contemplando al señor Bloomfield con el pelo erizado y sus ojos azul pálido a punto de salirse de las órbitas.

—¡Pero INSISTO en que se les meta! —gritó él, acercándose más y con un aspecto verdaderamente feroz.

—Entonces, señor, tendrá usted que llamarlos si tiene a bien, porque a mí no me hacen caso —repliqué, dando un paso atrás.

—¡Entrad ahora mismo, mocosos asquerosos, o os arreo a todos con el látigo! —vociferó él; y los niños obedecieron al instante—. ¡Ya lo ves! ¡Obedecen a la primera!

—Sí, cuando *usted* habla.

—¡Y es muy raro que, teniendo usted a su cargo, no tenga mejor control sobre ellos que eso! Ahora mira, ahí van, escaleras arriba con los pies mojados llenos de nieve. Vaya usted detrás de ellos y haga que se compongan, ¡por el amor de Dios!

La madre de aquel señor se hospedaba entonces en la casa; y al subir las escaleras y pasar por delante de la puerta del salón, tuve la satisfacción de oír a la anciana declamar en voz alta a su nuera con este efecto (pues solo conseguía distinguir las palabras más enfáticas):

—¡Dios del cielo! ¡En toda mi vida...! ¡Que van a pillar la muerte a buen seguro...! ¿Cree usted, querida, que es una *persona adecuada*? Tómeme la palabra...

No oí más; pero con eso bastaba.

La señora Bloomfield mayor había sido muy atenta y cordial conmigo; y hasta aquel momento la había tenido por una anciana agradable, buena y parlanchina. Solía venir a hablarme con tono confidencial, asintiendo con la cabeza y negándola, gesticulando con manos y ojos, como suelen hacer ciertas ancianas de cierta clase, aunque jamás vi ninguna que llevara esa peculiaridad tan lejos. Incluso se apiadaba de mí por los problemas que me daban los niños, y expresaba a veces, mediante frases a medias, intercaladas de cabezadas y guiños cómplices, su opinión sobre la conducta poco acertada de su nuera al limitar de tal modo mi autoridad y al negarse a apoyarme con la suya. Semejante modo de manifestar su desaprobación no era del todo de mi agrado, y generalmente me resistía a comprenderla o a entender más de lo que se decía abiertamente; al menos, nunca llegué más allá de un reconocimiento

implícito de que, si las cosas estuvieran de otro modo, mi tarea sería menos difícil y estaría en mejores condiciones de guiar e instruir a mis pupilos; pero ahora debía ser doblemente cauta. Hasta entonces, aunque advertía que la anciana tenía sus defectos (uno de los cuales era una propensión a proclamar sus propias virtudes), siempre había deseado disculparlos y concederle el crédito de todas las virtudes que profesaba, e incluso imaginar otras aún no declaradas. La bondad, que había sido el alimento de mi vida durante tantos años, me había sido últimamente negada de manera tan absoluta que acogía con gozosa gratitud el menor atisbo de ella. No es de extrañar, pues, que mi corazón se calentara con la anciana y se alegrara siempre ante su llegada y sintiera su partida.

Pero ahora, las pocas palabras que había tenido la fortuna o la desgracia de escuchar al pasar habían revolucionado por completo mis ideas sobre ella: ahora la veía como hipócrita e insincera, adulatora y espía de mis palabras y acciones. Sin duda hubiera convenido a mis intereses seguir recibéndola con la misma sonrisa alegre y el mismo tono de cordialidad respetuosa que antes; pero no podía, aunque quisiera: mis modales cambiaron con mis sentimientos y se volvieron tan fríos y esquivos que ella no pudo dejar de advertirlo. Pronto lo advirtió, y *sus* modales también cambiaron: el familiar cabezazo se convirtió en una reverencia rígida, la sonrisa graciosa dio paso a una mirada de ferocidad de Gorgona; su animada locuacidad se transfirió por completo de mí a «los queridos chico y chicas», a quienes halagaba y consentía con mayor absurdidad que la que hubiera mostrado su propia madre.

Confieso que aquel cambio me inquietó algo: temí las consecuencias de su desagrado y hasta hice algunos esfuerzos por recuperar el terreno perdido —con más aparente éxito del que cabía esperar. En una ocasión, por mera cortesía, le pregunté por su tos; al momento su larga faz se relajó en una sonrisa, y me obsequió con la historia particular de ese mal y de sus demás achaques, seguida de un relato de su piadosa resignación, expresado en el estilo declamatorio y enfático que acostumbraba, y que ninguna escritura puede reproducir fielmente.

—Pero hay un remedio para todo, querida mía, y es la resignación —(un giro de cabeza)—, ¡la resignación a la voluntad del cielo! —(una elevación de manos y ojos)—. Siempre me ha sostenido en todas mis pruebas, y siempre lo hará —(una sucesión de asentimientos)—. Pero es que no todo el mundo puede decir eso —(un movimiento negativo de cabeza)—; ¡pero yo soy de las piadosas, señorita Grey! —(una cabezada muy significativa y un giro de cuello)—. Y gracias al cielo, siempre lo fui —(otro asentimiento)—, ¡y me glorío de ello! —(un enérgico entrelazamiento de manos y movimiento de cabeza). Y con varios textos de las Escrituras, citados erróneamente o aplicados fuera de contexto, y exclamaciones religiosas tan saturadas de lo ridículo en el estilo de la declamación y en el modo de introducirlas, si no en las expresiones mismas, que declino repetirlas, se retiró; agitando su abultada cabeza con excelente humor —consigo misma al menos—, y me dejó esperando que, al fin y al cabo, fuera más débil que malvada.

En su siguiente visita a Wellwood House, llegué hasta el extremo de decirle que me alegraba de verla tan bien. El efecto fue mágico: las palabras, dichas como muestra de cortesía, fueron recibidas como un halago lisonjero; su semblante se iluminó y, desde aquel momento, se mostró tan graciosa y benevolente como podía desearse —en apariencia exterior, al menos. Por lo que entonces pude observar, y por lo que oía de los niños, supe que, para ganar su sincera amistad, no habría tenido más que pronunciar una palabra de adulación en cada ocasión propicia; pero eso iba en contra de mis principios; y por falta de ello, la caprichosa anciana pronto me privó de nuevo de su favor y creo que me perjudicó considerablemente en secreto.

No podía influir mucho sobre su nuera en contra mía, porque entre aquella señora y ella misma existía una mutua antipatía —manifestada por la anciana principalmente mediante detracciones y calumnias en privado; por la otra, mediante un exceso de fría formalidad en su trato—; y ningún obsequioso halago de la mayor podía derretir el muro de hielo que la menor interponía entre ambas. Pero con su hijo, la anciana tenía más éxito: este escuchaba todo

cuanto ella tuviera que decir, siempre que pudiera aplacar su irritable carácter y abstenerse de irritarle con sus propias asperezas; y tengo motivos para creer que le reforzó considerablemente el prejuicio que tenía contra mí. Le decía que yo desatendía vergonzosamente a los niños, y que hasta su propia esposa no los atendía como debiera; y que debía vigilarlos él mismo, o todos irían a la ruina.

Estimulado así, se tomaba con frecuencia la molestia de vigilarlos desde las ventanas mientras jugaban; a veces los seguía por los jardines, y demasiado a menudo los sorprendía en plena faena junto al pozo prohibido, charlando con el cochero en las cuadras, o revolcándose en la suciedad del corral —y yo, entre tanto, de pie a su lado, completamente agotada tras haber malgastado mis energías en vanos intentos de alejarlos. Con frecuencia, también, asomaba de improviso la cabeza al cuarto de estudio mientras los jóvenes estaban comiendo, y los encontraba derramando la leche sobre la mesa y sobre ellos mismos, metiendo los dedos en sus propias tazas o en las de los demás, o riñendo por la comida como una camada de cachorros de tigre. Si yo estaba callada en ese momento, significaba que consentía su conducta desordenada; si (como ocurría con frecuencia) sucedía que estaba alzando la voz para imponer orden, estaba usando violencia excesiva y dando mal ejemplo a las niñas con semejante falta de suavidad en el tono y el lenguaje.

Recuerdo una tarde de primavera en que, a causa de la lluvia, no podían salir; pero, por una asombrosa buena fortuna, todos habían terminado sus lecciones y, sin embargo, se abstenían de bajar a molestar a sus padres —costumbre que me fastidiaba en extremo pero que, los días de lluvia, rara vez podía impedirles, pues abajo encontraban novedad y entretenimiento —especialmente cuando había visitas en casa—, y su madre, aunque me mandaba que los mantuviera en el cuarto de estudio, nunca los reprendía por abandonarlo, ni se tomaba la molestia de mandarlos de vuelta. Pero aquel día parecían satisfechos con su morada presente y, lo que es más asombroso aún, mostraban disposición a jugar juntos sin depender de mí para divertirse y sin reñir entre ellos. Su ocupación era un tanto desconcertante: los tres estaban acucillados en el suelo

junto a la ventana, sobre un montón de juguetes rotos y una cantidad de huevos de pájaro —o más bien de cáscaras, pues por fortuna el contenido había sido extraído de antemano. Estas cáscaras las habían roto y estaban moliéndolas hasta reducirlas a fragmentos diminutos, con qué fin no podía imaginar; pero mientras estuvieran tranquilos y sin hacer travesuras positivas, no me preocupaba; y, con una sensación de reposo inusitado, me senté junto al fuego para dar los últimos puntos a un vestidito para la muñeca de Mary Ann, con intención de empezar una carta a mi madre cuando terminara. De pronto se abrió la puerta y asomó la mugrienta cabeza del señor Bloomfield.

—¡Aquí todo muy tranquilo! ¿Qué están haciendo? —dijo él. «Ningún daño *hoy*, por lo menos», pensé yo. Pero él era de distinta opinión. Acercándose a la ventana y viendo en qué se ocupaban los niños, exclamó contrariado: —¿A qué diantre estáis jugando?

—¡Estamos moliendo cáscaras de huevo, papá! —gritó Tom.

—¿Cómo *os atrevéis* a hacer semejante desastre, diantritos? ¿No veis el estropicio que estáis haciendo en la alfombra? —(la alfombra era un sencillo tapete de lana basta de color marrón)—. Señorita Grey, ¿sabía usted lo que estaban haciendo?

—Sí, señor.

—¿Lo sabía usted?

—Sí.

—¡Lo sabía! ¡Y encima se ha sentado ahí tan tranquila y los ha dejado seguir sin pronunciar una sola palabra de reproche!

—No me parecía que hicieran ningún daño.

—¡Ningún daño! ¡Pues mire usted! Fíjese en esa alfombra —¿se ha visto alguna vez algo igual en una casa de cristianos? Con razón la habitación no está en condiciones ni para una pocilga; con razón sus pupilos son peores que una camada de cerdos; con razón... ¡oh! Le juro a usted que se me acaba la paciencia —y se fue, cerrando la puerta con un portazo que hizo reír a los niños.

—¡A mí también se me acaba! —murmuré levantándome; y, cogiendo el atizador, lo hundí repetidamente en las brasas y las removí con inusitada energía, desahogando así mi irritación bajo pretexto de avivar el fuego.

A raíz de esto, el señor Bloomfield se asomaba continuamente para ver si el cuarto de estudio estaba en orden; y como los niños no dejaban de llenar el suelo de fragmentos de juguetes, palos, piedras, paja, hojas y otros desperdicios que no podía impedirles traer ni obligarles a recoger, y que los criados se negaban a «limpiar detrás de ellos», tenía que dedicar una parte considerable de mis escasos momentos de ocio de rodillas en el suelo, poniendo las cosas penosamente en orden. En una ocasión les dije que no probarían la cena hasta que hubieran recogido todo lo que había en la alfombra; Fanny podría tomar la suya cuando hubiera recogido cierta cantidad, Mary Ann cuando hubiera juntado el doble, y Tom debía despejar el resto. Cosa asombrosa: las niñas cumplieron su parte; pero Tom se puso en tal furia que se lanzó sobre la mesa, esparció el pan con leche por el suelo, pegó a sus hermanas, pateó los carbones del cubo del carbón, intentó volcar la mesa y las sillas, y pareció dispuesto a arrasar completamente con todo el contenido de la habitación; pero me abalancé sobre él y, enviando a Mary Ann a llamar a su madre, lo retuve, a pesar de patadas, golpes, alaridos e improperios, hasta que la señora Bloomfield hizo su aparición.

—¿Qué le pasa a mi niño? —preguntó ella.

Y cuando se le explicó lo sucedido, lo único que hizo fue mandar llamar a la doncella de los niños para que pusiera el cuarto en orden y trajera la cena al señorito Bloomfield.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Tom triunfante, alzando los ojos de su plato con la boca tan llena que apenas podía hablar—. ¡Ahí lo tienes, señorita Grey! Ya ve usted que he cenado a pesar de usted, ¡y no he recogido ni una sola cosa!

La única persona de la casa que sentía verdadera compasión por mí era la niñera, pues había sufrido aflicciones semejantes, aunque

en menor grado, al no tener la tarea de enseñar ni ser tan responsable de la conducta de sus pupilos.

—¡Ay, señorita Grey! —me decía—. ¡Qué trabajo le dan a usted esas criaturas!

—Ya lo creo, Betty; y supongo que sabe usted bien lo que es.

—¡Ay, ya lo creo! Pero yo no me angustio tanto como usted por ello. Y además, ¿sabe?, yo les pego un bofetón a veces; y a las pequeñas les doy una buena zorra de vez en cuando: no hay otra cosa que les haga el efecto, según dicen. Con todo, por eso me han dado el pasaporte.

—¿De verdad, Betty? Había oído que iba a marcharse.

—¡Vaya, válgame Dios, pues sí! La señora me dio el preaviso hace tres semanas. Me dijo antes de Navidad cómo podría acabar si volvía a pegarles; pero no había manera de que me aguantara la mano con ellos. No sé cómo lo hace *usted*, si la señorita Mary Ann es peor que sus hermanas con diferencia.

CAPÍTULO V

EL TÍO

Además de la anciana, había otro pariente de la familia cuyas visitas me resultaban una gran contrariedad: era el «tío Robson», el hermano de la señora Bloomfield; un sujeto alto y presumido, de cabello oscuro y tez amarillenta como la de su hermana, una nariz que parecía desdeñar la tierra y unos ojillos grises, a menudo semicerrados, con una mezcla de estupidez real y de desdén afectado por todo lo que le rodeaba. Era un hombre corpulento y de constitución robusta, pero había encontrado la manera de ceñir su cintura hasta reducirla a proporciones notablemente pequeñas; y eso, junto con la rigidez antinatural de su figura, revelaba que el magnánimo y varonil señor Robson, ese despreciador del sexo femenino, no estaba por encima de la coquetería de usar corsé. Rara vez se dignaba prestarme atención; y cuando lo hacía, era con cierta insolencia altanera de tono y ademán que me convencía de que no era ningún caballero, aunque con ello pretendía dar la impresión contraria. Pero no era por eso por lo que me fastidiaba su presencia, sino por el daño que hacía a los niños —alentando todas sus malas inclinaciones y deshaciendo en pocos minutos el escaso bien que a mí me había costado meses de esfuerzo lograr.

A Fanny y a la pequeña Harriet rara vez se dignaba prestarles atención; pero Mary Ann era algo así como una favorita suya. Alentaba continuamente su tendencia a la afectación (que yo había

hecho todo lo posible por sofocar), hablándole de su bonita cara y llenándole la cabeza de toda suerte de ideas vanas sobre su aspecto (de los que yo le había enseñado que no debía hacer el menor caso en comparación con el cultivo de su espíritu y sus modales); y nunca vi una niña tan susceptible a la adulación como ella. Fuera cual fuese el defecto que observara en ella o en su hermano, lo alentaba riéndose de él, cuando no alabándolo abiertamente: la gente no se da cuenta del daño que hace a los niños riéndose de sus faltas y haciendo una broma agradable de aquello que sus verdaderos amigos se han esforzado por enseñarles a aborrecer con seriedad.

Aunque no era un borracho declarado, el señor Robson bebía habitualmente grandes cantidades de vino y tomaba con fruición algún que otro vaso de coñac con agua. Enseñó a su sobrino a imitarle en esto en la medida de sus posibilidades, y a creer que cuanto más vino y licor fuera capaz de tomar, y cuanto más le gustara, más demostraba su espíritu valiente y viril y más se superaba a sus hermanas. El señor Bloomfield no tenía mucho que objetar, pues su bebida preferida era la ginebra con agua, de la que tomaba una cantidad considerable cada día a base de pequeños sorbos constantes —y a eso atribuía yo principalmente su tez apagada y su temperamento irritable.

El señor Robson alentaba asimismo la propensión de Tom a perseguir a los seres de menor rango, tanto de palabra como de obra. Como venía con frecuencia a cazar con reclamo o de escopeta por las tierras de su cuñado, traía consigo a sus perros preferidos; y los trataba con tal brutalidad que, pobre como era yo, habría dado un soberano con mucho gusto cualquier día por ver a uno de ellos morderle, siempre que el animal pudiera haberlo hecho impunemente. A veces, cuando estaba de muy buen humor, se iba a buscar nidos con los niños, cosa que me irritaba y contrariaba en extremo; pues, a fuerza de intentos frecuentes y perseverantes, me había lisonjeado de haberles mostrado en parte el mal de esa ocupación, y esperaba, con el tiempo, llevarlos a algún sentido general de la justicia y la humanidad; pero diez minutos de buscar nidos con el tío Robson, o incluso una carcajada suya ante el relato

de sus bárbaras hazañas anteriores, bastaban para destruir de golpe el efecto de todo mi elaborado proceso de razonamiento y persuasión. Afortunadamente, sin embargo, durante aquella primavera no hallaron, más que una vez, otra cosa que nidos vacíos o huevos —pues eran demasiado impacientes para dejarlos hasta que los pájaros eclosionaran; en aquella ocasión, Tom, que había ido con su tío a la plantación vecina, entró corriendo muy ufano al jardín con una nidada de pequeños polluelos implumes en las manos. Mary Ann y Fanny, a quienes yo estaba precisamente sacando en aquel momento, corrieron a admirar su botín y a pedir cada una un pájaro para ellas. «¡No, ni uno!», gritó Tom. «¡Todos son míos; el tío Robson me los ha dado! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡no tocaréis ni uno! ¡No, ni uno, aunque os vaya la vida en ello!», continuó exultante, colocando el nido en el suelo y plantándose sobre él con las piernas bien abiertas, las manos metidas en los bolsillos del pantalón, el cuerpo inclinado hacia delante y la cara contorsionada de todas las maneras posibles en el éxtasis de su regocijo.

—Pero ya me veréis cómo los despacho. ¡Vaya, menuda paliza les voy a dar! Ya veréis. ¡Anda que no hay diversión para mí en ese nido!

—Pero, Tom —dije yo—, no voy a permitirte que tortures a esos pájaros. Hay que matarlos de inmediato o devolverlos al lugar de donde los has traído, para que los pájaros viejos puedan seguir alimentándolos.

—Pero usted no sabe dónde está ese sitio: solo lo sabemos el tío Robson y yo.

—Pues si no me lo dices, los mataré yo misma —por mucho que me cueste.

—No se atreverá usted. ¡No se atreverá usted a tocarlos ni aunque le vaya la vida en ello! Porque sabe usted que papá, mamá y el tío Robson se enfadarán. ¡Ja, ja! ¡Ahí la he pillado, señorita!

—Haré lo que considere justo en un caso de esta naturaleza sin consultar a nadie. Si a su padre y a su madre no les parece bien, lo

lamentaré; pero las opiniones de su tío Robson, naturalmente, no me importan lo más mínimo.

Dicho esto —impulsada por un sentido del deber—, a riesgo tanto de ponerme enferma como de atraerme la ira de mis empleadores, cogí una piedra grande y plana que el jardinero había colocado como trampa para ratones; y, tras haber intentado una vez más en vano persuadir al pequeño tirano de que devolviera los pájaros al nido, le pregunté qué pensaba hacer con ellos. Con regocijo infernal comenzó a enumerar una lista de tormentos; y mientras él estaba absorto en el relato, dejé caer la piedra sobre sus pretendidas víctimas y las aplasté bajo ella. Grandes fueron los clamores y terribles los improperios que siguieron a tan audaz atropello; el tío Robson había venido subiendo por el camino con su escopeta y en aquel preciso momento se detuvo para dar una patada a su perro. Tom voló hacia él, prometiendo hacerle pegar una patada a mí en vez de a Juno. El señor Robson se apoyó en su escopeta y se rió a carcajadas de la violencia de la cólera de su sobrino y de las amargas maldiciones y los epítetos ofensivos que me lanzó. «¡Pero bueno, menuda estás hecha!», exclamó al fin, recogiendo su arma y dirigiéndose hacia la casa. «¡Vaya, maldita sea, si el chico tiene agallas! ¡Caramba, que nunca he visto un bribonzuelo más noble que ese! Ya está más allá del gobierno de las faldas: ¡por Dios que desafía a la madre, a la abuela, a la institutriz y a todos! ¡Ja, ja, ja! No te preocupes, Tom, mañana te consigo otra nidada».

—Si lo hace usted, señor Robson, las mataré también —dije yo.

—¡Hum! —repuso él; y, tras haberme obsequiado con una larga mirada fija —que, contrariando sus expectativas, sostuve sin pestañear—, se alejó con un aire de supremo desprecio y entró en la casa con paso majestuoso. Tom fue entonces a contárselo a su madre. No era su costumbre decir mucho sobre ningún asunto; pero la próxima vez que me vio, su aspecto y su actitud eran doblemente sombríos y glaciales. Después de algún comentario casual sobre el tiempo, observó: —Lamento, señorita Grey, que crea usted necesario entrometerse en los entretenimientos del señorito

Bloomfield; estaba muy afectado por lo que usted hizo con los pájaros.

—Cuando los entretenimientos del señorito Bloomfield consisten en dañar a criaturas sensibles —respondí yo—, considero que es mi deber intervenir.

—Parece que ha olvidado usted —dijo ella con calma— que las criaturas fueron creadas todas para nuestra conveniencia.

Aquella doctrina me parecía que admitía alguna duda, pero me limité a responder: —Si es así, no tenemos derecho a atormentarlas para nuestro entretenimiento.

—Opino —dijo ella— que el entretenimiento de un niño difícilmente puede ponerse en la balanza frente al bienestar de una criatura sin alma.

—Pero, por el propio bien del niño, no debería alentársele en tales entretenimientos —respondí yo, con la mayor mansedumbre posible para compensar tan inusitada pertinacia—. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

—¡Oh! Claro está; pero eso alude a nuestra conducta los unos con los otros.

—«El varón misericordioso tiene piedad de su bestia» —me atreví a añadir.

—Opino que *usted* no ha mostrado mucha misericordia —repuso ella con una risa breve y amarga—, matando a los pobres pájaros al por mayor de esa manera tan espantosa, y causándole semejante sufrimiento al querido niño por un mero capricho.

Consideré prudente no decir nada más. Este fue el mayor acercamiento a una disputa que jamás tuve con la señora Bloomfield; así como el mayor número de palabras que intercambié con ella en un solo momento desde el día de mi llegada.

Pero el señor Robson y la anciana señora Bloomfield no eran los únicos visitantes cuya presencia en Wellwood House me contrariaba;

toda visita me molestaba en mayor o menor grado; no tanto porque me ignoraran (aunque sí encontraba su conducta extraña y desagradable en ese aspecto), sino porque me resultaba imposible mantener a mis pupilos alejados de ellos, como repetidamente se me ordenaba: Tom tenía que hablarles y Mary Ann tenía que ser notada por ellos. Ninguno de los dos sabía lo que era sentir el menor grado de timidez, ni siquiera la modestia común. Interrumpían descarada y estrepitosamente la conversación de sus mayores, los importunaban con las preguntas más impertinentes, agarraban bruscamente a los caballeros del cuello, se encaramaban a sus rodillas sin ser invitados, se colgaban de sus hombros o les revolvían los bolsillos, tiraban de los vestidos de las señoras, les deshacían el peinado, les descomponían los cuellos y les pedían insistentemente que les regalaran sus baratijas.

La señora Bloomfield tenía el buen juicio de escandalizarse y contrariarse por todo esto, pero no el suficiente para evitarlo: esperaba que yo lo evitara. Pero ¿cómo podía hacerlo —cuando los visitantes, con sus elegantes ropas y sus caras nuevas, los halagaban y consentían constantemente por condescendencia con sus padres—? ¿Cómo podía yo, con mis humildes ropas, mi cara de todos los días y mis palabras sinceras, alejarlos de ellos? Hacía todos los esfuerzos posibles por conseguirlo: procurando entretenerlos, intentaba atraerlos hacia mi lado; con el ejercicio de la autoridad de que disponía y con la severidad que me atrevía a usar, trataba de disuadirlos de molestar a los invitados; y reprendiéndoles su falta de modales, procuraba avergonzarlos para que no los repitieran. Pero ellos no sentían ninguna vergüenza; despreciaban una autoridad que no tenía ningún terror que la respaldara; y en cuanto a la bondad y el afecto, o no tenían corazón, o si lo tenían, estaba tan bien guardado y tan bien oculto que yo, con todos mis esfuerzos, aún no había descubierto la manera de llegar a él.

Pero pronto llegaron a su fin mis penalidades en ese terreno — antes de lo que yo esperaba o deseaba; pues una dulce tarde hacia finales de mayo, mientras me regocijaba con la proximidad de las vacaciones y me felicitaba por haber logrado algún progreso con mis

pupilos (en lo que respecta a su aprendizaje, al menos, pues *había* conseguido meterles *algo* en la cabeza, y por fin había logrado que se mostraran un poco —muy poco— más razonables en cuanto a terminar sus lecciones a tiempo para dejar algún espacio al descanso, en vez de atormentarse y atormentarme a mí todo el día sin resultado alguno), la señora Bloomfield me mandó llamar y me comunicó tranquilamente que después del día de San Juan mis servicios ya no serían necesarios. Me aseguró que mi carácter y conducta general eran irreprochables; pero que los niños habían progresado tan poco desde mi llegada que el señor Bloomfield y ella se veían en la obligación de buscar algún otro método de instrucción. Siendo superiores a la mayoría de los niños de su edad en capacidades, estaban decididamente rezagados en conocimientos; sus modales eran incultos y sus temperamentos indóciles. Y lo atribuía a una falta de suficiente firmeza y de un cuidado diligente y perseverante por mi parte.

La firmeza inquebrantable, la diligencia entregada, la perseverancia infatigable, el cuidado incesante eran precisamente las cualidades en las que yo en secreto me había enorgullecido, y gracias a las cuales esperaba, con el tiempo, superar todas las dificultades y lograr el éxito al fin. Quise decir algo en mi propia defensa; pero al intentar hablar, sentí que me flaqueaba la voz; y antes que manifestar ninguna emoción, o dejar que se desbordaran las lágrimas que ya se me agolpaban en los ojos, opté por guardar silencio y soportarlo todo como una culpable que se condena a sí misma.

Así fui despedida, y así emprendí el camino de vuelta a casa. ¡Ay! ¿Qué pensarían de mí? Incapaz, después de tantas jactancias, de conservar mi puesto ni siquiera un año entero como institutriz de tres niños pequeños, cuya madre era calificada por mi propia tía de «mujer muy agradable». Habiendo sido así pesada en la balanza y hallada con falta, no podía esperar que estuvieran dispuestos a darme una nueva oportunidad. Y este era un pensamiento poco grato; pues, contrariada, agobiada y decepcionada como había estado, y por mucho que hubiera llegado a querer y valorar mi

hogar, no estaba aún cansada de las aventuras, ni dispuesta a aflojar mis esfuerzos. Sabía que no todos los padres eran como el señor y la señora Bloomfield, y estaba convencida de que no todos los niños eran como los suyos. La próxima familia tendría que ser diferente, y cualquier cambio no podía sino ser para mejor. Me había curtido en la adversidad y me había instruido la experiencia, y ansiaba redimir el honor perdido a los ojos de quienes su opinión valía más para mí que la de todo el mundo.

CAPÍTULO VI

DE NUEVO LA CASA PARROQUIAL

Durante algunos meses permanecí tranquilamente en casa, disfrutando apaciblemente de la libertad y el reposo, y de la verdadera amistad, de todo lo cual había estado privada durante tanto tiempo; y dedicada con ahínco a mis estudios, para recuperar lo que había perdido durante mi estancia en Wellwood House y reunir nuevas provisiones para uso futuro. La salud de mi padre seguía siendo muy delicada, pero no estaba materialmente peor que cuando lo vi por última vez; y me alegré de tener la posibilidad de alegrarlo con mi regreso, y de entretenerlo cantando sus canciones preferidas.

Nadie triunfó sobre mi fracaso, ni me dijo que hubiera hecho mejor en escuchar su consejo y quedarme tranquilamente en casa. Todos se alegraron de tenerme de vuelta y me colmaron de más bondad que nunca, para compensar los sufrimientos que había padecido; pero ninguno quiso tocar ni un chelín de lo que yo había ganado con tanto ánimo y ahorrado con tanto cuidado, con la esperanza de compartirlo con ellos. A fuerza de recortar aquí y de apañárselas allá, las deudas estaban ya casi pagadas. Mary había tenido buen éxito con sus dibujos; pero nuestro padre había insistido en que *ella* también guardara para sí todos los frutos de su trabajo. Todo lo que podíamos ahorrar del suministro de nuestro humilde guardarropa y de nuestros pequeños gastos cotidianos, nos

ordenaba que lo ingresáramos en la caja de ahorros, diciendo que nunca sabíamos cuándo podríamos depender solo de eso para sustentarnos: pues sentía que no le quedaba mucho tiempo entre nosotros, y qué sería de nuestra madre y de nosotras cuando él faltara, solo Dios lo sabía.

¡Querido papá! Si se hubiera preocupado menos por las aflicciones que nos amenazaban en caso de su muerte, estoy convencida de que aquel temido desenlace no habría llegado tan pronto. Mi madre nunca le dejaba reflexionar sobre el asunto si podía evitarlo.

—¡Oh, Richard! —exclamó ella en una ocasión—: si consiguieras apartar de tu mente esos pensamientos tan sombríos, vivirías tanto como cualquiera de nosotros; al menos, vivirías para ver casadas a las chicas, y ser un abuelo feliz, con una anciana animosa por compañera.

Mi madre se rió, y mi padre también; pero su risa pronto se apagó en un hondo suspiro.

—¡Ellas casadas —pobres criaturas sin un cuarto! —dijo él—. ¡Me pregunto quién querrá tomarlas!

—Pues nadie que no esté agradecido de conseguirlas. ¿Acaso no era yo una pobre sin blanca cuando tú me tomaste? Y tú *pretendías*, al menos, estar enormemente satisfecho con tu adquisición. Pero tampoco importa que se casen o no: podemos encontrar mil maneras honradas de ganarse la vida. Y me asombra, Richard, que te molestes en cavilar sobre nuestra *pobreza* en caso de tu muerte; como si eso fuera algo comparado con la calamidad de perderte —una aflicción que bien sabes aplastaría todas las demás, y ante la cual tienes la obligación de hacer todo lo posible para preservarnos; y no hay nada como un ánimo alegre para mantener sano el cuerpo.

—Lo sé, Alice, está mal que no deje de lamentarme como hago, pero no puedo evitarlo: tendrás que tener paciencia conmigo.

—*No* tendré paciencia contigo si puedo cambiarte —repuso mi madre; pero la dureza de sus palabras quedaba deshecha por el sincero afecto de su tono y la agradable sonrisa que hizo sonreír a

mi padre de nuevo, con menos tristeza y menos fugacidad que de costumbre.

—Mamá —dije yo, en cuanto encontré la oportunidad de hablar con ella a solas—, mi dinero es escaso y no durará mucho; si pudiera aumentarlo, aliviaría la inquietud de papá, en un aspecto al menos. No sé dibujar como Mary, y así lo mejor que podría hacer sería buscar otra colocación.

—¿Y de verdad lo intentarías de nuevo, Agnes?

—Sin ninguna duda.

—Pues, hija mía, yo habría pensado que ya habías tenido suficiente.

—Ya sé —dije yo— que no todos son como el señor y la señora Bloomfield...

—Algunos son peores —me interrumpió mi madre.

—Pero no muchos, creo —respondí yo—; y estoy segura de que no todos los niños son como los suyos, pues Mary y yo no lo éramos: siempre hacíamos lo que nos mandabas, ¿verdad que sí?

—Generalmente: pero es que yo no os mimé; y tampoco erais ángeles perfectas, a fin de cuentas: Mary tenía un fondo de obstinación callada, y tú eras algo deficiente en lo tocante al genio; pero en conjunto erais unas niñas muy buenas.

—Sé que yo era huraña a veces, y habría agradecido que esos niños lo fueran también alguna vez; pues entonces podría haberlos comprendido: pero nunca lo eran, porque *no podían* ofenderse, ni herirse, ni avergonzarse; no podían ser desgraciados de ningún modo, excepto cuando estaban furiosos.

—Bueno, si *no podían* serlo, no era culpa suya: no puedes esperar que la piedra sea tan moldeable como la arcilla.

—No; pero aun así resulta muy desagradable vivir con criaturas tan insensibles e incomprensibles. No puedes quererlas; y aunque pudieras, tu amor sería absolutamente malgastado: no podrían

devolverlo, ni valorarlo, ni comprenderlo. Pero, en todo caso, aunque diera con una familia así de nuevo, lo cual es bastante improbable, ya cuento con toda esta experiencia para empezar, y la próxima vez lo haría mejor; y el fin y el objeto de todo este preámbulo es: déjame intentarlo de nuevo.

—Pues bien, muchacha, veo que no te desanimas fácilmente: me alegra comprobarlo. Pero déjame decirte que estás bastante más pálida y delgada que cuando saliste de casa la primera vez; y no podemos permitir que te arruines la salud por acumular dinero ni para ti ni para los demás.

—Mary también me dice que he cambiado; y no me extraña mucho, pues estaba en un estado de agitación y angustia constantes todo el día: pero la próxima vez estoy decidida a tomar las cosas con calma.

Tras una discusión más prolongada, mi madre prometió volver a ayudarme, siempre que esperara y tuviera paciencia; y la dejé para que abordara el asunto con mi padre, cuando y como lo creyera más conveniente: sin dudar de su capacidad para obtener su consentimiento. Mientras tanto, busqué con gran interés las columnas de anuncios de los periódicos, y respondí a todos los «Se busca institutriz» que me parecían mínimamente adecuados; pero todas mis cartas, así como las respuestas cuando las recibía, eran mostradas obedientemente a mi madre; y ella, para mi contrariedad, me hacía rechazar los puestos uno tras otro: estos eran gente de baja estofa, estos exigían demasiado, y aquellos eran demasiado tacaños con la remuneración.

—Tus aptitudes no son las que posee cualquier hija de pobre párroco, Agnes —solía decir ella—, y no debes malgastarlas. Recuerda que prometiste tener paciencia: no hay prisa ninguna; tienes mucho tiempo por delante y aún pueden presentarse muchas oportunidades.

Por fin me aconsejó que pusiera yo misma un anuncio en el periódico exponiendo mis cualificaciones, etc.

—Música, canto, dibujo, francés, latín y alemán —dijo ella— no es una colección despreciable: muchos se alegrarán de tener tanto en una sola instructora; y esta vez probarás fortuna en una familia algo más elevada —en la de algún auténtico caballero de pura cepa; pues es mucho más probable que te trate con el debido respeto y consideración que esos comerciantes enriquecidos y esos advenedizos arrogantes. He conocido a varios entre los rangos superiores que trataban a sus institutrices como si fueran de la familia; aunque algunos, lo reconozco, son tan insolentes y exigentes como cualquier otro; pues los hay buenos y malos en todas las clases.

El anuncio fue redactado y enviado sin demora. De las dos partes que respondieron, solo una accedía a darme cincuenta libras, la suma que mi madre me indicó que debía pedir como salario; y aquí dudé en comprometerme, pues temía que los niños fueran demasiado mayores y sus padres requirieran a alguien de más mundo, o con más experiencia, si no con más dotes que yo. Pero mi madre me disuadió de declinarlo por esa razón: lo haría muy bien, dijo, si me desprendiera de mi timidez y adquiriera un poco más de confianza en mí misma. Solo tendría que dar una descripción sencilla y veraz de mis conocimientos y cualificaciones, y señalar las condiciones que me placiese estipular, y aguardar el resultado. La única condición que me atreví a proponer fue que se me permitieran dos meses de vacaciones al año para visitar a mis familiares, en San Juan y en Navidad. La desconocida señora, en su respuesta, no puso ninguna objeción a esto, y declaró que, en cuanto a mis conocimientos, no dudaba de que daría satisfacción; pero al contratar institutrices ella consideraba esas cosas como puntos secundarios; pues, estando situada en las cercanías de O——, podía recurrir a maestros para suplir cualquier deficiencia en ese respecto; pero, en su opinión, después de una moralidad irreprochable, un temperamento apacible y alegre y un carácter complaciente eran los requisitos más esenciales.

A mi madre no le gustó nada esto, y opuso ahora muchas objeciones a que aceptara el puesto; objeciones en las que mi

hermana la apoyó con ardor; pero, no queriendo verme frustrada de nuevo, las rebatí todas; y, tras haber obtenido primero el consentimiento de mi padre (a quien, poco tiempo atrás, se le había puesto al corriente de estas transacciones), escribí una carta de lo más complaciente a mi desconocida corresponsal y, finalmente, el trato quedó cerrado.

Se determinó que el último día de enero debía entrar en mis nuevas funciones como institutriz en la familia del señor Murray, de Horton Lodge, cerca de O——, a unos ciento diez kilómetros de nuestro pueblo: una distancia que me imponía, pues nunca había estado a más de treinta kilómetros de casa en todos mis veinte años de existencia sobre la tierra; y además, cada individuo de aquella familia y del vecindario me era completamente desconocido, a mí y a todos mis conocidos. Pero eso no hacía sino hacerlo más atractivo para mí. Había conseguido, en cierta medida, librarme de la *mauvaise honte* que antes tanto me oprimía; había una emoción grata en la idea de adentrarme en aquellas regiones desconocidas y de abrirme camino sola entre sus extraños habitantes. Me lisonjeaba ahora pensando que iba a ver algo de mundo: la residencia del señor Murray estaba cerca de una ciudad grande y no en un distrito industrial donde la gente no tiene otra cosa que hacer que ganar dinero; su posición social, según lo que había podido deducir, parecía superior a la del señor Bloomfield; y sin duda era uno de esos auténticos caballeros de pura cepa de que hablaba mi madre, que trataría a su institutriz con la consideración debida, como a una dama respetable y bien educada, instructora y guía de sus hijos, y no como a una mera criada de categoría. Además, siendo mis pupilos mayores, serían más racionales, más enseñables y menos problemáticos que los anteriores; estarían menos confinados al cuarto de estudio y no requerirían aquel esfuerzo continuo y aquella vigilancia incesante; y, por último, brillantes visiones se mezclaban con mis esperanzas, con las que el cuidado de los niños y los meros deberes de una institutriz tenían poco o nada que ver. Así pues, el lector verá que yo no tenía ningún derecho a ser considerada una mártir de la piedad filial, que salía a sacrificar su paz y su libertad

con el único fin de acumular medios para el consuelo y el sustento de sus padres; aunque, ciertamente, el consuelo de mi padre y el futuro sustento de mi madre representaban una gran parte en mis cálculos, y cincuenta libras me parecían una suma nada ordinaria. Tenía que procurarme ropas decentes acordes con mi posición; debía, al parecer, dar la ropa a lavar fuera de casa y pagar también los cuatro viajes anuales entre Horton Lodge y mi hogar; pero, con una estricta atención a la economía, seguramente con algo más de veinte libras quedarían cubiertos esos gastos, y quedarían casi treinta para la caja de ahorros: ¡qué valiosa adición a nuestros ahorros! ¡Oh, debía esforzarme en conservar este puesto, fuera el que fuere! Tanto por mi propio honor ante mis amigos como por los sólidos servicios que podría prestarles con mi permanencia allí.

CAPÍTULO VII

HORTON LODGE

El 31 de enero era un día tempestuoso y borrascoso: soplaban un fuerte viento del norte, con una persistente tormenta de nieve que se arremolinaba en el suelo y giraba en el aire. Mis amigos querían que retrasase mi partida; pero, temiendo perjudicar a mis empleadores con semejante falta de puntualidad al inicio de mi cometido, insistí en cumplir con la cita.

No infligiré a mis lectores el relato de mi marcha del hogar en aquella oscura mañana de invierno: los tiernos adioses, el largo, larguísimo viaje hasta O——, las solitarias esperas en posadas aguardando diligencias o trenes —pues ya había algunos ferrocarriles entonces— y, por último, el encuentro en O—— con el criado del señor Murray, enviado con el faetón para llevarme de allí hasta Horton Lodge. Me limitaré a decir que las abundantes nevadas habían interpuesto tales obstáculos en el camino tanto de los caballos como de las máquinas de vapor, que ya era de noche mucho antes de que llegase al término del viaje, y que al final se desencadenó una tormenta de lo más desorientadora, que convirtió los pocos kilómetros entre O—— y Horton Lodge en un trayecto largo y formidable. Permanecí resignada, con la nieve fría y cortante filtrándose por mi velo y llenándose el regazo, sin ver nada, preguntándose cómo el desgraciado caballo y el cochero serían capaces de abrirse paso siquiera tan malamente como lo hacían; y

en verdad que no era más que un avance fatigoso y casi reptante, en el mejor de los casos. Al fin nos detuvimos; y, a la voz del cochero, alguien descorrió el cerrojo y fue abriendo sobre sus goznes chirriantes lo que parecían ser las verjas del parque. Luego avanzamos por un camino más liso, en el que pude distinguir de trecho en trecho alguna mole blanquecina y cubierta de escarcha que brillaba entre las tinieblas y que tomé por una parte de un árbol cargado de nieve. Al cabo de un tiempo considerable nos detuvimos de nuevo, frente al majestuoso pórtico de una gran casa de ventanas largas que llegaban hasta el suelo.

Me levanté con cierta dificultad de debajo del montón de nieve que me aplastaba y bajé del carruaje, esperando que una recepción amable y hospitalaria me compensase de los trabajos y fatigas del día. Un caballero vestido de negro abrió la puerta y me hizo pasar a un espacioso vestíbulo iluminado por una lámpara de color ámbar suspendida del techo; me condujo por él, a lo largo de un pasillo, y abriendo la puerta de una habitación trasera me dijo que aquélla era la sala de estudios. Entré y encontré a dos jóvenes señoritas y dos jóvenes caballeros —mis futuros alumnos, supuse. Tras un saludo formal, la mayor de las chicas, que estaba entretenida con un trozo de cañamazo y un cestillo de lanas alemanas, me preguntó si me gustaría subir. Respondí que sí, naturalmente.

—Matilda, coge una vela y enséñale su habitación —dijo ella.

La señorita Matilda, una marimacho corpulenta de unos catorce años, con falda corta y pantalones, se encogió de hombros y torció ligeramente el gesto, pero tomó una vela y fue delante de mí escaleras arriba por la escalera de servicio (un tramo largo, empinado y doble) y a través de un pasillo largo y estrecho, hasta una habitación pequeña pero bastante confortable. Luego me preguntó si tomaría algo de té o café. Estaba a punto de responder que no; pero recordando que no había tomado nada desde las siete de la mañana y sintiéndome desfallecida por ello, dije que tomaría una taza de té. Diciéndole que avisaría a «Brown», la joven señorita se retiró; y para cuando me había despojado de mi pesado y mojado

abrigo, chal, sombrero, &c., llegó una doncella remilgada para decirme que las señoritas deseaban saber si tomaría el té allí arriba o en la sala de estudios. Bajo el pretexto del cansancio, preferí tomarlo allí. Se retiró; y al cabo de un rato regresó con una pequeña bandeja de té y la dejó sobre la cómoda que hacía las veces de tocador. Habiéndole dado las gracias con cortesía, le pregunté a qué hora se esperaba que me levantase por la mañana.

—Las señoritas y los señoritos desayunan a las ocho y media, señora —dijo ella—; se levantan temprano; pero, como casi nunca dan lecciones antes del desayuno, creo que bastará con que usted se levante poco después de las siete.

Le rogué que fuese tan amable de llamarme a las siete y, prometiendo hacerlo, se retiró. Luego, tras haber roto el largo ayuno con una taza de té y un poco de pan fino con mantequilla, me senté junto al pequeño fuego que se iba apagando y me entretuve con un buen llanto; tras lo cual recé mis oraciones y, sintiéndome considerablemente aliviada, empecé a prepararme para ir a la cama. Al comprobar que ninguno de mis bultos había subido, busqué el timbre; y al no encontrar señal alguna de tal comodidad en ningún rincón de la habitación, tomé mi vela y me aventuré a recorrer el largo pasillo y bajar la empinada escalera en expedición de descubrimiento. Tropezando con una mujer bien vestida en el camino, le dije lo que necesitaba; no sin considerable vacilación, pues no estaba muy segura de si se trataba de una de las criadas superiores o de la propia señora Murray: resultó ser, sin embargo, la doncella de la señora. Con el aire de quien concede un favor insólito, se dignó encargarse de hacer subir mis cosas; y cuando hube regresado a mi habitación y esperé y esperé un largo rato (temiendo con fundamento que se hubiese olvidado o descuidado de cumplir su promesa, y dudando si seguir esperando o ir a la cama o bajar de nuevo), mis esperanzas se vieron al fin reanimadas por el sonido de voces y risas, acompañado de pisadas por el pasillo; y en seguida el equipaje fue traído por una criada de aspecto brusco y un hombre, ninguno de los cuales mostró demasiado respeto en su trato conmigo. Habiendo cerrado la puerta tras sus pasos que se alejaban

y deshecho parte de mis cosas, me fui a descansar; de muy buena gana, pues estaba agotada de cuerpo y de mente.

Fue con una extraña sensación de desolación, mezclada con una fuerte conciencia de la novedad de mi situación y una curiosidad sombría acerca de lo que aún era desconocido, como desperté a la mañana siguiente; sintiéndome como quien es arrebatado por arte de magia y dejado caer súbitamente desde las nubes en una tierra lejana y desconocida, amplia y completamente aislada de todo cuanto había visto o conocido antes; o como una semilla de cardo llevada por el viento a algún extraño rincón de suelo hostil, donde ha de permanecer mucho tiempo antes de poder echar raíces y germinar, extrayendo el sustento de lo que parece tan ajeno a su naturaleza: si es que alguna vez puede. Pero esto no da en absoluto idea cabal de mis sentimientos; y nadie que no haya llevado una vida tan retirada y estacionaria como la mía puede imaginarse siquiera lo que eran: apenas quien haya conocido lo que es despertar una mañana y encontrarse en Puerto Nelson, en Nueva Zelanda, con un mundo de aguas entre él y todo cuanto le conocía.

No olvidaré pronto la singular sensación con que levanté la persiana y miré hacia el mundo desconocido: una vasta y blanca soledad era todo cuanto se ofrecía a mi vista; un yermo de

Desiertos sacudidos por la nieve, Y frondas abrumadas por su peso.

Bajé a la sala de estudios sin un anhelo especial de reunirme con mis alumnos, aunque no sin cierta curiosidad acerca de lo que un trato más prolongado habría de revelar. Una cosa, entre otras de mayor importancia evidente, me propuse a mí misma: debía empezar por llamarlos señorita y señorito. Me parecía una muestra de protocolo fría y antinatural entre los hijos de una familia y su institutriz y compañera diaria; sobre todo cuando los primeros estaban en la primera infancia, como en Wellwood House; pero incluso allí, el hecho de llamar a los pequeños Bloomfield por sus simples nombres había sido considerado una libertad ofensiva: como sus padres se habían encargado de hacérmelo notar, designándoles

cuidadosamente como *señorito* y *señorita* Bloomfield, &c., al dirigirse a mí. Había tardado mucho en captar la indirecta, porque todo el asunto me parecía de lo más absurdo; pero ahora me propuse ser más prudente y comenzar desde el primer momento con tanta formalidad y ceremonia como cualquier miembro de la familia pudiese razonablemente exigir: y, en verdad, siendo los niños mucho mayores, habría menos dificultad; aunque las pequeñas palabras *señorita* y *señorito* parecían tener un sorprendente efecto de reprimir toda afectuosa y franca cordialidad y de apagar cualquier destello de afecto que pudiera surgir entre nosotros.

Como no puedo, a la manera de Dogberry, encontrar en mi corazón la voluntad de abrumar al lector con toda mi pesadez, no continuaré aburriéndole con un minucioso relato de todos los descubrimientos y sucesos de este día y el siguiente. Sin duda se contentará sobradamente con un breve bosquejo de los diferentes miembros de la familia, y una visión general del primer año o dos de mi estancia entre ellos.

Para empezar por la cabeza: el señor Murray era, según todos los indicios, un ruidoso y bullanguero hidalgo rural: apasionado cazador de zorros, experto jinete y herrador, activo y práctico agricultor, y un alegre *bon vivant*. Según todos los indicios, digo; pues, exceptuando los domingos cuando iba a la iglesia, no le veía de mes en mes: a no ser que, al cruzar el vestíbulo o caminar por los jardines, se cruzase conmigo la figura de un caballero alto y corpulento, de mejillas encarnadas y nariz colorada; en cuyas ocasiones, si pasaba lo bastante cerca para hablar, un displicente cabeceo acompañado de un «Buenos días, señorita Grey», o algún saludo igualmente breve, era lo que generalmente se dignaba concederme. Con frecuencia, ciertamente, me llegaba desde lejos su sonora carcajada; y más a menudo aún le oía blasfemar y maldecir contra los lacayos, el mozo de cuadra, el cochero, o algún otro desdichado dependiente.

La señora Murray era una dama elegante y vistosa de cuarenta años, que ciertamente no necesitaba ni colorete ni rellenos para añadir a sus encantos; y cuyos principales deleites eran, o parecían

ser, dar o frecuentar fiestas, y vestir a la última moda. No la vi hasta las once de la mañana siguiente a mi llegada; cuando me honró con una visita, del mismo modo que mi madre podría asomarse a la cocina a ver a una nueva criada: aunque no exactamente así tampoco, pues mi madre la habría recibido inmediatamente tras su llegada y no habría esperado hasta el día siguiente; y, además, le habría hablado de manera más amable y cordial, y le habría dado algunas palabras de aliento además de una exposición llana de sus deberes; pero la señora Murray no hizo ni lo uno ni lo otro. Se limitó a asomarse a la sala de estudios a su regreso de ordenar la cena en el cuarto del ama de llaves, me deseó los buenos días, estuvo dos minutos de pie junto al fuego, dijo unas cuantas palabras sobre el tiempo y el viaje «bastante abrupto» que debía de haber tenido el día anterior; acarició a su hijo menor —un niño de diez años— que acababa de limpiarse la boca y las manos en su falda, tras haberse deleitado con algún aperitivo de la despensa del ama de llaves; me dijo lo bueno y encantador que era el niño; y acto seguido salió majestuosamente, con una sonrisa de suficiencia en el rostro: pensando, sin duda, que había hecho ya lo bastante por el momento, y que, para colmo, había sido deliciosamente condescendiente. Sus hijos compartían evidentemente la misma opinión, y sólo yo pensaba de otra manera.

Después de esto se asomó a verme una o dos veces, durante la ausencia de mis alumnos, para ilustrarme acerca de mis deberes con ellos. Por lo que respectaba a las niñas, su único deseo parecía ser hacerlas lo más superficialmente atractivas y lucidamente instruidas que fuese posible, sin molestia ni incomodidad presentes para ellas mismas; y yo debía actuar en consecuencia —estudiar y esforzarme en entretenerlas y complacerlas, instruirlas, refinarlas y pulirlas, con el menor esfuerzo posible de su parte y sin ejercer autoridad alguna de la mía. Con respecto a los dos niños, era más o menos lo mismo; sólo que en lugar de habilidades ornamentales, debía introducir en sus cabezas la mayor cantidad posible de gramática latina y del *Delectus* de Valpy, a fin de prepararlos para el colegio —la mayor

cantidad posible, eso sí, *sin* esfuerzo de su parte. John podía ser «un poco impetuoso», y Charles podía ser un poco «nervioso y pesado»:

—Pero en todo caso, señorita Grey —dijo ella—, espero que *usted* mantenga la calma y sea suave y paciente en todo momento; especialmente con el querido pequeño Charles; es tan sumamente nervioso y susceptible, y tan completamente inacostumbrado a ningún trato que no sea el más tierno. Espero que me disculpe por mencionarle estas cosas; el hecho es que, hasta ahora, he encontrado a todas las institutrices, aun a las mejores de ellas, deficientes en este aspecto. Les faltaba ese espíritu manso y tranquilo del que san Mateo, o alguno de ellos, dice que es mejor que los adornos exteriores —usted conocerá el pasaje al que aludo, pues es hija de un clérigo. Pero no tengo duda de que dará usted satisfacción en este punto como en los demás. Y recuerde, en toda ocasión en que alguno de los jóvenes haga algo impropio, si la persuasión y la suave amonestación no bastan, que venga alguno de los otros a avisarme; pues yo puedo hablarles con mayor franqueza de la que sería propio en usted. Y procure que sean lo más felices que pueda, señorita Grey, y estoy segura de que le irá muy bien.

Observé que, mientras la señora Murray se mostraba tan sumamente solícita por el bienestar y la felicidad de sus hijos, y no dejaba de hablar de ello, no mencionó ni una sola vez los míos; siendo así que ellos estaban en casa, rodeados de amigos, y yo era una extraña entre extraños; y aún no conocía el mundo lo bastante como para no sorprenderme considerablemente ante tan singular anomalía.

La señorita Murray, llamada de otro modo Rosalie, tenía unos dieciséis años cuando llegué, y era decididamente una muchacha muy guapa; y en dos años más, a medida que el tiempo fue completando el desarrollo de su figura y añadiendo gracia a su porte y su presencia, llegó a ser positivamente hermosa; y no de manera corriente. Era alta y esbelta, aunque no delgada; de perfectas formas, de una blancura exquisita aunque no exenta de un brillante y saludable color rosado; su cabello, que llevaba en una profusión de

largos rizos, era de un castaño muy claro con visos amarillentos; sus ojos eran de un azul pálido, pero tan claros y vivos que pocos desearían verlos más oscuros; el resto de sus facciones eran pequeñas, no del todo regulares, y no especialmente notables: pero en conjunto no dudabas en pronunciarla una jovencita muy encantadora. Ojalá pudiera decir lo mismo de su mente y su carácter que de su figura y su rostro.

Sin embargo, no creas que tengo revelaciones terribles que hacer: era vivaz, alegre y podía ser muy agradable con quienes no contrariaban su voluntad. Conmigo, cuando llegué al principio, se mostró fría y altiva; luego insolente y prepotente; pero, con un trato más prolongado, fue deponiendo gradualmente sus aires, y con el tiempo llegó a querérseme tan profundamente como era posible en *ella* querer a alguien de mi carácter y posición: pues rara vez perdía de vista, más de media hora seguida, el hecho de que yo era una asalariada y la hija de un pobre coadjutor. Y sin embargo, en conjunto, creo que me respetaba más de lo que ella misma era consciente; porque yo era la única persona de la casa que profesaba firmemente buenos principios, decía habitualmente la verdad y se esforzaba generalmente por someter la inclinación al deber; y esto lo digo, no, desde luego, como elogio de mí misma, sino para mostrar el lamentable estado de la familia a cuyos servicios estaba, por el momento, consagrada. No había miembro alguno de ella en quien lamentase más esta triste carencia de principios que en la propia señorita Murray; no sólo porque ella había tomado afecto por mí, sino porque había tanto de agradable y atractivo en ella misma que, a pesar de sus defectos, me gustaba de veras —cuando no despertaba mi indignación o me alteraba el genio con una exhibición *demasiado* pronunciada de sus faltas. Éstas, sin embargo, quería persuadirme a mí misma de que eran más bien el fruto de su educación que de su carácter: nunca le habían enseñado a fondo la distinción entre el bien y el mal; había sido, como sus hermanos y hermanas, consentida desde la infancia para tiranizar sobre las niñeras, las institutrices y los criados; no le habían enseñado a moderar sus deseos, a controlar su temperamento o a refrenar su

voluntad, ni a sacrificar su propio placer por el bien de los demás. Siendo su temperamento naturalmente bueno, nunca era violenta ni malhumorada; pero, por la indulgencia constante y el habitual desprecio de la razón, era a menudo susceptible y caprichosa; su mente nunca había sido cultivada: su inteligencia, en el mejor de los casos, era algo superficial; poseía una vivacidad considerable, cierta agudeza de percepción y cierto talento para la música y el aprendizaje de idiomas, pero hasta los quince años no se había molestado en adquirir nada; —entonces el amor al lucimiento había despertado sus facultades y la había inducido a aplicarse, pero sólo a las habilidades más vistosas. Y cuando llegué yo era igual: todo era descuidado excepto el francés, el alemán, la música, el canto, el baile, las labores de fantasía y un poco de dibujo —el tipo de dibujo que produce la mayor apariencia con el menor trabajo, y cuyas partes principales solía hacer yo en general. Para la música y el canto, además de mis ocasionales lecciones, contaba con la asistencia del mejor maestro que el condado podía ofrecer; y en estas habilidades, así como en el baile, alcanzó ciertamente una gran destreza. A la música, en verdad, le dedicaba demasiado tiempo, como yo le decía con frecuencia, siendo institutriz aunque era; pero su madre opinaba que si *a ella* le gustaba, no podía dedicar demasiado tiempo a adquirir un arte tan seductor. De las labores de fantasía yo no sabía nada salvo lo que aprendí de mi alumna y de mi propia observación; pero en cuanto fui iniciada, ella me hizo útil de veinte maneras distintas: todas las partes tediosas de su labor fueron trasladadas a mis hombros; tales como tensar los bastidores, coser el cañamazo, ordenar las lanas y las sedas, dar los fondos, contar los puntos, corregir los errores y terminar las piezas de las que se había cansado.

A los dieciséis años, la señorita Murray era algo traviesa, aunque no más de lo natural y permisible en una chica de esa edad; pero a los diecisiete, esa inclinación, como todas las demás cosas, empezó a ceder ante la pasión dominante, y pronto quedó absorbida por la ambición todoabsorbente de atraer y deslumbrar al sexo opuesto. Pero basta de ella: pasemos ahora a su hermana.

La señorita Matilda Murray era una auténtica marimacho de quien poco hay que decir. Tenía unos dos años y medio menos que su hermana; sus facciones eran más marcadas, y su tez mucho más morena. Podía llegar a ser una mujer atractiva; pero tenía los huesos demasiado grandes y era demasiado torpe para que se la llamase nunca una chica guapa, y por el momento le importaba poco. Rosalie conocía todos sus encantos y los juzgaba aún mayores de lo que eran, y los valoraba más de lo que debía, aunque hubiesen sido tres veces superiores; Matilda pensaba que estaba bastante bien, pero le importaba poco; menos aún le importaba el cultivo de su mente y la adquisición de habilidades ornamentales. La manera en que aprendía sus lecciones y practicaba la música era la propia para desesperar a cualquier institutriz. Por cortas y fáciles que fuesen sus tareas, cuando se hacían, se hacían de mala manera, a cualquier hora y de cualquier modo; pero generalmente en los momentos menos convenientes y de la manera menos provechosa para ella misma y menos satisfactoria para mí: la breve media hora de práctica la aporreaba horriblemente; mientras tanto, no me ahorra sus impropiedades, ya fuese por interrumpirla con correcciones, o por no haberle corregido los errores antes de que los cometiera, o por algo igualmente irrazonable. Una o dos veces me aventuré a reprenderla con seriedad por conducta tan irracional; pero en cada una de esas ocasiones recibí de su madre tales reconvenciones que me convencieron de que, si quería conservar el empleo, tendría que dejar a la señorita Matilda seguir a su manera.

Cuando sus lecciones habían terminado, sin embargo, su mal humor se disipaba por lo general también: mientras montaba a su vivaz poni, o retozaba con los perros o con sus hermanos y su hermana, pero sobre todo con su querido hermano John, era feliz como una alondra. Como ser animal, Matilda estaba perfectamente, llena de vida, vigor y actividad; como ser inteligente, era de una ignorancia bárbara, indócil, descuidada e irracional; y, en consecuencia, muy angustiante para quien tenía la tarea de cultivar su entendimiento, reformar sus modales y ayudarla a adquirir aquellos adornos que, a diferencia de su hermana, despreciaba tanto

como todo lo demás. Su madre era en parte consciente de sus deficiencias y me dio más de una lección sobre cómo debía intentar formar sus gustos y procurar despertar y alimentar su dormida vanidad; y, mediante una lisonja hábil e insidiosa, ganar su atención para los fines deseados —lo cual yo no haría; y sobre cómo debía preparar y allanar el camino del aprendizaje hasta que ella pudiese deslizarse por él sin el menor esfuerzo de su parte —lo cual yo no podía, pues nada puede enseñarse con alguna utilidad sin cierto esfuerzo de quien aprende.

Como agente moral, Matilda era temeraria, obstinada, violenta e inaccesible a la razón. Una prueba del deplorable estado de su mente era que, siguiendo el ejemplo de su padre, había aprendido a jurar como un carretero. Su madre se escandalizaba enormemente ante tan «poco femenino hábito», y se preguntaba «cómo lo había adquirido». —Pero usted puede corregirla pronto de eso, señorita Grey —dijo ella—; no es más que un hábito; y si usted se lo recuerda suavemente cada vez que lo haga, estoy segura de que pronto lo dejará. Yo no sólo se lo «recordé suavemente»; intenté hacerle comprender lo incorrecto que era y lo desagradable para los oídos de las personas decentes: pero todo en vano; la única respuesta era una risa despreocupada y: —¡Oh, señorita Grey, qué escandalizada está usted! ¡Me alegro tanto! —, o: —¡Bueno, no puedo evitarlo; papá no debería habérmelo enseñado: lo aprendí todo de él; y quizá algo del cochero!

Su hermano John, *alias* el señorito Murray, tenía unos once años cuando llegué: un muchacho robusto, sano y bien plantado, franco y de buen carácter en el fondo, y podría haber sido un chico decente si le hubiesen educado como es debido; pero en aquel entonces era brusco como un oseño, pendenciero, indisciplinado, sin principios, sin instrucción e inenseñable —al menos para una institutriz bajo los ojos de su madre. Sus maestros en el colegio quizá pudieran dominarlo mejor —pues al colegio fue enviado, con gran alivio mío, en el transcurso de un año; en un estado, eso sí, de vergonzosa ignorancia en latín, y también en las cosas más útiles aunque más descuidadas: y esto, sin duda, se atribuiría todo a que su educación

había sido confiada a una ignorante maestra particular, que había tenido la osadía de emprender lo que era totalmente incapaz de llevar a cabo. No me vi libre de su hermano hasta doce meses después, cuando fue también despachado en el mismo estado de ignominiosa ignorancia que el anterior.

El señorito Charles era el mimado predilecto de su madre. Tenía apenas algo más de un año menos que John, pero era mucho más pequeño, pálido y menos activo y robusto; un niño irritable, cobarde, caprichoso y egoísta, sólo activo en hacer travesuras y sólo ingenioso para inventar mentiras: no simplemente para ocultar sus propias faltas, sino, por pura malicia deliberada, para hacer recaer el odio sobre los demás. En suma, el señorito Charles era para mí una molestia muy grande: convivir con él en paz era una prueba de paciencia; vigilarle era peor; y enseñarle, o pretender enseñarle, era inconcebible. Con diez años, no sabía leer correctamente la línea más sencilla del libro más fácil; y como, según el principio de su madre, había que dictarle cada palabra antes de que tuviese tiempo de vacilar o examinar su ortografía, y ni siquiera se le informaba nunca, como estímulo al esfuerzo, de que otros niños iban más adelantados que él, no es de extrañar que hiciese escasos progresos durante los dos años que tuve a mi cargo su educación. Sus minúsculas porciones de gramática latina, &c., habían de repetírsele hasta que él decidiese decir que ya las sabía, y luego había que ayudarle a decirlas; si cometía errores en sus pequeñas y fáciles sumas de aritmética, había que mostrárselos al instante y hacerle la suma, en lugar de dejarle ejercitar sus facultades en encontrarlos por sí mismo; de modo que, naturalmente, no se tomaba la menor molestia en evitar los errores, y con frecuencia ponía las cifras al azar, sin ningún cálculo en absoluto.

No me ceñía invariablemente a estas normas: mi conciencia me lo impedía; pero rara vez podía aventurarme a apartarme de ellas en el menor grado sin incurrir en la ira de mi pequeño alumno, y posteriormente en la de su mamá; a la que contaba mis transgresiones maliciosamente exageradas, o adornadas con embellecimientos propios; y con frecuencia estuve a punto de perder

o renunciar a mi empleo. Pero, por el bien de los de casa, sofoqué mi orgullo y reprimí mi indignación, y me las arreglé para seguir adelante hasta que mi pequeño atormentador fue despachado al colegio; declarando su padre que la educación en casa «no era lo suyo, a todas luces; su madre le malcriaba escandalosamente, y su institutriz no podía hacer carrera de él en absoluto».

Unas pocas observaciones más acerca de Horton Lodge y sus actividades, y habré terminado por ahora con la descripción árida. La casa era muy respetable; superior a la del señor Bloomfield, tanto en antigüedad como en tamaño y magnificencia: el jardín no estaba trazado con tanto gusto; pero en lugar del césped bien rasurado, los arbolillos protegidos por palizadas, el bosquecillo de álamos presuntuosos y la plantación de abetos, había un amplio parque, poblado de ciervos y hermoseado por viejos y esplendorosos árboles. El campo circundante era en sí mismo agradable, en la medida en que los campos fértiles, los árboles frondosos, los tranquilos caminos verdes y los setos risueños con flores silvestres esparcidas por sus orillas podían hacerlo; pero era tristemente llano para quien había nacido y se había criado entre las escarpadas colinas de —.

Estábamos situadas a casi tres kilómetros de la iglesia del pueblo, y, en consecuencia, el carruaje de la familia era puesto en servicio todos los domingos por la mañana, y a veces con más frecuencia. El señor y la señora Murray generalmente consideraban suficiente hacerse ver en la iglesia una vez en el transcurso del día; pero con frecuencia los niños preferían ir una segunda vez antes que vagar por los jardines todo el día sin nada que hacer. Si algunos de mis alumnos elegían dar un paseo y llevarme consigo, era bueno para mí; pues de lo contrario mi lugar en el carruaje era el de quedar apretujada en el rincón más alejado de la ventanilla abierta, y de espaldas a los caballos: una posición que invariablemente me ponía enferma; y si no me veía obligada a salir de la iglesia en medio del oficio, mis devociones se veían perturbadas por una sensación de languidez y malestar, y el angustioso temor de que empeorase: y un opresivo dolor de cabeza era mi compañero habitual durante todo el

día, que de otro modo habría sido un día de bienvenido descanso y gozoso y sereno disfrute.

—Es muy extraño, señorita Grey, que el carruaje siempre le ponga mala; a mí no me pone —observó la señorita Matilda.

—Ni a mí tampoco —dijo su hermana—; pero me atrevería a decir que lo haría si me sentase donde ella se sienta —un lugar tan desagradable y horrible, señorita Grey; ¡no sé cómo puede aguantarlo usted!

—Estoy obligada a aguantarlo, pues no me queda otra opción —podría haber respondido; pero, por consideración a sus sentimientos, me limité a responder: —¡Oh! No hay más que un trecho corto, y si no me pongo enferma en la iglesia, no me importa.

Si se me pidiese que describiese las divisiones y disposiciones habituales del día, me resultaría una tarea muy difícil. Tomaba todas mis comidas en la sala de estudios con mis alumnos, a las horas que a ellos se les antojaba: a veces mandaban llamar al almuerzo antes de que estuviese a medias cocido; a veces lo tenían esperando en la mesa más de una hora, y luego se ponían de mal humor porque las patatas estaban frías y la salsa cubierta de costras de grasa solidificada; a veces tomaban el té a las cuatro; con frecuencia, se enojaban con los criados porque no estaba servido puntualmente a las cinco; y cuando se cumplían estas órdenes, a modo de estímulo a la puntualidad, lo mantenían en la mesa hasta las siete u ocho.

Sus horas de estudio se gestionaban de manera muy similar; mi criterio o comodidad no se consultaban nunca. A veces Matilda y John decidían «terminar todo ese maldito trabajo antes del desayuno», y mandaban a la criada a despertarme a las cinco y media, sin escrúpulos ni disculpas; a veces se me decía que estuviese lista puntualmente a las seis, y, habiéndome vestido a toda prisa, bajaba a una sala vacía, y tras esperar un largo rato en suspenso, descubría que habían cambiado de parecer y seguían en la cama; o, quizás, si era una hermosa mañana de verano, Brown vendría a decirme que las señoritas y los señoritos se habían tomado

el día libre y habían salido; y entonces me tenían esperando el desayuno hasta estar casi a punto de desmayarme: ellos, habiendo tomado algo antes de salir.

Con frecuencia hacían las lecciones al aire libre; contra lo cual yo no tenía nada que objetar: salvo que con frecuencia cogía un resfriado por sentarme en la hierba húmeda, o por la exposición al rocío de la tarde, o a alguna corriente insidiosa, que parecía no tener efectos perjudiciales sobre ellos. Era perfectamente justo que fuesen resistentes; no obstante, ciertamente podría haberseles enseñado alguna consideración hacia los demás que lo eran menos. Pero no debo culparles de lo que era, quizás, culpa mía; pues nunca hice objeción particular alguna a sentarme donde a ellos les placía; eligiendo neciamente arriesgarme a las consecuencias antes que importunarles por mi comodidad. La manera indecorosa en que hacían sus lecciones era tan notable como el capricho que exhibían en la elección del momento y el lugar. Mientras recibían mis instrucciones o repetían lo que habían aprendido, se tumbaban en el sofá, se recostaban en la alfombra, se estiraban, bostezaban, hablaban entre sí o miraban por la ventana; mientras que yo no podía ni atizar el fuego ni recoger el pañuelo que se me había caído sin ser reprendida por desatención por uno de mis alumnos, o sin que me dijiesen que «mamá no querría que fuese yo tan descuidada».

Los criados, viendo en qué escasa estima tenían a la institutriz tanto los padres como los hijos, regulaban su comportamiento por el mismo patrón. Con frecuencia había salido en su defensa, a riesgo de causarme algún daño a mí misma, contra la tiranía e injusticia de sus jóvenes amos y señoritas; y siempre me había esforzado en darles el menor trabajo posible: pero desatendían por completo mi bienestar, despreciaban mis peticiones y desdeñaban mis instrucciones. No todos los criados habrían obrado así, estoy convencida; pero los domésticos en general, siendo ignorantes y poco acostumbrados a razonar y reflexionar, se corrompen con demasiada facilidad por el descuido y el mal ejemplo de quienes

están por encima de ellos; y éstos, creo, no eran de los mejores para empezar.

A veces me sentía degradada por la vida que llevaba, y avergonzada de someterme a tantas humillaciones; y a veces me parecía una necia por preocuparme tanto por ellas, y temía que me faltase tristemente la humildad cristiana, o esa caridad que «sufre con longanimidad y es bondadosa, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, todo lo soporta, todo lo aguanta».

Pero, con el tiempo y la paciencia, las cosas empezaron a mejorar ligeramente: despacio, eso es cierto, y casi de manera imperceptible; pero me deshice de mis alumnos varones (lo cual no era una ventaja desdeñable), y las chicas, como dejé entrever antes respecto a una de ellas, se volvieron algo menos insolentes y empezaron a dar muestras de cierto respeto. «La señorita Grey era una criatura rara: nunca adulaba, y no las elogiaba ni la mitad de lo que debía; pero siempre que hablaba favorablemente de ellas, o de algo relacionado con ellas, podían estar bien seguras de que su aprobación era sincera. Era muy complaciente, tranquila y apacible en general, pero había ciertas cosas que le hacían perder la paciencia: eso les importaba poco, a decir verdad, pero aun así era mejor tenerla de buen humor; pues cuando estaba de buen humor hablaba con ellas, y podía ser muy agradable y divertida a veces, a su manera; que era muy distinta a la de mamá, pero muy bien para variar. Tenía sus propias opiniones sobre cada asunto, y se mantenía firmemente en ellas —unas opiniones muy fastidiosas a menudo; pues siempre estaba pensando en lo que estaba bien y lo que estaba mal, y tenía una extraña devoción por las cuestiones relacionadas con la religión, y una incomprensible simpatía por las personas buenas.»

CAPÍTULO VIII

LA PUESTA DE LARGO

A los dieciocho años, la señorita Murray debía emerger de la apacible oscuridad del cuarto de estudio para entrar de lleno en el deslumbrante mundo de la moda —o al menos en todo cuanto de él podía disfrutarse fuera de Londres; pues a su papá no hubo manera de persuadirlo para que abandonase sus placeres y ocupaciones campestres, ni siquiera por unas pocas semanas de residencia en la ciudad. Iba a hacer su *débût* el tres de enero, en un magnífico baile que su mamá proyectaba ofrecer a toda la nobleza y a la mejor gentry de O—— y sus alrededores en un radio de treinta kilómetros. Por supuesto, lo esperaba con la más viva impaciencia y las más desmesuradas esperanzas de gozo.

—Miss Grey —me dijo una tarde, un mes antes del gran día, mientras yo estaba leyendo con detenimiento una carta larga y sumamente interesante de mi hermana, que por la mañana solo había ojeado para comprobar que no traía malas noticias y que había guardado hasta entonces sin haber podido encontrar antes un momento de sosiego para leerla—, Miss Grey, guarde usted esa carta tan sosa y aburrida, y escúcheme. Estoy segura de que lo que tengo que contarle ha de ser mucho más entretenido.

Se sentó en el taburete bajo a mis pies; y yo, reprimiendo un suspiro de contrariedad, empecé a doblar la carta.

—Debería usted decirles a los suyos en casa que no la aburran con cartas tan largas —dijo ella—; y, sobre todo, dígales que escriban en papel de carta correcto y no en esos pliegos tan grandes y ordinarios. Tendría que ver usted los deliciosos y distinguidísimos billetes que escribe mamá a sus amistades.

—Los míos —repliqué— saben muy bien que cuanto más largas son sus cartas, más me gustan. Me apenaría mucho recibir un delicioso y distinguido billetito de ninguno de ellos; y creía que usted era demasiado fina, señorita Murray, para hablar de la «vulgaridad» de escribir en un pliego grande.

—Bueno, solo lo decía para tomarle el pelo a usted. Pero ahora quiero hablar del baile; y decirle que de ninguna manera puede marcharse de vacaciones hasta que haya terminado.

—¿Por qué razón? Yo no voy a estar en el baile.

—No, pero verá los salones engalanados antes de que empiece, oirá la música y, sobre todo, me verá a mí con mi espléndido vestido nuevo. Estaré tan encantadora que querrá postrarse a mis pies; de verdad que tiene que quedarse.

—Me encantaría verla a usted; pero tendré muchas ocasiones de verla igualmente encantadora en alguno de los innumerables bailes y fiestas que habrá, y no puedo decepcionar a mis amigos aplazando mi regreso tanto tiempo.

—¡Oh, deje usted a sus amigos! Dígales que no la dejamos marcharse.

—Pero, dicho sea con sinceridad, también sería una decepción para mí misma: tengo tantas ganas de verlos como ellos de verme a mí, quizás más.

—Bueno, pero es tan poco tiempo.

—Casi dos semanas, según mis cálculos; y además, no puedo soportar la idea de pasar la Navidad lejos de casa; y es que mi hermana va a casarse.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—No hasta el mes que viene; pero quiero estar allí para ayudarla a hacer los preparativos y aprovechar su compañía mientras la tenemos.

—¿Por qué no me lo había dicho antes?

—Acabo de enterarme por esta carta que usted tacha de sosa y aburrida y no me deja leer.

—¿Con quién se va a casar?

—Con el señor Richardson, el vicario de una parroquia vecina.

—¿Es rico?

—No; solo desahogado.

—¿Es guapo?

—No; solo presentable.

—¿Joven?

—No; de mediana edad.

—¡Ay, por Dios, qué espanto! ¿Y cómo es la casa?

—Una pequeña y tranquila casa vicaria, con un porche cubierto de hiedra, un jardín a la vieja usanza, y—

—¡Oh, basta! Me está poniendo mala. ¿Cómo *puede* ella soportarlo?

—Espero que no solo sea capaz de soportarlo, sino de ser muy feliz. No me ha preguntado usted si el señor Richardson es un hombre bueno, sensato o amable; a todo eso podría haberle respondido que sí, al menos eso es lo que piensa Mary, y espero que no se equivoque.

—¡Pero, pobre criatura! ¿Cómo puede pensar en pasar su vida allí, encerrada con ese hombre tan horrible y viejo, sin esperanza de cambio?

—No es viejo: tiene tan solo treinta y seis o treinta y siete años; y ella misma tiene veintiocho, y es tan seria como si tuviera cincuenta.

—¡Oh! Entonces es otra cosa; están bien igualados. Pero ¿le llaman el «digno vicario»?

—No lo sé; pero si lo hacen, creo que merece el apelativo.

—¡Dios mío, qué horror! ¿Y llevará delantal blanco y hará empanadas y pudines?

—Del delantal blanco no sé; pero me atrevería a decir que hará empanadas y pudines de vez en cuando; aunque no será ningún gran sacrificio, pues ya lo ha hecho antes.

—¿Y andará por ahí con un chal sencillo y un gran sombrero de paja, llevando opúsculos y caldo de huesos a los pobres feligreses de su marido?

—Eso no lo tengo tan claro; pero me atrevería a decir que hará todo lo posible por procurarles bienestar en cuerpo y alma, siguiendo el ejemplo de nuestra madre.

CAPÍTULO IX

EL BAILE

—Ahora, Miss Grey —exclamó la señorita Murray en cuanto entré en el cuarto de estudio, tras haberme quitado el abrigo al regresar de mis cuatro semanas de descanso—, ahora cierre la puerta, siéntese y le contaré todo sobre el baile.

—¡No, maldita sea, no! —gritó la señorita Matilda—. ¿Puedes callarte de una vez? Y déjame que yo le cuente lo de mi nueva yegua. ¡Vaya preciosidad, Miss Grey! Una hermosa yegua de pura sangre...

—Cállate, Matilda, y déjame contar mis noticias primero.

—No, no, Rosalie; tardarás un maldito siglo. Me escuchará a mí primero, ¡y que me cuelguen si no!

—Lamento escuchar, señorita Matilda, que aún no ha logrado librarse de esa deplorable costumbre.

—Bueno, no puedo evitarlo; pero no volveré a soltar ni una palabrota si me escucha y le dice a Rosalie que cierre su condenada boca.

Rosalie protestó, y pensé que iban a hacerme pedazos entre las dos; pero como la señorita Matilda tenía la voz más potente, su hermana acabó por ceder y le permitió contar su historia primero: así me vi condenada a escuchar un extenso relato sobre su

espléndida yegua, su cría y pedigree, sus andares, su porte, su brío, &c., y sobre su propia y asombrosa habilidad y valentía montándola; todo ello rematado con la afirmación de que podía saltar una verja de cinco barras «como si nada», que papá había dicho que podría ir de caza la próxima vez que se reuniera la jauría, y que mamá le había encargado un brillante traje de caza de color escarlata.

—¡Oh, Matilda, qué cosas estás contando! —exclamó su hermana.

—Bueno —respondió ella, sin inmutarse lo más mínimo—, yo sé que *podría* saltar una verja de cinco barras si lo intentara, y papá *acabará* diciéndome que puedo ir de caza, y mamá *encargará* el traje cuando se lo pida.

—Bueno, anda ya —repuso la señorita Murray—; y, por favor, Matilda, querida, intenta ser un poco más femenina. Miss Grey, quisiera que le dijera a ella que no emplee palabras tan escandalosas; se empeña en llamar a su caballo yegua: es de un escándalo inconcebible, y luego usa expresiones tan horribles para describirlo; tiene que haberlas aprendido de los mozos de cuadra. Casi me da un ataque cuando empieza.

—Lo aprendí de papá, ¡burra!, y de sus alegres amigos —dijo la joven, haciendo restallar enérgicamente un látigo de caza que solía llevar en la mano—. Entiendo de caballos tan bien como el que más.

—Bueno, anda ya, chica escandalosa. De verdad que me va a dar un ataque si sigues así. Y ahora, Miss Grey, atiéndame; voy a contarle el baile. Estará usted muriéndose de ganas de saberlo, ya lo sé. ¡Oh, *vaya* baile! En su vida ha visto ni oído, ni leído ni soñado nada semejante. ¡Las decoraciones, el entretenimiento, la cena, la música eran indescriptibles! ¡Y los invitados! Había dos nobles, tres barones y cinco damas con título, además de otras damas y caballeros innumerables. Las damas, claro está, me tenían sin cuidado, salvo para ponerme de buen humor conmigo misma al ver lo feas y torpes que eran la mayoría; y las mejores —me dijo mamá —, las de una belleza más sublime entre ellas, no eran nada

comparadas conmigo. En cuanto a mí, Miss Grey, ¡cuánto *lamento* que no me viera! Estaba *encantadora*... ¿verdad, Matilda?

—Pasable.

—No, de verdad que lo estaba, o al menos eso dijeron mamá, Brown y Williamson. Brown decía que estaba segura de que ningún caballero podía posar los ojos en mí sin enamorarse al instante; y así que bien puedo permitirme ser un poco vanidosa. Ya sé que me tiene usted por una chica escandalosa, engreída y frívola; pero, verás, yo no lo atribuyo *todo* a mis encantos personales: algo de mérito le corresponde al peluquero, y algo a mi vestido, exquisitamente precioso —tiene usted que verlo mañana—, gasa blanca sobre satén rosa, y *tan* bien confeccionado; y un collar y una pulsera de hermosas perlas grandes.

—No me cabe duda de que estaba usted muy encantadora; pero ¿debería eso alegrarla tanto?

—¡Oh, no, no solo eso! Pero es que me admiraron tanto, e hice tantas *conquistas* en esa sola noche, que usted se asombraría de oír...

—Pero ¿de qué le sirven?

—¿De qué sirven? ¡Pensar que una mujer pueda preguntar tal cosa!

—Pues yo diría que con una conquista basta; y demasiado incluso, a menos que la subyugación fuera mutua.

—Oh, pero ya sabe usted que nunca estamos de acuerdo en esas cosas. Espere un momento y le contaré quiénes fueron mis principales admiradores, los que más se hicieron notar aquella noche y después; pues desde entonces he ido a dos fiestas. Desafortunadamente, los dos nobles, Lord G—— y Lord F——, eran casados, o podría haberme dignado a ser especialmente amable con *ellos*; tal como estaban las cosas, no lo hice: aunque Lord F——, que detesta a su esposa, quedó evidentemente muy impresionado conmigo. Me pidió que bailara con él dos veces —es un bailarín

encantador, dicho sea de paso, y yo también lo soy—; no puede usted imaginarse lo bien que lo hice; yo misma me quedé asombrada. Su señoría fue también muy halagador, demasiado en realidad, y juzgué oportuno mostrarme un poco altiva y esquiva; pero tuve el placer de ver a su desagradable y malhumorada esposa a punto de morirse de despecho y contrariedad—

—¡Oh, señorita Murray! ¿Quiere usted decir realmente que eso pudo darle placer? Por muy malhumorada que sea ella o—

—Bueno, ya sé que está muy mal; ipero no importa! Pienso ser buena algún día, solo que ahora no me dé sermones, sea usted buena persona. No le he contado ni la mitad. Vamos a ver. ¡Ah, iba a contarle cuántos admiradores indiscutibles tuve! Sir Thomas Ashby fue uno; Sir Hugh Meltham y Sir Broadley Wilson son unos viejos carcamales, solo aptos como compañía de papá y mamá. Sir Thomas es joven, rico y alegre; aunque una bestia horrible, eso sin duda; sin embargo, mamá dice que no debería darle importancia después de unos meses de trato. Luego estaba Henry Meltham, el hijo menor de Sir Hugh; bastante bien parecido y un compañero agradable con quien coquetear; pero *por ser* hijo menor, eso es todo lo que vale; luego estaba el joven señor Green, bastante rico, pero sin linaje, y un grandísimo estúpido, iun perfecto paleta de aldea!; y luego nuestro buen rector, el señor Hatfield: debería considerarse un admirador *humilde*; pero me temo que ha olvidado incluir la humildad entre el caudal de sus virtudes cristianas.

—¿Estaba el señor Hatfield en el baile?

—Pues claro. ¿Pensaba usted que era demasiado bueno para asistir?

—Pensé que podría considerarlo impropio de un eclesiástico.

—En absoluto. No profanó sus hábitos bailando; pero le costó contenerse, pobre hombre: parecía morirse de ganas de invitarme a bailar *una* sola pieza; y... ¡ah, por cierto!, tiene un nuevo coadjutor: ese viejo tan ajado del señor Bligh ha conseguido por fin el beneficio que tanto tiempo llevaba deseando y se ha marchado.

—¿Y cómo es el nuevo?

—¡Oh, *vaya* bestia! Se llama Weston. Puedo describirlo en tres palabras: un zoquete insensible, feo y estúpido. Son cuatro, pero no importa; ya basta de *él* por ahora.

Entonces volvió al baile y me ofreció un relato pormenorizado de su comportamiento allí y en las diversas fiestas a las que había asistido desde entonces; y más detalles sobre Sir Thomas Ashby y los señores Meltham, Green y Hatfield, y la indeleble impresión que había causado en cada uno de ellos.

—Bueno, ¿cuál de los cuatro le gusta más? —pregunté, reprimiendo mi tercer o cuarto bostezo.

—¡Los detesto a todos! —respondió, agitando sus brillantes rizos con un desdén lleno de vivacidad.

—Eso significa, supongo, «me gustan todos»; pero ¿cuál más?

—No, de verdad que los detesto a todos; pero Harry Meltham es el más guapo y el más entretenido, el señor Hatfield el más inteligente, Sir Thomas el más depravado y el señor Green el más estúpido. Pero el que me tocará, supongo, si estoy condenada a quedarme con alguno de ellos, es Sir Thomas Ashby.

—¿De verdad? ¿Si es tan depravado y no le gusta?

—Oh, que sea depravado no me importa: tanto mejor así; y en cuanto a si me gusta o no... no me disgustaría demasiado ser Lady Ashby de Ashby Park, si tengo que casarme. Pero si pudiera ser siempre joven, permanecería siempre soltera. Me gustaría disfrutar a fondo y coquetear con todo el mundo hasta estar al borde de que me llamaran solterona; y entonces, para escapar de esa infamia, después de haber hecho diez mil conquistas, romperle el corazón a todos salvo a uno, casándome con algún marido de alta alcurnia, rico y complaciente, por el que, por otro lado, cincuenta damas se estuvieran muriendo.

—Pues mientras tenga usted esas ideas, quédese soltera por todos los medios y no se case en absoluto: ni siquiera para escapar

de la infamia de la soltería.

CAPÍTULO X

LA IGLESIA

—Bien, señorita Grey, ¿qué le parece el nuevo coadjutor? —preguntó la señorita Murray al regreso de la iglesia, aquel domingo en que retomábamos nuestras obligaciones.

—Apenas podría decirle —respondí—; ni siquiera le he oído predicar.

—Pero le vio, ¿no es así?

—Sí, pero no puedo pretender juzgar el carácter de un hombre por una sola y fugaz ojeada a su rostro.

—¿Pero a que es feo?

—No me pareció que lo fuera especialmente; no me desagradó ese tipo de fisonomía; pero lo único en lo que me fijé con atención fue en su manera de leer, que me pareció buena —infinitamente mejor, al menos, que la del señor Hatfield. Leyó las Lecciones como quien se propone dar todo su efecto a cada pasaje; parecía que ni la persona más distraída hubiera podido evitar prestar atención, ni la más ignorante dejar de comprender; y las oraciones las leyó como si no estuviera leyendo en absoluto, sino rezando con fervor y sinceridad desde lo más hondo de su corazón.

—Oh, sí, para eso y nada más vale: puede salir del paso con el oficio religioso sin mayor problema; pero más allá de eso no tiene

una sola idea.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Oh! Lo sé perfectamente; soy una jueza excelente en estas materias. ¿Vio usted cómo salió de la iglesia? Pisando fuerte, como si no hubiera nadie más que él —sin mirar a derecha ni a izquierda—, pensando evidentemente en nada más que en salir de la iglesia y, quizá, en volver a casa a cenar: aquella cabezota de tonto no podía albergar ninguna otra idea.

—Supongo que habría querido usted que lanzase una mirada al banco del señor —dije, riendo ante la vehemencia de su hostilidad.

—¡Vaya! ¡Me habría indignado enormemente si se hubiera atrevido a tal cosa! —respondió ella, sacudiendo la cabeza con altivez; luego, tras un instante de reflexión, añadió—: Bueno, bueno, supongo que es suficientemente bueno para su puesto; pero me alegro de no depender de él para mi entretenimiento —eso es todo. ¿Vio usted cómo se apresuró el señor Hatfield a salir para que yo le saludase y poder estar a tiempo de ayudarnos a subir al carruaje?

—Sí —respondí; añadiendo interiormente: «y me pareció bastante denigrante para su dignidad de clérigo salir volando del púlpito con tan ansiosa precipitación para estrechar la mano del hacendado y ayudar a su esposa e hijas a subir al carruaje: y, además, le guardo cierto rencor por haberme dejado casi sin hueco en él»; pues, en efecto, aunque yo estaba de pie ante sus narices, junto a los escalones del carruaje, esperando para subir, él se empeñó en plegarlos y cerrar la portezuela, hasta que uno de la familia le detuvo llamándole a voces para decirle que la institutriz no había subido todavía; entonces, sin una sola palabra de disculpa, se marchó dándoles los buenos días y dejando al lacayo que terminase el asunto.

Nota bene.—El señor Hatfield jamás me dirigió la palabra, ni tampoco sir Hugh o lady Meltham, ni el señor Harry o la señorita Meltham, ni el señor Green o sus hermanas, ni ninguna otra dama o

caballero que frecuentase aquella iglesia: ni, a decir verdad, nadie que visitase Horton Lodge.

La señorita Murray pidió el carruaje de nuevo por la tarde, para ella y su hermana: dijo que hacía demasiado frío para que pudieran disfrutar en el jardín, y además creía que Harry Meltham estaría en la iglesia. —Porque —dijo ella, sonriendo con picardía a su propia y bella imagen en el espejo—, estas últimas semanas ha sido un asistente a la iglesia de lo más ejemplar: cualquiera diría que es un cristiano muy devoto. Y puede usted venir con nosotras, señorita Grey: quiero que le vea; ha mejorado tanto desde que regresó del extranjero... ¡no puede imaginarse cuánto! Y, además, así tendrá la oportunidad de ver de nuevo al «bello» señor Weston y de escucharle predicar.

En efecto le escuché predicar, y quedé decididamente complacida con la verdad evangélica de su doctrina, así como con la sincera sencillez de su manera y la claridad y vigor de su estilo. Fue verdaderamente reconfortante oír semejante sermón, tras haberme acostumbrado durante tanto tiempo a los discursos secos y tediosos del antiguo coadjutor, y a las arengas aún menos edificantes del rector. El señor Hatfield solía entrar majestuosamente por el pasillo —o más bien barrerlo como un torbellino—, con su rica sotana de seda volando a sus espaldas y rozando las puertas de los bancos; ascendía al púlpito como un conquistador que sube a su carro triunfal; luego se hundía en el cojín de terciopelo con una actitud de gracia estudiada y permanecía un cierto tiempo en silenciosa postración; después musitaba un Colecto y desgranaba el Padrenuestro a toda prisa, se ponía de pie, se quitaba uno de sus relucientes guantes color lavanda para ofrecer a la congregación el placer de sus anillos centelleantes, se pasaba ligeramente los dedos por el bien rizado cabello, agitaba un pañuelo de batista, recitaba un pasaje brevísimo —o quizá una mera frase de las Escrituras— como introducción a su discurso, y finalmente pronunciaba una composición que, en cuanto composición, podría considerarse buena, aunque demasiado elaborada y demasiado artificiosa para resultar de mi agrado: las proposiciones estaban bien planteadas, los

argumentos conducidos con lógica; y, sin embargo, a veces costaba escuchar todo tranquilamente sin algún leve signo de desaprobación o impaciencia.

Sus temas predilectos eran la disciplina eclesiástica, los ritos y ceremonias, la sucesión apostólica, el deber de reverencia y obediencia al clero, la atroz criminalidad del disconformismo, la absoluta necesidad de observar todas las formas de piedad, la reprensible presunción de los individuos que se atrevían a pensar por sí mismos en asuntos relacionados con la religión o a guiarse por sus propias interpretaciones de las Escrituras, y, de vez en cuando (para complacer a sus acomodados feligreses), la necesidad de la obediencia deferente de los pobres hacia los ricos; apoyando a lo largo de todo ello sus máximas y exhortaciones con citas de los Padres de la Iglesia, con quienes parecía estar mucho más familiarizado que con los Apóstoles y Evangelistas, y a cuya importancia parecía considerar al menos igual a la de éstos. Mas de cuando en cuando nos obsequiaba con un sermón de índole diferente —de los que algunos llamarían muy buenos—, aunque sombrío y severo: representaba a la Divinidad como un terrible capataz más que como un padre benévolo. Y, sin embargo, mientras le escuchaba, me sentía inclinada a pensar que el hombre era sincero en todo cuanto decía: debía de haber cambiado sus convicciones y haberse vuelto decididamente religioso, sombrío y austero, aunque todavía devoto. Pero tales ilusiones solían disiparse al salir de la iglesia, al oír su voz en jovial coloquio con alguno de los Meltham o los Green, o quizá con los propios Murray; riendo probablemente de su propio sermón y esperando haber dado a aquella gentuza algo en qué pensar; regodeándose acaso en el pensamiento de que la vieja Betty Holmes renunciaría ahora al pecaminoso placer de su pipa, que había sido su consuelo cotidiano durante más de treinta años: de que a George Higgins le habrían quitado las ganas de sus paseos del domingo por la tarde, y de que Thomas Jackson se vería sobremanera perturbado en su conciencia y sacudido en su firme y segura esperanza de una dichosa resurrección en el último día.

Así pues, no podía por menos de concluir que el señor Hatfield era uno de aquellos que «atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres, mientras que ellos mismos no quieren moverlas ni con un dedo»; y que «hacen ineficaz la palabra de Dios por sus tradiciones, enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres». Me complacía sobremanera advertir que el nuevo coadjutor no se le parecía en absoluto, en ninguno de estos puntos, hasta donde yo podía ver.

—Bien, señorita Grey, ¿qué le parece ahora? —dijo la señorita Murray al tomar nuestros asientos en el carruaje después del oficio.

—Que sigo sin verle ningún mal —respondí.

—¡Ningún mal! —repitió ella con asombro—. ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no pienso peor de él que antes.

—¡Peor! Desde luego que no —¡todo lo contrario! ¿A que ha mejorado muchísimo?

—Oh, sí, muchísimo —respondí; pues había comprendido ya que se refería a Harry Meltham y no al señor Weston. Aquel caballero se había adelantado vivamente para hablar con las jóvenes señoritas: algo que difícilmente se habría atrevido a hacer de haber estado presente su madre; igualmente las había ayudado cortésmente a subir al carruaje. No había intentado dejarme fuera, como el señor Hatfield; ni tampoco, naturalmente, me había ofrecido su ayuda (de haberlo hecho, no la habría aceptado); pero mientras la portezuela estuvo abierta se había quedado sonriendo y charlando con ellas, y luego se había quitado el sombrero y partido hacia su propia morada; sin que yo apenas me hubiera fijado en él en todo ese tiempo. Mis compañeras, sin embargo, habían sido más observadoras; y, mientras rodábamos, discutieron entre ellas no sólo su aspecto, sus palabras y sus acciones, sino cada rasgo de su rostro y cada prenda de su vestimenta.

—No te lo vas a quedar tú sola, Rosalie —dijo la señorita Matilda al término de esta discusión—; a mí también me gusta: estoy segura

de que sería un compañero muy agradable y divertido para mí.

—Pues es todo tuyo, Matilda —respondió su hermana en tono de fingida indiferencia.

—Y estoy segura —prosiguió la otra— de que me admira tanto como a ti; ¿verdad, señorita Grey?

—No lo sé; no estoy al tanto de sus sentimientos.

—Pues *sí* que me admira.

—¡Matilda, *querida*! Nadie te admirará jamás hasta que te deshagas de esos modales toscos y torpes.

—¡Bobadas! A Harry Meltham le gustan esos modales; y a los amigos de papá también.

—Puede que *consigas* cautivar a hombres mayores e hijos menores; pero nadie más, estoy segura, se encaprichará jamás de ti.

—Me importa poco: yo no ando siempre a la caza del dinero, como tú y mamá. Si mi marido puede permitirse unos pocos caballos y perros buenos, estaré completamente satisfecha; ¡y todo lo demás puede irse al diablo!

—Pues si usas expresiones tan escandalosas, estoy segura de que ningún verdadero caballero se atreverá jamás a acercarse a ti. De verdad, señorita Grey, no debería usted consentirle eso.

—Me resulta completamente imposible impedirlo, señorita Murray.

—Y te equivocas por completo, Matilda, al suponer que Harry Meltham te admira: te aseguro que no hace nada semejante.

Matilda comenzaba ya una airada réplica; pero, por fortuna, nuestro trayecto había concluido, y la disputa fue interrumpida por el lacayo al abrir la portezuela del carruaje y bajar los escalones para que descendiéramos.

CAPÍTULO XI

LOS ALDEANOS

Puesto que ahora solo tenía una alumna regular —aunque esta se las ingeniaba para darme tanta faena como tres o cuatro alumnas corrientes, y aunque su hermana continuaba tomando lecciones de alemán y dibujo—, disponía de considerablemente más tiempo libre del que jamás había tenido desde que tomé sobre mí el yugo de institutriz; tiempo que dediqué en parte a cartearme con mis amigos, en parte a la lectura, al estudio y a practicar música, canto, etc., y en parte a pasear por los jardines o los campos adyacentes, acompañada de mis alumnas si me necesitaban, o sola si no era así.

Con frecuencia, cuando no tenían a mano una ocupación más grata, las señoritas Murray se entretenían visitando a los pobres aldeanos de la finca de su padre, bien para recibir su lisonjero homenaje, bien para escuchar los viejos cuentos o los chismorreos que les contaban las locuaces viejecillas; o quizá para gozar del más puro placer de alegrar a los pobres con su alentadora presencia y sus dádivas ocasionales, tan fáciles de otorgar, tan agradecidamente recibidas. A veces se me pedía que acompañase a una o a las dos hermanas en estas visitas; y otras se me encargaba que fuese sola, para cumplir alguna promesa que ellas habían sido más prontas en hacer que en ejecutar: para llevar algún pequeño donativo, o para leer a alguien que estuviese enfermo o tuviese inclinaciones devotas;

y así fui haciendo algunas amistades entre los aldeanos y, de vez en cuando, iba a verles por mi propia cuenta.

Por lo general me resultaba más satisfactorio ir sola que acompañada de cualquiera de las jóvenes señoritas; pues ellas, principalmente a causa de su deficiente educación, se comportaban con sus inferiores de un modo que a mí me resultaba sumamente desagradable presenciar. Jamás, en pensamiento, se ponían en su lugar; y, en consecuencia, no tenían ninguna consideración por sus sentimientos, considerándolos como un orden de seres completamente diferente de ellas mismas. Observaban a aquellas pobres criaturas mientras comían, haciendo observaciones descorteses sobre su comida y su manera de comer; se reían de sus ideas sencillas y sus expresiones regionales, hasta que algunos de ellos apenas se atrevían a abrir la boca; llamaban a la cara «viejos tontos» y «viejos majaderos» a los hombres y mujeres respetables: y todo ello sin ánimo de ofender. Yo podía ver que aquella gente se sentía a menudo herida y molesta por tal conducta, aunque el temor a las «grandes señoras» les impedía dar muestra alguna de su resentimiento; pero *ellas* jamás lo advertían. Pensaban que, como aquellos aldeanos eran pobres e incultos, debían de ser torpes y zafios; y que, mientras ellas, sus superiores, se dignaban a hablarles y darles chelines y medios coronas, o prendas de ropa, tenían derecho a divertirse a su costa; y que aquella gente debía adorarlas como ángeles de luz que condescendían a atender a sus necesidades e iluminar sus humildes hogares.

Hice numerosos y diversos intentos de libertar a mis alumnas de aquellas ilusiones engañosas sin herir su orgullo —que se ofendía con facilidad y tardaba en apaciguarse—, pero con escasos resultados aparentes; y no sé cuál de las dos era la más reprehensible: Matilda era más ruda y alborotadora; pero de Rosalie, dada su edad de mujer y su porte de dama, se esperaban mejores cosas: y, sin embargo, era tan irritantemente descuidada e irreflexiva como una atolondrada niña de doce años.

Un día luminoso de la última semana de febrero paseaba por el parque disfrutando del triple lujo de la soledad, un libro y el tiempo agradable; pues la señorita Matilda había salido a su paseo diario a caballo, y la señorita Murray había ido en el carruaje con su mamá a hacer algunas visitas matinales. Pero se me ocurrió que debía dejar aquellos placeres egoístas, y el parque con su glorioso dosel de cielo azul brillante, el viento del oeste susurrando entre sus ramas aún sin hojas, la nieve acumulada que aún persistía en sus hondonadas pero que se fundía rápidamente bajo el sol, y los gráciles ciervos que pastaban en su húmeda hierba, que ya iba adoptando la frescura y el verdor de la primavera —e ir a la cabaña de una tal Nancy Brown, viuda cuyo hijo trabajaba todo el día en los campos, y que padecía una inflamación en los ojos que la había incapacitado desde hacía algún tiempo para leer: para su gran pesar, pues era una mujer de carácter serio y reflexivo. Fui, pues, y la encontré sola, como de costumbre, en su pequeña cabaña oscura y cerrada, impregnada de humo y aire viciado, pero tan aseada y limpia como ella podía tenerla. Estaba sentada junto a su pequeño fuego (compuesto de unos pocos rescoldos y un poco de leña), haciendo punto con afán, con un pequeño cojín de arpillera a sus pies, colocado para comodidad de su gentil amiga la gata, que estaba sentada sobre él, con su larga cola rodeando a medias sus aterciopeladas zarpas y sus ojos a medio cerrar contemplando soñadoramente la baja y torcida pantalla de la chimenea.

—Buenas, Nancy, ¿cómo está usted hoy?

—Pues, señorita, tiro que me las arreglo —pa mí misma, quiero decir—; los ojos no mejoran, pero tengo el ánimo mucho más tranquilo que antes —respondió ella, levantándose a recibirme con una sonrisa de satisfacción que me alegró ver, pues Nancy había sufrido en cierta medida de melancolía religiosa. La felicité por el cambio. Convino en que era una gran bendición y se manifestó «de todo corazón agradecida»; añadiendo: «Si a Dios le place salvarme la vista y ponerme en condiciones de leer mi Biblia otra vez, creo que seré tan feliz como una reina.»

—Eso espero también yo, Nancy —respondí—; y, entre tanto, vendré a leerle de vez en cuando, cuando tenga un rato libre.

Con muestras de gozoso agradecimiento, la pobre mujer se levantó para traerme una silla; pero, como me ahorré el trabajo, ella se ocupó de avivar el fuego y añadirle unos cuantos palitos más a las brasas agonizantes; y luego, tomando su manoseada Biblia del estante, la sacudió con cuidado el polvo y me la dio. Al preguntarle si había algún pasaje en particular que quisiera que le leyese, respondió:

—Pues, señorita Grey, si a usted le parece lo mismo, me gustaría oír ese capítulo de la Primera Epístola de san Juan que dice: «Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios, y Dios en él.»

Buscando un poco, encontré estas palabras en el cuarto capítulo. Al llegar al séptimo versículo me interrumpió y, disculpándose innecesariamente por tomarse tal libertad, me pidió que lo leyera muy despacio, para poder asimilarlo todo y detenerse en cada palabra; esperando que la disculpase, pues no era más que «una pobre ignorante».

—La persona más sabia —respondí— podría meditar sobre cada uno de estos versículos durante una hora y quedar mejor por ello; y yo prefiero leerlos despacio a hacerlo de otro modo.

En consecuencia, terminé el capítulo con toda la lentitud que hiciera falta, y al mismo tiempo con toda la expresividad de que fui capaz; mi oyente escuchó con la mayor atención durante todo el rato, y me dio las gracias sinceramente cuando hube terminado. Permanecí quieta casi medio minuto para darle tiempo de reflexionar; cuando, con cierto asombro por mi parte, rompió el silencio preguntándome qué me parecía el señor Weston.

—No lo sé —respondí, algo sorprendida por la brusquedad de la pregunta—; creo que predica muy bien.

—Sí que predica bien; y también habla bien.

—¿De veras?

—De veras. Quizá no ha tenido ocasión de hablar con él mucho todavía, ¿verdad?

—No; nunca veo a nadie con quien hablar —salvo las señoritas de la Casa.

—Ah, son unas jóvenes señoritas muy buenas y amables; pero no saben hablar como él.

—¿Entonces viene a visitarla, Nancy?

—Sí que viene, señorita, y yo le estoy muy agradecida. Viene a vernos a todos, los pobres, mucho más a menudo que el señor Bligh o el rector; y es bien recibido —no podemos decir lo mismo del rector—; hay quien dice que le tienen verdadero miedo. Cuando entra en una casa, dicen que siempre encuentra algo que criticar y empieza a regañar en cuanto cruza el umbral; aunque quizá crea que es su deber decirles lo que está mal. Y muchas veces viene a propósito a reprochar a la gente que no vaya a la iglesia, o que no se arrodille o se ponga de pie cuando los demás, o que acuda a la capilla de los metodistas, o algo por el estilo; pero no puedo decir que a mí me haya reprendido mucho. Vino a verme una o dos veces, antes de que llegara el señor Weston, cuando yo estaba tan angustiada en mi ánimo; y como tenía también muy poca salud, me tomé la libertad de mandarle recado —y vino enseguida. Yo estaba muy afligida, señorita Grey —gracias a Dios, eso ya pasó—; pero cuando cogía mi Biblia, no encontraba consuelo alguno en ella. Ese mismo capítulo que acaba usted de leerme me turbaba tanto como cualquier otro: «El que no ama no conoce a Dios.» Me parecía terrible, pues sentía que yo no amaba a Dios ni a los hombres como debía, y que no podía, por más que lo intentase. Y el capítulo anterior, donde dice: «El que ha nacido de Dios no puede pecar.» Y otro lugar donde dice: «El amor es el cumplimiento de la Ley.» Y otros muchos, señorita; la cansaría a usted si se los contase todos. Pero todos parecían condenarme y mostrarme que yo no iba por el buen camino; y como no sabía cómo entrar en él, mandé a mi Bill a

rogarle al señor Hatfield que tuviese a bien pasarse por aquí algún día; y cuando vino, le conté todas mis cuitas.

—¿Y qué le dijo, Nancy?

—Pues, señorita, me pareció que me tomaba a broma —aunque quizá me equivocaba—; pero como que dio un silbido, y vi una media sonrisa en su cara; y dijo: «¡Vamos, vamos! Todo eso son tonterías; ha usted andado entre los metodistas, buena mujer.» Pero yo le dije que nunca había puesto los pies entre los metodistas. Y entonces dijo: «Pues bien —dice él—, tiene que venir a la iglesia, donde escuchará las Escrituras bien explicadas, en lugar de quedarse en casa dándole vueltas a la Biblia.»

—Pero yo le dije que siempre había ido a la iglesia cuando tenía salud; pero que con tan crudo tiempo de invierno casi no me atrevía a salir hasta tan lejos —y yo con los reumas y todo.

—Pero él dice: «Le sentará bien al reuma ir andando a la iglesia: no hay nada como el ejercicio para el reuma. Puede usted andar por la casa muy bien; ¿por qué no puede ir a la iglesia? La verdad —dice él— es que se está volviendo usted demasiado amiga de la comodidad. Siempre es fácil encontrar excusas para rehuir el deber.»

—Pero eso no era así, como sabe usted, señorita Grey. Sea como fuere, le dije que lo intentaría. «Pero, por favor, señor —le dije—, si voy a la iglesia, ¿en qué voy a salir ganando? Yo quiero que mis pecados sean borrados y sentir que ya no se me recuerdan en mi contra, y que el amor de Dios ha sido derramado en mi corazón; y si leyendo mi Biblia y rezando mis oraciones en casa no puedo conseguir ningún bien, ¿qué bien voy a sacar yendo a la iglesia?»

—«La iglesia —dice él— es el lugar designado por Dios para su culto. Es su deber ir allí tan a menudo como pueda. Si quiere consuelo, ha de buscarlo en el camino del deber»; y muchas más cosas dijo, pero no puedo recordar todas sus hermosas palabras. Sea como fuere, todo vino a reducirse a que debía ir a la iglesia tan a menudo como me fuera posible, y llevar mi devocionario, y responder todos los responsos con el sacristán, y ponerme de pie, y

arrodillarme, y sentarme, y hacer todo lo que se debe, y tomar la Santa Comunión en cada ocasión, y escuchar sus sermones y los del señor Bligh; y todo iría bien: si seguía cumpliendo con mi deber, recibiría al fin la bendición.

—«Pero si de ese modo no encuentra usted consuelo —dice él—, ya no hay más que hacer.»

—«Entonces, señor —le dije—, ¿cree usted que soy una réproba?»

—«Pues —dice él—, si hace usted todo lo posible por llegar al cielo y no lo consigue, debe de ser una de las que buscan entrar por la puerta estrecha y no pueden.»

—Y luego me preguntó si había visto a alguna de las señoritas de la Casa aquella mañana; y le dije por dónde había visto pasar a las señoritas por el Moss Lane; —y le dio un puntapié a mi pobre gata que la mandó al otro extremo del suelo, y salió tras ellas tan alegre como una alondra; pero yo me quedé muy triste. Esas últimas palabras tuyas se me clavaron en el corazón y se quedaron allí como un pedazo de plomo, hasta que estaba rendida de cargarlas.

—Sea como fuere, seguí su consejo: pensé que lo decía con buena intención, aunque *tenía* una manera muy rara. Pero ya sabe, señorita, que es rico y joven, y esa clase de personas no puede entender bien los pensamientos de una pobre mujer vieja como yo. Sea como fuere, hice todo lo posible por cumplir lo que me mandaba —aunque quizás la esté cansando, señorita, con mis chácharas.

—¡Oh, no, Nancy! Siga, cuéntemelo todo.

—Pues el reuma se me fue pasando —no sé si sería de ir a la iglesia o no—; pero un domingo de helada me resfrí en los ojos. La inflamación no me vino toda de una vez, sino poco a poco —pero no le iba a contar lo de los ojos, le estaba hablando de mis cuitas de ánimo—; y a decir verdad, señorita Grey, no creo que ir a la iglesia los alivió nada —nada que valga la pena decir, al menos—: la salud se me puso algo mejor; pero eso no me curaba el alma. Escuché y escuché a los ministros, y leí y releí en mi devocionario; pero todo era como bronce que suena y platillo que retine: los sermones no los

entendía, y el devocionario solo servía para mostrarme lo malvada que era yo, que podía leer tan buenas palabras y no mejorar nada por ello, y sentirlo muchas veces como una dura tarea y una pesada carga, en lugar de como una bendición y un privilegio, tal como sienten todos los buenos cristianos. Todo me parecía yermo y oscuro. Y aquellas terribles palabras: «Muchos procurarán entrar y no podrán.» Como que me secaban el alma del todo.

—Pero un domingo, cuando el señor Hatfield anunció la comunión, me fijé en donde dijo: «Si alguno de vosotros no puede aquietar su conciencia, sino que necesita más consuelo o consejo, acuda a mí o a algún otro discreto y docto ministro de la palabra de Dios, y ábrale su aflicción.» Así que el siguiente domingo por la mañana, antes del oficio, me asomé a la sacristía y comencé a hablar con el rector de nuevo. A duras penas me atreví a tomarme tal libertad, pero pensé que cuando estaba en juego mi alma no debía detenerme en pequeñeces. Pero él dijo que no tenía tiempo para atenderme entonces.

—«Y, a decir verdad —dice él—, no tengo nada que decirle que no le haya dicho ya. Tome la comunión, naturalmente, y siga cumpliendo con su deber; y si eso no le basta, nada le bastará. Así que no me moleste más.»

—Entonces me fui. Pero oí al señor Weston —el señor Weston estaba allí, señorita—; ese era su primer domingo en Horton, ya sabe, y estaba en la sacristía con su sobrepelliz, ayudando al rector a ponerse la sotana...

—Sí, Nancy.

—Y le oí preguntarle al señor Hatfield quién era yo; y él dice: «Oh, una vieja mojigata que no tiene compostura.»

—Y me quedé muy apenada, señorita Grey; pero fui a mi asiento e intenté cumplir con mi deber como antes: pero no encontraba paz de ningún modo. Y hasta tomé la comunión; pero me parecía que estaba comiendo y bebiendo para mi propia condenación en todo momento. Así que volví a casa, muy atribulada.

—Pero al día siguiente, antes de haber arreglado nada —porque, a decir verdad, señorita, no tenía ganas de barrer ni de limpiar ni de fregar los cacharros; así que me quedé sentada en el desorden—, ¿quién entra sino el señor Weston! Entonces me puse a recoger cosas y a barrer y a afanarme; y esperaba que comenzara a regañarme por mis descuidos, como habría hecho el señor Hatfield; pero me equivoqué: solo me dio los buenos días, con tranquilidad y decencia. Así que le saqué una silla y arreglé un poco la chimenea; pero no me había olvidado de las palabras del rector, así que le dije: «Me sorprende, señor, que se tome usted la molestia de venir tan lejos a ver a una "vieja mojigata" como yo.»

—Pareció sobresaltarse con eso; pero quiso persuadirme de que el rector lo había dicho en broma; y cuando eso no convenció, dice: «Bueno, Nancy, no debe usted darle tantas vueltas: el señor Hatfield estaba un poco de mal humor en ese momento; ya sabe que ninguno somos perfectos —hasta Moisés habló imprudentemente con sus labios. Pero siéntese un momento, si puede darse ese tiempo, y cuénteme todas sus dudas y temores; que yo intentaré disiparlos.»

—Así que me senté junto a él. Era un completo desconocido, ya sabe, señorita Grey, e incluso más *joven* que el señor Hatfield, creo; y al principio me había parecido menos agradable de aspecto que él, y un tanto adusto de semblante; pero habló con tanta cortesía —y cuando la gata, pobrecita, le saltó a las rodillas, él solo la acarició y esbozó una pequeña sonrisa—: pensé que eso era buena señal; pues una vez que la gata le hizo lo mismo al rector, la apartó de un manotazo, como con desdén y enojo, pobrecita. Pero no se puede exigir a una gata que tenga los modales de un cristiano, ¿verdad, señorita Grey?

—No, claro que no, Nancy. ¿Pero qué dijo entonces el señor Weston?

—No dijo nada; pero me escuchó con tanta constancia y paciencia como podría desearse, sin el menor asomo de burla; así que

continué y se lo conté todo, tal como se lo he contado a usted —y más todavía.

—«Bueno —dice él—, el señor Hatfield tenía mucha razón al decirle que perseverase en su deber; pero al aconsejarle que fuese a la iglesia y atendiese al oficio y demás, no quería decir que eso fuese todo lo que compete al cristiano: solo pensaba que allí podría usted aprender qué más había que hacer, y llegar a tomar placer en esos ejercicios, en lugar de encontrarlos una tarea y una carga. Y si le hubiera pedido que le explicase esas palabras que tanto la atribulan, creo que le habría dicho que si muchos buscan entrar por la puerta estrecha y no pueden, son sus propios pecados los que se lo impiden; del mismo modo que un hombre con un gran saco a la espalda podría querer pasar por un portal estrecho y encontrarlo imposible, a menos que dejase el saco atrás. Pero usted, Nancy, no tiene, me atrevo a decir, pecados de los que no quisiera gustosamente desprenderse, si supiese cómo.»

—«Eso es la pura verdad, señor», dije yo.

—«Pues bien —dice él—, ¿conoce usted el primero y el gran mandamiento, y el segundo, que es semejante a él —en los cuales se sostienen toda la Ley y los Profetas? Dice usted que no puede amar a Dios; pero me parece que si reflexiona bien sobre quién y qué es Él, no puede por menos de amarle. Él es su padre, su mejor amigo: toda bendición, todo lo que es bueno, agradable o útil, viene de Él; y todo lo que es malo, todo lo que tiene razón de odiar, de rehuir o de temer, viene de Satanás —*Su* enemigo tanto como el nuestro. Y por *esta* causa fue Dios manifestado en carne, para destruir las obras del Diablo: en una sola palabra, Dios es AMOR; y cuanto más amor tengamos dentro de nosotros, más cerca estamos de Él y más de Su espíritu poseemos.»

—«Pues bien, señor —le dije—, si puedo pensar siempre en estas cosas, creo que bien podría amar a Dios; pero ¿cómo puedo amar a mis prójimos, cuando me exasperan y son tan contrarios y pecadores como algunos de ellos son?»

—«Puede que parezca una cosa difícil —dice él— amar a los prójimos, que tienen tanto de malo en ellos, y cuyos defectos con tanta frecuencia despiertan el mal que aún anida en nosotros mismos; pero recordemos que *Él* los hizo, y *Él* los ama; y el que ama al que engendró, ama también al engendrado. Y si Dios tanto nos ha amado, que dio a Su Hijo unigénito para que muriese por nosotros, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Pero si no puede usted sentir afecto positivo hacia quienes no se preocupan por usted, puede al menos intentar hacer con ellos lo que quisiera que ellos hiciesen con usted: puede esforzarse por compadecerse de sus faltas y disculpar sus ofensas, y hacer todo el bien que pueda a los que le rodean. Y si se acostumbra a esto, Nancy, el propio esfuerzo la llevará a amarlos en cierta medida —por no hablar de la buena voluntad que su bondad despertaría en ellos, aunque poco más tuviesen de bueno. Si amamos a Dios y deseamos servirle, procuremos parecernos a *Él*, hacer Su obra, trabajar para Su gloria —que es el bien de los hombres—, apresurar la venida de Su reino, que es la paz y la felicidad de todo el mundo: por impotentes que podamos parecer, haciendo todo el bien que podamos a lo largo de la vida, hasta el más humilde de nosotros puede contribuir mucho a ello; y habitemos en el amor, para que *Él* habite en nosotros y nosotros en *Él*. Cuanta más felicidad otorguemos, tanta más recibiremos, aun aquí; y tanto mayor será nuestra recompensa en el cielo cuando descansemos de nuestros trabajos.» Creo, señorita, que esas son sus mismas palabras, pues he dado muchas vueltas a ellas. Y luego cogió aquella Biblia, y leyó trozos de aquí y de allá, y los explicó con una claridad meridiana; y fue como si una nueva luz se abriese en mi alma; y sentí como que me ardía el corazón, y solo hubiera querido que mi pobre Bill y todo el mundo hubiesen estado allí, y lo hubiesen escuchado todo, y se hubiesen alegrado conmigo.

—Después de que se fue, entró Hannah Rogers, una vecina, y quiso que la ayudase a lavar. Le dije que ahora mismo no podía, pues todavía no había puesto las patatas a cocer para la comida, ni había fregado los platos del desayuno. Entonces empezó a reñirme por mis hábitos descuidados y perezosos. Al principio me molestó un

poco, pero no le dije nada malo: solo le conté tranquilamente que el nuevo párroco había venido a verme; pero que terminaría todo cuanto antes y luego iría a ayudarla. Entonces se ablandó; y el corazón como que se me calentó hacia ella, y al poco rato éramos muy buenas amigas. Y así es, señorita Grey: «la respuesta suave aplaca la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor.» No es solo en la persona a quien se lo dices, sino en uno mismo.

—Muy cierto, Nancy, si siempre pudiésemos recordarlo.

—¡Ay, si pudiésemos!

—¿Y volvió el señor Weston a visitarla?

—Muchas veces, sí; y desde que mis ojos están tan mal, se ha sentado a leerme durante medias horas enteras; pero ya sabe, señorita, que tiene a otras personas que ver y otras cosas que hacer —¡Dios le bendiga! Y el siguiente domingo predicó *tal* sermón. Su texto era: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar», y los dos dichosos versículos que le siguen. Usted no estaba allí, señorita; en aquel entonces estaba usted con sus amigos —pero ¡me hizo tan feliz! Y *ahora soy feliz*, gracias a Dios; y me causa placer hacer mis pequeñas tareas para los vecinos —las que puede hacer una pobre mujer vieja que está medio ciega—; y ellos me lo agradecen, tal como él decía. Ya ve, señorita, estoy haciendo punto ahora mismo: son unas medias para Thomas Jackson; es un viejecillo raro, y hemos tenido muchos altercados, el uno con el otro; y a veces hemos discutido sobremanera. Así que pensé que nada mejor podía hacer que hacerle unas medias calientes; y le he tomado mucho más cariño, al pobre hombre, desde que empecé. Ha resultado ser tal como decía el señor Weston.

—Pues me alegro mucho de verla tan feliz, Nancy, y tan cuerda; pero debo irme ya; me estarán esperando en la Casa —dije; y despidiéndome de ella, me marché, prometiendo volver cuando tuviese tiempo, y sintiéndome casi tan feliz como ella misma.

En otra ocasión fui a leer a un pobre jornalero que se encontraba en el último estadio de la tisis. Las señoritas Murray habían ido a visitarle, y de algún modo le habían arrancado una promesa de lectura; pero les suponía demasiado trabajo, así que me rogaron que lo hiciera en su lugar. Fui de buena gana; y allí también me gratificaron los elogios del señor Weston, tanto del enfermo como de su mujer. El primero me dijo que sacaba gran consuelo y provecho de las visitas del nuevo párroco, quien venía a verle con frecuencia y era «un hombre hecho de otra pasta» que el señor Hatfield; quien, antes de la llegada del otro a Horton, le había visitado de vez en cuando; en cuyas ocasiones insistía siempre en que se mantuviese abierta la puerta de la cabaña para admitir el aire fresco por su propia comodidad, sin considerar en qué podría perjudicar al enfermo; y habiendo abierto su libro de oraciones y leído apresuradamente una parte del Servicio para los Enfermos, se marchaba a toda prisa: si es que no se detenía a prodigar alguna dura reprensión a la afligida esposa, o a hacer alguna observación irreflexiva, por no decir despiadada, más calculada para acrecentar que para mitigar las cuitas del sufrido matrimonio.

—Mientras que —decía el hombre— el señor Weston reza conmigo de un modo completamente diferente, y habla conmigo con tanta bondad como se puede pedir; y muchas veces me lee, y se sienta a mi lado como si fuera un hermano.

—¡Así es, exactamente! —exclamó su mujer—. Y hará cosa de tres semanas, cuando vio cómo temblaba el pobre Jem de frío, y qué escaso fuego encendíamos, le preguntó si nos quedaban pocas existencias de carbón. Le dije que sí, y que lo teníamos difícil para conseguir más; pero, ya sabe, señora, que yo no esperaba que él nos ayudara; sea como fuere, al día siguiente nos mandó un saco de carbón, y desde entonces hemos tenido buen fuego: una gran bendición en este tiempo de invierno. Pero así es él, señorita Grey: cuando entra en la casa de un pobre a ver a los enfermos, se fija en lo que más falta les hace; y si cree que no pueden procurárselo fácilmente ellos solos, no dice nada, sino que simplemente se lo consigue. Y no todo el mundo haría eso teniendo tan poco como

tiene él: porque ya sabe, señora, que no tiene nada de qué vivir fuera de lo que le paga el rector, y eso es poco, según dicen.

Recordé entonces, con cierta especie de exaltación, que la amable señorita Murray le había calificado con frecuencia de palurdo ordinario, porque llevaba un reloj de plata y ropa no tan reluciente ni tan nueva como la del señor Hatfield.

Al regresar a la Casa me sentía muy feliz, y di gracias a Dios por tener ahora algo en qué pensar; algo en qué detenerme como alivio de la monótona fatiga, de la solitaria servidumbre de mi vida presente; pues *estaba* sola. Nunca, de mes en mes, de año en año, salvo durante mis breves períodos de descanso en casa, veía una sola criatura a quien pudiera abrir mi corazón, o hablar con libertad con alguna esperanza de simpatía, o siquiera de comprensión: nunca ninguna, a no ser la pobre Nancy Brown, con quien poder disfrutar de un solo momento de verdadero intercambio social, o cuya conversación fuera susceptible de hacerme mejor, más sabia o más feliz que antes; ni nadie que, en la medida en que yo podía ver, pudiera beneficiarse grandemente de la mía. Mis únicas compañeras habían sido niñas de carácter poco agradable y jóvenes ignorantes y equivocadas; de cuya agotadora necedad la soledad absoluta era a menudo un alivio fervientemente deseado y sobremanerapreciado. Pero verse reducida a tales compañeras era un mal grave, tanto por sus efectos inmediatos como por las consecuencias que era probable que se siguiesen. Nunca llegaba a mí desde fuera ninguna idea nueva ni ningún pensamiento estimulante; y los que brotaban dentro de mí eran, en su mayor parte, miserablemente sofocados de inmediato, o condenados a languidecer o a marchitarse, porque no podían ver la luz.

Es sabido que las personas con quienes uno trata habitualmente ejercen una gran influencia sobre la mente y los modales mutuos. Quienes actúan sin cesar ante nuestros ojos y cuyas palabras resuenan siempre en nuestros oídos nos llevarán naturalmente, aun contra nuestra voluntad, lenta, gradual e imperceptiblemente quizá, a actuar y hablar como ellos. No me atreveré a determinar hasta

dónde se extiende ese irresistible poder de asimilación; pero si un hombre civilizado estuviera condenado a pasar una docena de años en medio de una raza de salvajes indomables, a menos que tuviera la capacidad de mejorarlos, me pregunto seriamente si, al cabo de ese período, no habría llegado a ser él mismo, cuando menos, un bárbaro. Y yo, dado que no podía mejorar a mis jóvenes compañeras, temía sobremanera que ellas me empeorasen a mí — que poco a poco llevaran mis sentimientos, mis hábitos, mis capacidades al nivel de los suyos; sin impartirme, sin embargo, su despreocupación y su alegre vivacidad.

Ya me parecía sentir que mi inteligencia se deterioraba, que mi corazón se petrificaba, que mi alma se encogía; y temblaba ante la idea de que mis propias percepciones morales llegasen a embotarse, mis distinciones entre el bien y el mal a confundirse, y todas mis mejores facultades a hundirse, al fin, bajo la influencia nociva de semejante modo de vida. Los vapores groseros de la tierra se congregaban a mi alrededor y se cerraban sobre mi cielo interior; y fue así como el señor Weston fue alzándose a la larga ante mí, apareciendo como el lucero del alba en mi horizonte, para salvarme del temor de una oscuridad total; y me alegré de tener ahora un objeto de contemplación que estaba por encima de mí y no por debajo. Me alegraba comprobar que el mundo no estaba compuesto exclusivamente de Bloomfields, Murrays, Hatfields, Ashbys y demás; y que la excelencia humana no era un mero sueño de la imaginación. Cuando de alguien oímos poco bueno y ningún mal, es fácil y grato imaginar más: en suma, es inútil analizar todos mis pensamientos; pero el domingo se había convertido ahora en un día de singular deleite para mí (ya me iba acostumbrando casi del todo al rincón del fondo en el carruaje), pues me gustaba escucharle —y también verle; aunque sabía que no era guapo, ni siquiera lo que suele llamarse agradable en su aspecto exterior; pero, a buen seguro, no era feo.

En cuanto a la estatura, era un poco, muy poco, superior a la mediana; el contorno de su rostro habría podido considerarse demasiado cuadrado para ser hermoso, pero a mí me anunciaba

decisión de carácter; su cabello castaño oscuro no estaba cuidadosamente rizado, como el del señor Hatfield, sino simplemente peinado hacia un lado sobre una amplia frente blanca; las cejas, supongo, sobresalían demasiado, pero bajo aquellas oscuras cejas brillaba un ojo de singular intensidad, de color castaño, no grande y algo hundido, pero de un brillo sorprendente y lleno de expresión; también había carácter en la boca, algo que revelaba en él a un hombre de propósito firme y pensador habitual; y cuando sonreía —pero no hablaré de eso aún, pues en el momento a que me refiero no le había visto sonreír todavía—; y, en efecto, su aspecto general no me impresionaba con la imagen de un hombre dado a semejante distensión, ni de la persona que los aldeanos me habían descrito. Me había formado desde el principio mi opinión sobre él; y, a pesar de las recriminaciones de la señorita Murray, estaba plenamente convencida de que era un hombre de gran juicio, fe sólida y ardiente piedad, aunque reflexivo y austero; y cuando descubrí que, a sus demás buenas cualidades, se añadía la de la verdadera benevolencia y la amabilidad dulce y considerada, el descubrimiento me deleitó quizá tanto más cuanto que no había estado preparada para esperarlo.

CAPÍTULO XII

EL CHAPARRÓN

La siguiente visita que hice a Nancy Brown fue en la segunda semana de marzo: pues, aunque disponía de muchos ratos libres a lo largo del día, rara vez podía considerar una hora enteramente mía; pues, al quedar todo al albur de los caprichos de la señorita Matilda y su hermana, no era posible el orden ni la regularidad. Cualquier ocupación que eligiese cuando no estaba atareada directamente con ellas o sus asuntos, tenía que mantenerme, por así decir, con los lomos ceñidos, los zapatos puestos y el bastón en la mano; pues no acudir al instante cuando me llamaban se consideraba una falta grave e imperdonable: no solo por mis alumnas y su madre, sino por la propia doncella, que llegaba jadeante a buscarme exclamando: «¡Señorita, que vaya usted al cuarto de estudio *ahora mismo*, que las señoritas están ESPERANDO!!» ¡El colmo del horror! ¡Esperando a su institutriz!!!

Pero en aquella ocasión estaba bastante segura de contar con una hora o dos para mí; pues Matilda se preparaba para una larga cabalgada, y Rosalie se acicalaba para una cena en casa de Lady Ashby; así que aproveché la oportunidad de encaminarme a la cabaña de la viuda, donde la encontré algo inquieta por su gata, que había faltado todo el día. La consolé con cuantas anécdotas sobre las aficiones vagabundas de ese animal fui capaz de recordar. «A los guardabosques es a quienes temo», dijo ella; «es lo único que me

preocupa. Si los jóvenes señoritos hubieran estado en casa, habría pensado que habían soltado sus perros contra ella y la habrían destrozado, pobrecilla, como hicieron con el gato de tantos pobres; pero por esa parte no tengo que temer.» Los ojos de Nancy habían mejorado, pero aún distaban mucho de estar bien: había intentado coser una camisa dominical para su hijo, pero me dijo que solo podía aguantar hacerla un poquito de vez en cuando, de modo que avanzaba muy despacio, aunque el pobre chico la necesitaba con urgencia. Así que propuse ayudarla un rato, después de haberle leído, pues aquella tarde disponía de tiempo de sobra y no necesitaba volver antes del anochecer. Ella aceptó el ofrecimiento con agradecimiento. «Y además me hará compañía, señorita», dijo; «me siento como sola sin mi gata.» Pero cuando hube terminado de leerle y cosido la mitad de una costura, con el holgado dedal de latón de Nancy ajustado en mi dedo mediante un rollo de papel, me sobresaltó la entrada del señor Weston con la mismísima gata entre los brazos. Pude ver entonces que era capaz de sonreír, y muy agradablemente también.

—He hecho un favor, Nancy —empezó; luego, al verme, reconoció mi presencia con una ligera inclinación de cabeza. Para Hatfield, o para cualquier otro caballero de aquellos contornos, yo habría sido invisible. —He rescatado a su gata —prosiguió— de las manos, o más bien del fusil, del guardabosques del señor Murray.

—¡Dios le bendiga, señor! —exclamó la agradecida anciana, a punto de llorar de alegría al recibir a su favorita entre sus brazos.

—Cuídela —dijo él—, y no la deje acercarse a la conejera, pues el guardabosques jura que la matará si la ve allí otra vez: hoy lo habría hecho si yo no hubiese llegado a tiempo para detenerle. Creo que está lloviendo, señorita Grey —añadió, más quedo, al observar que yo había dejado la labor a un lado y me disponía a partir—. No se vaya por mi causa; no me quedará ni dos minutos.

—Los dos se quedarán hasta que amaine el chaparrón —dijo Nancy, mientras avivaba el fuego y colocaba otra silla junto a él—; ¡vamos, si hay sitio para todos!

—Veo mejor aquí, gracias, Nancy —respondí, llevando mi labor a la ventana, donde ella tuvo la bondad de dejarme estar sin molestarme, mientras cogía un cepillo para quitarle los pelos de gata al abrigo del señor Weston, le secaba cuidadosamente el sombrero de la lluvia y daba de comer a la gata, sin parar de hablar: ya agradeciendo a su amigo eclesiástico lo que había hecho, ya preguntándose cómo habría dado la gata con la conejera, ya lamentando las probables consecuencias de semejante descubrimiento. Él la escuchaba con una sonrisa tranquila y bondadosa, y al final tomó asiento accediendo a sus insistentes invitaciones, si bien repitió que no tenía intención de quedarse.

—Tengo otro sitio a donde ir —dijo—, y veo —dirigiendo la vista al libro sobre la mesa— que alguien más le ha leído a usted.

—Sí, señor; la señorita Grey ha tenido la bondad de leerme un capítulo; y ahora me ayuda con una camisa para mi Bill, pero me temo que se estará pasando frío allí. ¿No quiere usted acercarse al fuego, señorita?

—No, gracias, Nancy, estoy muy caliente. En cuanto pare este chaparrón me voy.

—¡Ay, señorita! ¡Si dijo usted que podía quedarse hasta el anochecer! —exclamó la fastidiosa anciana, y el señor Weston cogió su sombrero.

—Vamos, señor —exclamó ella—, le ruego que no se vaya ahora, con lo fuerte que llueve.

—Pero me parece que estoy alejando a su visita del fuego.

—No, en absoluto, señor Weston —respondí yo, esperando que una mentira de esa índole no fuera ningún pecado.

—¡Que no, anda! —exclamó Nancy—. ¡Hay sitio de sobra!

—Señorita Grey —dijo él, medio en broma, como si sintiese la necesidad de cambiar de conversación, tuviese o no algo en particular que decir—, quisiera que hiciera usted las paces en mi nombre con el hacendado cuando le vea. Estaba presente cuando

rescaté la gata de Nancy, y no aprobó del todo lo que hice. Le dije que me parecía que podía prescindir mejor de todos sus conejos que ella de su gata, afirmación tan audaz que le llevó a emplear un lenguaje bastante poco caballeroso; y me temo que yo repliqué con un exceso de ardor.

—¡Válgame el cielo, señor! ¡Espero que no haya tenido una disputa con el amo por culpa de mi gata! No soporta que le lleven la contraria, el amo.

—¡Oh! No importa, Nancy: en realidad no me preocupa lo más mínimo; no dije nada *muy* descortés; y supongo que el señor Murray está habituado a emplear un lenguaje bastante enérgico cuando se acalora.

—Ay, señor: es una lástima.

—Y ahora sí que debo irme. Tengo que visitar un lugar a más de un kilómetro y medio de aquí; y no querrá usted que regrese de noche; además, ya ha parado casi de llover, así que buenas tardes, Nancy. Buenas tardes, señorita Grey.

—Buenas tardes, señor Weston; pero no cuente usted conmigo para hacer las paces con el señor Murray, pues nunca le veo —para poder hablarle.

—¿No? Pues no hay remedio —respondió él, con una resignación compungida; luego, con una peculiar media sonrisa, añadió—: Pero no importa; me parece que al hacendado le corresponde disculparse más que a mí —y salió de la cabaña.

Continué cosiendo mientras hubo luz, y luego me despedí de Nancy; frenando su demasiado viva gratitud con la indiscutible certeza de que yo no había hecho por ella sino lo que ella habría hecho por mí de hallarse en mi lugar y yo en el suyo. Me apresuré a volver a Horton Lodge, donde, al entrar en el cuarto de estudio, encontré la mesa del té completamente en desorden, la bandeja anegada de derrames, y a la señorita Matilda de un humor de mil demonios.

—Señorita Grey, ¿dónde se ha metido usted? Hace media hora que tomé el té, y tuve que prepararlo yo sola y bebérmelo sola también. ¡Ojalá volviera usted antes!

—He ido a ver a Nancy Brown. Creía que usted no habría vuelto de su cabalgada.

—¿Y cómo iba yo a cabalgar con la lluvia, me gustaría saber? Ese maldito chaparrón fue lo bastante fastidioso —cayendo justo cuando estaba en plena marcha—; y encima llegar a casa y no encontrar a nadie para el té. Y es que usted ya sabe que yo no sé hacerlo a mi gusto.

—No pensé en el chaparrón —respondí (y, en efecto, la idea de que podría haberla obligado a volver no se me había pasado en ningún momento por la cabeza).

—Claro que no; usted estaba bajo techo y nunca piensa en los demás.

Soporté sus groseras reconvenciones con una ecuanimidad asombrosa, incluso con cierta alegría; pues tenía la conciencia de haber hecho más bien a Nancy Brown que daño a ella; y quizá algún otro pensamiento ayudaba a mantenerme el ánimo en alto e impartía sabor a la taza de té frío y muy cargado, y atractivo a la mesa de otro modo tan desapacible; y —casi lo habría dicho— a la poco amable cara de la señorita Matilda. Pero en seguida se fue a las cuabras y me dejó al sosegado goce de mi solitaria comida.

CAPÍTULO XIII

LAS PRÍMULAS

La señorita Murray iba ahora a la iglesia dos veces cada domingo, pues amaba tanto la admiración que no soportaba perder ni una sola oportunidad de obtenerla; y tan segura estaba de conseguirla dondequiera que se mostrase, que, hubiera o no hubiera Harry Meltham y el señor Green, siempre habría alguien presente que no sería insensible a sus encantos, además del rector, cuyo cargo oficial le obligaba generalmente a asistir. Por lo común también, si el tiempo lo permitía, tanto ella como su hermana regresaban andando a casa; Matilda, porque detestaba la incomodidad del carruaje; ella, porque no le gustaba la intimidad de aquel y disfrutaba de la compañía que animaba por lo general la primera parte del trayecto al caminar desde la iglesia hasta las verjas del parque del señor Green: cerca de las cuales comenzaba el camino privado que llevaba a Horton Lodge, en dirección contraria, mientras que la carretera principal conducía en línea recta a la mansión, aún más distante, de sir Hugh Meltham. Así que siempre había posibilidades de ser acompañadas, al menos hasta allí, bien por Harry Meltham, con o sin la señorita Meltham, bien por el señor Green, quizás con una o las dos hermanas, y cualquier caballero visitante que estos pudieran tener.

Que yo caminase con las señoritas o fuera en carruaje con sus padres dependía del capricho de ellas: si decidían «llevarme», iba; si

por razones que solo ellas conocían preferían ir solas, ocupaba mi asiento en el carruaje. Prefería caminar, pero una especie de renuencia a imponerme a quienes no me deseaban me mantenía siempre pasiva en estas y otras ocasiones similares; y jamás indagaba las causas de sus cambiantes caprichos. En realidad, esa era la mejor política: someterse y complacer era el cometido de la institutriz; atender a su propio placer, el de las alumnas. Pero cuando sí caminaba, la primera parte del trayecto me resultaba por lo general bastante enojosa. Como ninguna de las señoras y caballeros antes mencionados me prestaban la menor atención, resultaba desagradable caminar junto a ellos como si escuchase lo que decían o quisiera que me tuviesen por una de ellos, mientras conversaban por encima de mí o a través de mí; y si sus ojos, al hablar, se posaban en mí por azar, parecía como si mirasen al vacío, como si no me vieran o desearan mucho aparentarlo. Era igualmente desagradable caminar detrás, pues eso equivalía a reconocer mi propia inferioridad; pues, a decir verdad, me consideraba tan buena como la mejor de ellos, y deseaba que lo supieran y no imaginasen que yo me veía a mí misma como una simple doméstica que conocía demasiado bien su lugar para caminar al lado de señoras y caballeros tan distinguidos, aunque sus jóvenes señoritas hubieran elegido tenerme en su compañía y se dignasen incluso conversar conmigo cuando no había otra compañía mejor a mano. Así que — casi me avergüenza confesarlo—, pero lo cierto es que me esforzaba no poco, cuando lograba mantener su paso, en aparecer perfectamente ajena o indiferente a su presencia, como si estuviese del todo absorta en mis propias reflexiones o en la contemplación de lo que me rodeaba; y si me quedaba rezagada, era algún pájaro o insecto, algún árbol o flor, lo que me llamaba la atención, y tras haberlo examinado debidamente, proseguía mi paseo sola, con paso tranquilo, hasta que mis alumnas se habían despedido de sus acompañantes y habían doblado hacia el tranquilo camino privado.

Una de esas ocasiones la recuerdo particularmente bien; fue una hermosa tarde hacia finales de marzo; el señor Green y sus hermanas habían enviado el carruaje vacío de regreso para disfrutar

del claro sol y el suave aire en un animado paseo a casa junto con sus visitantes, el capitán Fulano y el teniente Menganito (un par de petimetres militares), y las señoritas Murray, quienes, naturalmente, se las arreglaron para unirse a ellos. Semejante compañía era muy del agrado de Rosalie; pero como no me parecía igualmente adecuada para mi gusto, no tardé en quedarme atrás y ponerme a botanizar y entomologizar a lo largo de los verdes taludes y los setos en ciernes, hasta que el grupo se había adelantado considerablemente y yo podía oír el dulce canto de la alondra feliz; entonces mi espíritu de misantropía empezó a derretirse bajo el aire suave y puro y el sol benévolo; pero en su lugar surgieron los tristes pensamientos de la infancia temprana y el anhelo de alegrías perdidas, o de un destino más luminoso en el futuro. Al vagar mis ojos sobre los escarpados taludes cubiertos de hierba nueva y plantas de hojas verdes, coronados por setos en brote, anhelé con intensidad alguna flor familiar que pudiese evocarme los valles arbolados o las laderas verdes de mi hogar: los páramos marrones quedaban, claro está, fuera de cuestión. Semejante hallazgo habría hecho manar lágrimas de mis ojos, sin duda; pero ese era uno de mis mayores goces por entonces. Al fin divisé, bien arriba, entre las retorcidas raíces de un roble, tres hermosas primulas que asomaban con tanta ternura desde su escondrijo que las lágrimas acudieron ya a mis ojos al verlas; pero crecían tan por encima de mí que intenté en vano coger una o dos, para soñar con ellas y llevarlas conmigo: no podía alcanzarlas sin trepar por el talud, de lo cual me disuadió escuchar en ese momento unos pasos detrás de mí, y estaba a punto de alejarme cuando me sobresaltaron las palabras «Permítame cogerlas para usted, señorita Grey», pronunciadas en los graves y quedos tonos de una voz bien conocida. Al instante las flores quedaron cogidas y en mi mano. Era el señor Weston, naturalmente; ¿quién más se habría tomado tantas molestias por *mí*?

Le di las gracias; si con calor o con frialdad, no sabría decir: pero lo cierto es que no expresé ni la mitad de la gratitud que sentía. Era quizá una necedad sentir gratitud alguna; pero me pareció en aquel

momento que aquello era una muestra notable de su bondad: un acto de gentileza que no podría devolver, pero que jamás olvidaría, tan desacostumbrada estaba a recibir tales cortesías, tan poco preparada para esperarlas de nadie en un radio de ochenta kilómetros de Horton Lodge. Y sin embargo, eso no me impidió sentirme un tanto incómoda en su presencia; y me puse a seguir a mis alumnas con paso mucho más rápido que antes; aunque quizás, si el señor Weston hubiese captado la indirecta y me hubiese dejado pasar sin decir otra palabra, me habría arrepentido de ello una hora después: pero no lo hizo. Un paso bastante rápido para mí no era para él sino un andar ordinario.

—Sus señoritas la han dejado sola —dijo él.

—Sí, están ocupadas con una compañía más grata.

—Entonces no se tome usted la molestia de alcanzarlas. —Aflojé el paso; pero al instante me arrepentí de haberlo hecho: mi acompañante no hablaba, y yo no tenía absolutamente nada que decir, y temía que él estuviese en el mismo aprieto. Al cabo, sin embargo, rompió el silencio preguntando, con una cierta brusquedad tranquila que le era peculiar, si me gustaban las flores.

—Sí; mucho —respondí—, las flores silvestres especialmente.

—A *mí* me gustan las flores silvestres —dijo él—; las demás no me importan, porque no tengo ninguna asociación particular con ellas... excepto una o dos. ¿Cuáles son sus flores favoritas?

—Las primulas, las campanillas y el brezo en flor.

—¿Las violetas no?

—No; porque, como usted mismo dice, no tengo ninguna asociación particular con ellas; pues no hay violetas olorosas entre las colinas y valles que rodean mi hogar.

—Debe de ser un gran consuelo para usted tener un hogar, señorita Grey —observó mi acompañante tras una breve pausa—: por remoto que sea, o por pocas veces que se visite, siempre es algo a lo que volver.

—Es tanto para mí que creo que no podría vivir sin él —respondí con un entusiasmo del que me arrepentí de inmediato; pues pensé que debía de haber sonado esencialmente tonto.

—Oh, sí que podría —dijo él, con una sonrisa pensativa—. Los lazos que nos atan a la vida son más tenaces de lo que usted imagina, o de lo que puede imaginar quien no haya experimentado cuán rudamente pueden tirarse de ellos sin romperse. Podría usted ser desdichada sin un hogar, pero incluso *usted* podría vivir; y no tan miserablemente como supone. El corazón humano es como la goma; un poco lo dilata, pero mucho no lo hace estallar. Si «un poco más que nada basta para perturbarlo, hace falta un poco menos que todo» para romperlo. Como en los miembros exteriores de nuestro cuerpo, hay en él una fuerza vital inherente que lo fortalece frente a la violencia exterior. Cada golpe que lo sacude servirá para endurecerlo contra el siguiente; así como el trabajo constante engrosa la piel de la mano y fortalece sus músculos en lugar de desgastarlos: de modo que una jornada de ardua labor, que podría excoriar la palma de una dama, no dejaría impresión apreciable en la de un robusto labrador.

—Hablo por experiencia, en parte la mía propia. Hubo un tiempo en que pensaba como usted; al menos, estaba plenamente convencido de que el hogar y sus afectos eran las únicas cosas que hacían tolerable la vida: de que, privado de ellas, la existencia se volvería una carga difícil de soportar; pero ahora no tengo hogar —a menos que quisiera usted dignificar con ese nombre mis dos habitaciones alquiladas en Horton—; y no hace ni doce meses perdí al último y más querido de mis amigos de juventud; y sin embargo, no solo vivo, sino que no estoy del todo desprovisto de esperanza y consuelo, incluso para esta vida: aunque debo reconocer que rara vez puedo entrar siquiera en una humilde cabaña al caer la tarde, y ver a sus moradores tranquilamente reunidos en torno a su alegre hogar, sin sentir algo que *casi* es envidia de su bienestar doméstico.

—Usted no sabe todavía qué felicidad le espera —dije yo—: se halla usted apenas en el comienzo de su camino.

—La mejor de las felicidades —respondió él— ya la poseo: la capacidad y la voluntad de ser útil.

Nos acercábamos entonces a un portillo que comunicaba con un sendero que conducía a una granja, donde, supongo, el señor Weston se proponía hacerse «útil»; pues al poco se despidió de mí, cruzó el portillo y recorrió el sendero con su habitual paso firme y elástico, dejándome a solas para meditar sus palabras mientras proseguía mi camino. Había oído antes que había perdido a su madre pocos meses antes de llegar allí. Ella era, pues, el último y más querido de sus amigos de juventud; y él no tenía *hogar*. Le compadecí de todo corazón: casi lloré de compasión. Y eso, pensé, explicaba la sombra de prematura gravedad que nublaba con tanta frecuencia su frente, y que le había valido ante la caritativa señorita Murray y todos los suyos la reputación de tener un carácter hosco y sombrío. «Pero», pensé, «no es tan desdichado como lo sería yo en semejante situación: lleva una vida activa; y ante él se abre un amplio campo para la acción útil. Puede *hacerse* amigos; y puede también hacerse un hogar, si le place; y sin duda le placirá algún día. ¡Que Dios quiera que la compañera de ese hogar sea digna de su elección y lo haga feliz, un hogar como él se merece tener! ¡Y qué delicioso sería...!» Pero no importa lo que pensé.

Comencé este libro con la intención de no ocultar nada; para que quien quisiera pudiera tener el beneficio de escudriñar el corazón de un semejante: pero hay pensamientos que todos los ángeles del cielo son bienvenidos a contemplar, mas no nuestros prójimos, ni siquiera el mejor y más bondadoso entre ellos.

Para entonces los Green habían regresado a su morada, y las Murray habían tomado el camino privado, por donde me apresuré a seguir las. Encontré a las dos jóvenes enfrascadas en una animada discusión sobre los respectivos méritos de los dos jóvenes oficiales; pero al verme Rosalie interrumpió la frase a la mitad para exclamar, con alegría maliciosa:

—¡Ajá, señorita Grey! ¡Ya ha llegado usted, eh! *Claro* que se ha quedado tanto tiempo rezagada; y *claro* que siempre defiende usted

con tanta energía al señor Weston cuando yo le critico. ¡Ajá! ¡Ahora lo veo todo!

—Vamos, señorita Murray, no sea usted tonta —dije yo, intentando una carcajada de buen humor—; ya sabe que semejante disparate no puede hacerme ninguna mella.

Pero ella siguió diciendo tales insoportables disparates —ayudada por su hermana con la ficción apropiada inventada para la ocasión— que creí necesario decir algo en mi propia defensa.

—¡Qué tonterías son estas! —exclamé—. Si el camino del señor Weston resultaba ser el mismo que el mío unos pocos metros, y si tuvo a bien cruzar una o dos palabras al pasar, ¿qué tiene eso de extraordinario? Les aseguro a ustedes que nunca antes había hablado con él: salvo una vez.

—¿Dónde? ¿Dónde? ¿Y cuándo? —exclamaron ansiosas.

—En la cabaña de Nancy.

—¡Ajá! ¿Le han encontrado ustedes allí? —exclamó Rosalie, con risa triunfante—. ¡Ah! Ahora, Matilda, he descubierto por qué le gusta tanto ir a casa de Nancy Brown. ¡Va allí a coquetear con el señor Weston!

—De verdad, eso no merece que lo rebata; le vi allí solo una vez, os digo, ¿y cómo podía saber que iba a venir?

Irritada como estaba por su necia algarabía y sus fastidiosas insinuaciones, el malestar no duró mucho: cuando se hartaron de reírse, volvieron al capitán y al teniente; y mientras ellas disputaban y hacían comentarios sobre ellos, mi indignación se fue enfriando rápidamente; la causa de ella quedó pronto olvidada, y encaminé mis pensamientos hacia un cauce más grato. Así subimos por el parque y entramos en la casa; y mientras ascendía las escaleras hacia mi propia habitación, no había en mí más que un solo pensamiento: mi corazón estaba rebosante de un único y ferviente deseo. Habiendo entrado en la habitación y cerrado la puerta, me arrodillé y ofrecí una plegaria fervorosa pero no impetuosa: «Hágase

tu voluntad», me esforcé en repetir; pero «Padre, para ti todo es posible, y sea tu voluntad» seguía a continuación. Ese deseo —esa plegaria— tanto los hombres como las mujeres me habrían despreciado por él; mas «¡Padre, *Tú* no me despreciarás!», dije, y sentí que era verdad. Me pareció que el bienestar de otro era por lo menos tan ardorosamente implorado como el mío propio; es más, *ese* era el objeto principal del deseo de mi corazón. Quizás me engañase a mí misma; pero esa idea me daba ánimos para pedir y fuerzas para esperar que no pedía en vano. En cuanto a las primulas, guardé dos de ellas en un vaso con agua en mi habitación hasta que se marchitaron del todo y la doncella las tiró; y los pétalos de la tercera los prensé entre las páginas de mi Biblia; los conservo aún, y tengo intención de guardarlos siempre.

CAPÍTULO XIV

EL RECTOR

El día siguiente fue tan apacible como el anterior. Poco después del desayuno, la señorita Matilda, tras haber galopado y tropezado torpemente a través de unas pocas lecciones poco provechosas, y aporreado el piano durante una hora con un humor de perros tanto conmigo como con el instrumento, porque su mamá no quería concederle un día libre, se había refugiado en sus lugares favoritos: los patios, las cuadras y las perreras; y la señorita Murray había salido a disfrutar de un tranquilo paseo con una nueva novela de moda por compañera, dejándome en el cuarto de estudio trabajando afanosamente en un dibujo a la acuarela que le había prometido hacer y que ella insistía en que terminase ese mismo día.

A mis pies yacía un pequeño y áspero terrier. Era propiedad de la señorita Matilda; pero ella detestaba al animal y tenía intención de venderlo, alegando que estaba del todo echado a perder. Era en verdad un perro excelente en su especie; pero ella afirmaba que no servía para nada y que ni siquiera tenía el instinto de reconocer a su propia dueña.

La realidad era que lo había comprado siendo apenas un cachorrillo, insistiendo al principio en que nadie más que ella debía tocarlo; pero habiéndose cansado pronto de tan desamparada y molesta criatura que requería tantos cuidados, había accedido de

buen grado a mis ruegos de que me permitiese hacerme cargo de él; y yo, al haber criado con esmero a la pequeña bestezuela desde su infancia hasta la adolescencia, me había granjeado naturalmente su afecto: una recompensa que habría valorado en extremo y considerado como compensación más que suficiente de todo el trabajo que me había dado, de no haber sido porque los agradecidos sentimientos del pobre Snap le acarreaban continuas palabras duras y despiadadas patadas y pellizcos de su dueña, y porque ahora corría el peligro de que lo «quitaran de en medio» a consecuencia de ello, o de ser entregado a algún amo áspero y de corazón de piedra. Pero ¿qué podía yo hacer? No podía lograr que el perro me odiase mediante un trato cruel, y ella no quería conciliarse con él mediante la bondad.

No obstante, mientras así estaba yo sentada, trabajando con mi lápiz, la señora Murray entró en la habitación con ese paso suyo entre solemne y agitado.

—Señorita Grey —comenzó—, ¡vaya! ¿Cómo puede usted quedarse ahí dibujando con un día como este? —(Creía que lo hacía por placer propio.)— Me *asombra* que no se ponga el sombrero y salga con las señoritas.

—Creo, señora, que la señorita Murray está leyendo; y la señorita Matilda se entretiene con sus perros.

—Si usted se esforzase un poco más en divertir a la señorita Matilda, creo que ella no se vería empujada a buscar entretenimiento en la compañía de perros, caballos y mozos de cuadra tanto como lo hace; y si usted fuera un poco más alegre y comunicativa con la señorita Murray, ella no andaría vagando tan a menudo por los campos con un libro en la mano. Sin embargo, no quiero ofenderla —añadió, viendo, supongo, que las mejillas me ardían y la mano me temblaba por alguna emoción poco amistosa—. Le ruego que intente no ser tan susceptible; si no, es imposible hablar con usted. Y dígame si sabe adónde ha ido Rosalie: ¿y por qué le gusta estar tanto tiempo sola?

—Dice que le gusta estar sola cuando tiene un libro nuevo que leer.

—Pero ¿por qué no puede leerlo en el parque o en el jardín? ¿Por qué ha de irse a los campos y a los caminos vecinales? ¿Y cómo es que ese señor Hatfield la encuentra con tanta frecuencia? La semana pasada me dijo que él había caminado con su caballo a su lado por todo el camino de Moss. Y ahora estoy segura de que era él a quien he visto desde la ventana de mi tocador, pasando a buen paso junto a las verjas del parque y encaminándose hacia el campo adonde ella va tan a menudo. Quisiera que usted fuera a ver si está allí; y que le recordase con delicadeza que no es propio de una señorita de su categoría y perspectivas andar vagando sola de ese modo, expuesta a las atenciones de cualquiera que se tome la libertad de dirigirle la palabra; como si fuera alguna pobre chica abandonada que no tiene parque por donde pasear ni amigos que cuiden de ella: y dígame que su papá se pondría furioso si supiese que trata al señor Hatfield con la familiaridad que me temo que lo hace; y —¡oh! si usted —si *cualquier* institutriz tuviese aunque fuera la mitad de la vigilancia de una madre —la mitad de sus ansiosos cuidados, me ahorraría a mí estos quebraderos de cabeza; y vería usted de inmediato la necesidad de no perderla de vista y de hacer su compañía agradable a— Bueno, vaya, vaya; no hay tiempo que perder —exclamó al ver que yo había recogido mis materiales de dibujo y aguardaba en el umbral el final de su discurso.

Según sus pronósticos, encontré a la señorita Murray en su campo predilecto, justo más allá del parque; y, por desgracia, no estaba sola, pues la alta y majestuosa figura del señor Hatfield paseaba lentamente a su lado.

Vaya aprieto el mío. Era mi deber interrumpir el *tête-à-tête*: pero ¿cómo hacerlo? El señor Hatfield no podía ser ahuyentado por una persona tan insignificante como yo; e ir a colocarme al otro lado de la señorita Murray, irrumpiendo con mi inoportuna presencia sin reparar siquiera en su acompañante, sería una descortesía de la que no era capaz: ni tampoco tenía el valor de llamarla a voces desde el

extremo del campo diciéndole que la necesitaban en otro lugar. Así que opté por el término medio: avanzar lenta pero decididamente hacia ellos, con la resolución de que, si mi proximidad no bastaba para ahuyentar al galán, pasaría de largo y le diría a la señorita Murray que su mamá la buscaba.

Ofrecía, ciertamente, un aspecto muy encantador mientras paseaba perezosamente bajo los castaños de Indias en ciernes que tendían sus largas ramas sobre la valla del parque; con el libro cerrado en una mano y en la otra una grácil ramita de mirto que le servía de muy bonito juguete; sus brillantes rizos escapándose en profusión del pequeño sombrero y mecidos suavemente por la brisa; sus pálidas mejillas encendidas por una vanidad satisfecha; sus sonrientes ojos azules, unas veces lanzando miradas furtivas hacia su admirador, otras posándose en la ramita de mirto. Pero Snap, corriendo delante de mí, la interrumpió en mitad de alguna réplica a medias atrevida, a medias juguetona, aferrándose a su vestido y tirando de él con vehemencia; hasta que el señor Hatfield, con su bastón, descargó un sonoro golpe en el cráneo del animal y lo mandó aullando de vuelta hacia mí con tal alboroto que divirtió sobremanera al reverendo caballero: pero al verme tan cerca, pensó, supongo, que lo mejor era retirarse; y mientras yo me agachaba para acariciar al perro con ostentosa compasión, dando así a entender mi desaprobación de su dureza, oí que decía:

—¿Cuándo volveré a verla, señorita Murray?

—En la iglesia, supongo —respondió ella—, a menos que sus asuntos lo traigan por aquí en el preciso instante en que yo esté paseando por el lugar.

—Siempre podría yo arreglar mis asuntos para traerme por aquí, si supiera con precisión cuándo y dónde encontrarla.

—Pero aunque quisiera, no podría indicárselo, pues soy tan irregular que nunca puedo decir hoy lo que haré mañana.

—Entonces déme esto entretanto, para consolarme —dijo él, en parte en broma y en parte en serio, tendiendo la mano hacia la

ramita de mirto.

—De ninguna manera. No se la daré.

—¡Dámela! ¡*Se lo ruego*! Seré el más desgraciado de los hombres si no lo hace. ¡No puede ser usted tan cruel como para negarme un favor tan fácil de conceder y, sin embargo, tan sumamentepreciado! —suplicó él con tanto ardor como si su vida dependiese de ello.

Para entonces yo me encontraba a escasos metros de ellos, esperando con impaciencia su marcha.

—¡Bueno, tome y váyase! —dijo Rosalie.

Él recibió alborozado el regalo, musitó algo que hizo sonrojar a la joven y sacudir la cabeza, aunque con una risita que mostraba que su disgusto era puramente fingido; y luego, con una cortés inclinación, se retiró.

—¿Ha visto usted alguna vez a un hombre así, señorita Grey? —dijo ella, volviéndose hacia mí—. ¡Me *alegra* tanto que haya venido! Pensé que no *lograría* librarme nunca de él; y tenía un miedo terrible de que papá lo viese.

—¿Llevaba mucho tiempo con usted?

—No, no mucho; pero es tan sumamente impertinente: y siempre está rondando por aquí, pretextando que sus asuntos o sus obligaciones parroquiales lo traen por estos parajes, cuando en realidad me está vigilando a mí, y me cae encima en cuanto me ve.

—Bien, su mamá cree que no debería usted alejarse del parque o del jardín sin que alguna persona discreta y de cierta edad, como yo, la acompañe y la proteja de los importunos. Divisó al señor Hatfield pasando a paso vivo junto a las verjas del parque y me despachó al punto con instrucciones de que la buscase, cuidase de usted y asimismo le advirtiese de...

—¡Oh, mamá es tan pesada! Como si yo no pudiese cuidar de mí misma. Ya me había molestado antes con lo del señor Hatfield; y le dije que podía confiar en mí: jamás olvidaría mi rango y posición

social por el hombre más encantador que haya respirado. Ojalá se arrodillase mañana mismo y me suplicase que fuese su esposa, para mostrarle así lo equivocada que está al suponer que yo podría... ¡Ay, me irrita tanto! ¡Pensar que podría ser tan tonta como para enamorarme! Es algo del todo indigno de una mujer. ¡El amor! ¡Detesto esa palabra! Aplicada a alguien de nuestro sexo, la considero un insulto perfecto. Una preferencia podría reconocer; pero jamás por alguien como el pobre señor Hatfield, que no posee ni setecientas libras al año. Me gusta hablar con él porque es tan ingenioso y entretenido —ojalá Sir Thomas Ashby fuese la mitad de agradable; además, necesito tener *alguien* con quien coquetear, y nadie más tiene el buen juicio de venir por aquí; y cuando salimos, mamá no me deja coquetear con nadie que no sea Sir Thomas —si está presente; y si *no* está, me ata de pies y manos por temor a que alguien vaya y cuente alguna historia exagerada, y le meta en la cabeza que estoy prometida, o con visos de estarlo, con otro; o, lo que es más probable, por temor a que su horrible madre vea o sepa algo de mis andanzas, y concluya que no soy una esposa digna de su excelente hijo: como si dicho hijo no fuese el mayor sinvergüenza de la cristiandad; y como si cualquier mujer de decencia ordinaria no fuese muy superior para él.

—¿Es realmente así, señorita Murray? ¿Y lo sabe su mamá y aun así desea que se case usted con él?

—¡Pues claro que sí! Sabe más cosas en su contra que yo, creo: me lo oculta para que no me desanime, sin saber lo poco que me importan tales cosas. Porque en realidad no es gran cosa: se sentará la cabeza cuando esté casado, como dice mamá; y los libertinos reformados son los mejores maridos, *todo el mundo* lo sabe. Solo quisiera que no fuera tan feo —*eso* es lo *único* que pienso: pero no hay dónde elegir aquí en el campo; y papá *no quiere* dejarnos ir a Londres...

—Pero yo diría que el señor Hatfield sería mucho mejor.

—Y así sería, si fuera el señor de Ashby Park; no cabe duda: pero el caso es que *debo* tener Ashby Park, con quien sea que lo

comparta.

—Pero el señor Hatfield cree que usted le corresponde todo este tiempo; no piensa en lo amargamente que se va a sentir defraudado cuando compruebe que se ha equivocado.

—*No*, ¡en absoluto! Será un castigo apropiado a su presunción — por haber tenido siquiera el *atrevimiento* de creer que yo podría quererle. No hay nada que me deleite tanto como levantarle el velo de los ojos.

—Pues cuanto antes lo haga, mejor.

—No; le digo que me gusta divertirme con él. Además, él no cree realmente que yo le quiera. Me cuido bien de eso: usted no sabe con qué habilidad lo manejo. Quizá se figure que puede inducirme a que le quiera; por lo cual lo castigaré como merece.

—Bueno, procure no dar demasiados motivos para semejante presunción; eso es todo —repliqué.

Pero todas mis exhortaciones fueron en vano: solo lograron que se mostrase algo más solícita en disimular sus deseos y pensamientos ante mí. Ya no volvió a hablarme del rector; pero podía ver que su mente, si no su corazón, seguía puesta en él, y que estaba decidida a conseguir otro encuentro: pues aunque, en cumplimiento del ruego de su madre, había quedado yo constituida en compañera de sus paseos por algún tiempo, ella se empeñaba todavía en vagar por los campos y caminos más próximos a la carretera; y tanto si me hablaba como si leía el libro que llevaba en la mano, no cesaba de detenerse para mirar a su alrededor o escrutar el camino a ver si venía alguien; y si un jinete pasaba al trote, podía yo colegirlo por las críticas sin reserva que vertía contra el pobre ecuestre, fuera quien fuese, que lo odiaba *precisamente* porque no era el señor Hatfield.

«Sin duda», pensé, «no es tan indiferente a él como ella misma cree o querría hacernos creer a los demás; y la inquietud de su madre no es tan del todo infundada como ella afirma.»

Pasaron tres días sin que él diese señales de vida. La tarde del cuarto día, mientras paseábamos junto a la valla del parque en el memorable campo, cada una provista de un libro —pues yo siempre me cuidaba de tener algo en qué ocuparme cuando ella no precisaba que le hablase—, me interrumpió de repente en mis lecturas con esta exclamación:

—¡Oh, señorita Grey! ¿Tendría la bondad de ir a ver a Mark Wood y de llevar a su esposa media corona de mi parte? Debería habérsela enviado hace una semana, pero se me olvidó por completo. ¡Ahí tiene! —dijo, lanzándome su monedero y hablando muy deprisa—. No se moleste en sacarlo ahora; llévese el monedero y déles lo que le parezca bien; iría con usted, pero quiero terminar este tomo. Vendré a buscarla cuando lo haya acabado. Dese prisa, ¿quiere? Y... ¡oh, espere!; ¿no sería mejor que le leyera usted algo? Vaya a casa y traiga algún libro bueno. Cualquier cosa servirá.

Hice lo que me pedían; pero, sospechando algo por su tono apresurado y la brusquedad de la petición, eché una ojeada atrás antes de abandonar el campo, y vi al señor Hatfield a punto de entrar por la verja de abajo. Al mandarme a casa a buscar un libro, había impedido precisamente que me lo cruzase en el camino.

«¡No importa!», pensé. «No va a resultar gran mal de ello. El pobre Mark se alegrará de la media corona, y quizá también del buen libro; y si el rector roba el corazón de la señorita Rosalie, solo servirá para humillar un poco su orgullo; y si al final se casan, eso únicamente la salvará de un destino peor; y ella será una compañera bien adecuada para él, y él para ella.»

Mark Wood era el jornalero tísico a quien antes había mencionado. Por entonces se consumía rápidamente. La señorita Murray obtuvo, mediante su generosidad, la bendición literal de quien estaba a punto de perecer; pues aunque la media corona podía serle de muy poco provecho, se alegró de ella por el bien de su esposa y sus hijos, que tan pronto iban a quedar viudos y huérfanos. Tras haber permanecido unos minutos y leído un poco para consuelo y edificación de él y de su afligida esposa, los dejé; pero no había

avanzado ni cincuenta metros cuando me encontré con el señor Weston, que al parecer se dirigía a la misma morada. Me saludó de su manera habitual, tranquila y sin afectación, se detuvo para preguntar por el estado del enfermo y su familia, y con una especie de despreocupada y fraternal indiferencia a las formalidades, tomó de mi mano el libro del que había estado leyendo, pasó sus páginas, hizo unas pocas observaciones breves pero muy sensatas, y me lo devolvió; luego me habló de algún pobre enfermo a quien acababa de visitar, charló un poco sobre Nancy Brown, hizo algunas observaciones acerca de mi pequeño y áspero amigo el terrier, que retozaba a sus pies, y finalmente acerca de la hermosura del tiempo, y se fue.

He omitido referir con detalle sus palabras, por considerar que no interesarían al lector tanto como me interesaron a mí, y no porque las haya olvidado. No; las recuerdo perfectamente; pues las repasé una y otra vez a lo largo de aquel día y de muchos de los sucesivos, no sé cuántas veces; y evoqué cada inflexión de su voz grave y clara, cada destello de sus ojos pardos y vivos, y cada fugaz resplandor de su agradable pero demasiado pasajera sonrisa. Semejante confesión resultará muy absurda, me temo: pero no importa: la he escrito; y quienes la lean no conocerán a quien la escribió.

Mientras caminaba yo así, contenta por dentro y complacida con todo cuanto me rodeaba, la señorita Murray vino presurosa a mi encuentro; su paso ligero, las mejillas encendidas y la sonrisa radiante mostraban que también ella era feliz, a su manera. Corriendo hacia mí, pasó su brazo por el mío y, sin esperar a recobrar el aliento, comenzó:

—Ahora, señorita Grey, considérese muy honrada, pues vengo a contarle mis noticias antes de haberlas dicho a nadie más.

—Bien. ¿Cuáles son?

—¡Oh, *qué* noticias! En primer lugar, debe saber que el señor Hatfield se presentó justo después de que usted se fuera. Estaba

muy apurada por miedo a que papá o mamá lo viesen; pero ya sabe que no podía llamarla de vuelta, ¡y así!... ¡Oh, querida! No puedo contarle todo ahora, pues veo a Matilda allí en el parque y debo ir a abrirle el cofre de las novedades. Pero, en fin, Hatfield estuvo de lo más extraordinariamente audaz, de lo más incomparablemente lisonjero, y de lo más inusitadamente tierno —intentó estarlo, al menos—; no lo logró del todo en *eso*, porque no es su fuerte. Le contaré todo lo que dijo otro día.

—Pero ¿qué dijo *usted*? Eso me interesa más.

—Eso también se lo contaré en algún momento. Resultó que me encontraba de muy buen humor en ese instante; y aunque fui bastante complaciente y graciosa, me cuidé de no comprometerme en ningún sentido posible. Pero, con todo, el fatuo se empeñó en interpretar a su modo mi amabilidad de carácter, y al fin se propasó tanto en mi indulgencia —¿qué cree usted?— que llegó incluso a hacerme una proposición.

—¿Y usted...?

—Me erguí con orgullo y, con la mayor frialdad, expresé mi asombro ante semejante ocurrencia, manifestando que esperaba no haber dado con mi conducta motivos para que albergase tales esperanzas. ¡Si hubiese *visto* cómo se le cayó el rostro! Se puso completamente blanco. Le aseguré que lo estimaba y todo eso, pero que de ningún modo podía aceptar su proposición; y que, de haberlo querido, papá y mamá nunca llegarían a dar su consentimiento.

—«Pero si lo dieran», dijo él, «¿le faltaría el de usted?»

—«Desde luego que sí, señor Hatfield», respondí, con una decisión fría que aniquiló toda esperanza de un golpe. Oh, si hubiese visto lo mortificado que quedó —aplastado contra el suelo por su decepción—; de verdad, casi llegué a compadecerle.

—Sin embargo, realizó un último intento desesperado. Tras un silencio de cierta duración, durante el cual él luchó por conservar la calma, y yo por mantener el semblante serio —pues sentía una viva propensión a reírme, lo que lo habría echado todo a perder—, dijo,

con una sombra de sonrisa: «Pero dígame con franqueza, señorita Murray: si yo tuviese la riqueza de Sir Hugh Meltham, o las perspectivas de su hijo mayor, ¿me rechazaría igualmente? Respóndame con sinceridad, por su honor.»

—«Desde luego», dije. «Eso no cambiaría nada en absoluto.»

—Era una gran mentira, pero aún tenía tanto aplomo en sus propios atractivos que me resolví a no dejarle piedra sobre piedra. Me miró fijamente; pero yo mantuve tal compostura que no podía imaginar que dijese nada más que la pura verdad.

—«Entonces todo ha terminado, supongo», dijo, con el semblante de quien podría haber muerto en el acto de disgusto y de la intensidad de su desesperación. Pero estaba enojado además de decepcionado. Ahí estaba él sufriendo tan indeciblemente, y ahí estaba yo, la implacable causante de todo, tan absolutamente impenetrable a toda la artillería de sus miradas y sus palabras, tan serena, fría y orgullosa, que no pudo por menos de sentir cierto resentimiento; y con singular amargura comenzó: «Ciertamente no esperaba esto, señorita Murray. Podría decir algo sobre su conducta pasada y las esperanzas que me ha inducido a albergar; pero me abstengo, a condición de...»

—«¡Sin condiciones, señor Hatfield!», dije, verdaderamente indignada por su insolencia.

—«Entonces permítame pedirlo como un favor», respondió él, bajando la voz al instante y adoptando un tono más humilde: «permítame suplicarle que no mencione este asunto a nadie, absolutamente a nadie. Si guarda usted silencio sobre ello, no habrá necesidad de que haya asperezas entre nosotros —nada, quiero decir, más allá de lo que sea del todo inevitable: en cuanto a mis propios sentimientos, procuraré guardarlos para mí, si no puedo aniquilarlos —intentaré perdonar, si no puedo olvidar, la causa de mis sufrimientos. No quiero suponer, señorita Murray, que usted sabe hasta qué punto me ha perjudicado. No quisiera que fuese consciente de ello; pero si, además del daño que ya me ha hecho —

perdóneme, mas, ya sea inocente o no, *lo* ha hecho—, y si añade a ello difundiendo este desafortunado asunto, o mencionándolo *en absoluto*, comprobará que yo también sé hablar, y que, aunque usted haya desdeñado mi amor, difícilmente desdeñará mi...»

—Se detuvo, pero mordió su exangüe labio y me miró con una fiereza tan terrible que llegué a asustarme bastante. Sin embargo, mi orgullo me sostuvo, y respondí con desdén: «No sé qué motivo supone usted que podría tener yo para mencionarlo a alguien, señor Hatfield; pero si estuviese dispuesta a hacerlo, no me lo impediría con amenazas; y no es precisamente el proceder de un caballero intentarlo.»

—«Perdóneme, señorita Murray», dijo, «la he amado con tanta intensidad —aún la adoro con tal profundidad— que no quisiera ofenderla de buen grado; pero aunque nunca he amado, ni *podré* amar jamás a mujer alguna como la he amado a usted, es igualmente cierto que nunca recibí tan mal trato de ninguna. Por el contrario, siempre he hallado en el sexo femenino a las criaturas más amables, tiernas y complacientes que Dios ha creado, hasta ahora.» —(¡Figúrese lo que es decir eso el fatuo ese!)— «Y la novedad y la dureza de la lección que hoy usted me ha dado, y la amargura de verme defraudado en lo único de lo que dependía la felicidad de mi vida, deben disculpar cualquier apariencia de aspereza. Si mi presencia le resulta desagradable, señorita Murray» —dijo —pues yo estaba mirando a mi alrededor para mostrar lo poco que me importaba, de manera que pensó, supongo, que me había cansado de él—, «si mi presencia le resulta desagradable, señorita Murray, no tiene más que prometerme el favor que le he pedido, y la aliviaré al instante. Hay muchas damas —algunas incluso en esta parroquia— que estarían encantadas de aceptar lo que usted tan desdeñosamente ha pisoteado. Estarían naturalmente inclinadas a odiar a aquella cuya belleza sin par ha enajenado de tal modo mi corazón, alejándolo de ellas, y las ha cegado a sus encantos; y una sola insinuación de la verdad de mi parte a una de ellas bastaría para desencadenar tal murmuración contra usted como perjudicaría seriamente sus perspectivas y disminuiría sus probabilidades de

éxito con cualquier otro caballero a quien usted o su señora madre pretendiesen enredar.»

—«¿Qué quiere decir usted con eso, señor?», dije, dispuesta a temblar de indignación.

—«Quiero decir que este asunto, de principio a fin, me parece un caso de coqueteo descarado, por decirlo con suavidad —el tipo de caso que a usted le resultaría bastante incómodo que se difundiese por el mundo: especialmente con los añadidos y exageraciones de sus rivales femeninas, quienes estarían muy contentas de publicar el asunto si yo les diera el menor pretexto. Pero le prometo, por mi honor de caballero, que no escapará de mis labios ni una palabra ni una sílaba que pueda perjudicarla, con tal de que usted...»

—«Bien, bien, no lo mencionaré», dije. «Puede contar con mi silencio, si eso le sirve de algún consuelo.»

—«¿Me lo promete?»

—«Sí», respondí; pues ya quería librarme de él.

—«¡Adiós, pues!», dijo, con el tono más lúgubre y abatido; y con una mirada en que el orgullo luchaba vanamente contra la desesperación, se dio la vuelta y se fue: deseando sin duda llegar a casa cuanto antes para encerrarse en su estudio a llorar —si es que no rompía en lágrimas antes de llegar.

—Pero ya ha roto usted su promesa —dije, verdaderamente horrorizada ante su perfidia.

—¡Oh, solo es con usted! Sé que no lo repetirá.

—Por supuesto que no: pero dice que va a contárselo a su hermana; y ella se lo contará a sus hermanos cuando vuelvan a casa, y a Brown de inmediato si usted no se lo cuenta antes; y Brown lo divulgará, o será la causa de que se divulgue, por todo el distrito.

—No, en absoluto. No lo haremos. No se lo contaremos a ella de ningún modo, a menos que sea bajo promesa del más estricto

secreto.

—¿Pero cómo puede esperar usted que ella cumpla su promesa mejor que su más ilustrada señorita?

—Bueno, bueno, no tiene por qué enterarse —dijo la señorita Murray, con cierta aspereza.

—Pero se lo dirá usted a su mamá, naturalmente —proseguí—, y ella se lo dirá a su papá.

—Por supuesto que se lo diré a mamá —eso es precisamente lo que tanto me complace. Ahora podré convencerla de lo equivocada que estaba en sus temores respecto a mí.

—¡Ah, *conque* es eso! Yo estaba pensando qué era lo que la deleitaba tanto.

—Sí; y otra cosa es que he humillado al señor Hatfield de una manera encantadora; y otra —bueno, ha de permitir usted que yo tenga algo de vanidad femenina: no pretendo carecer de ese atributo tan esencial de nuestro sexo—; y si hubiese visto el ardor intensísimo del pobre Hatfield al hacer su apasionada declaración y su lisonjera propuesta, y su agonía de espíritu que ningún esfuerzo de orgullo podía disimular al verse rechazado, habría reconocido que tengo algún motivo para sentirme satisfecha.

—Cuanto mayor sea su agonía, diría yo, menor es el motivo de satisfacción de usted.

—¡Oh, tonterías! —exclamó la joven señorita, sacudiéndose con irritación—. O no puede usted entenderme, o no quiere. Si no tuviera confianza en su magnanimidad, pensaría que me tiene envidia. Pero quizá comprenda usted esta otra razón de placer —que es tan grande como cualquiera—: es decir, que estoy encantada de mí misma por mi prudencia, mi autodominio, mi insensibilidad, si le parece. No me cogió en modo alguno por sorpresa, no me sentí en absoluto confusa, ni torpe, ni necia; actué y hablé exactamente como debía, y fui dueña de mí misma en todo momento. Y aquí había un hombre, decididamente apuesto —Jane y Susan Green lo

llaman irresistiblemente guapo—; supongo que son dos de las señoras de las que pretende que estarían tan contentas de tenerlo; pero, de todos modos, era ciertamente un acompañante muy ingenioso, ocurrente y agradable —no lo que usted llama inteligente, sino lo suficiente para resultar entretenido—; y un hombre del que no habría que avergonzarse en ningún lugar y del que no uno se cansaría pronto; y para ser sincera, me gustaba bastante —más incluso, últimamente, que Harry Meltham—; y él me idolatraba evidentemente; y, sin embargo, aunque se presentó estando yo completamente sola e imprevista, tuve la cordura, el orgullo y la fortaleza de rechazarlo —y con tanto desdén y tanta frialdad como lo hice: tengo buenas razones para estar orgullosa de eso.

—¿Y está igualmente orgullosa de haberle dicho que el poseer la fortuna de Sir Hugh Meltham no marcaría diferencia alguna para usted, cuando eso no era verdad; y de haber prometido no decirle a nadie nada de su contratiempo, al parecer sin la menor intención de cumplir su promesa?

—¡Naturalmente! ¿Qué otra cosa podría haber hecho? No habría querido usted que... Pero veo, señorita Grey, que no está de buen humor. Aquí está Matilda; iré a ver qué tienen que decir ella y mamá.

Se fue, ofendida por mi falta de simpatía, y pensando, sin duda, que le tenía envidia. No era así —al menos, estaba firmemente convencida de que no. La compadecía; me asombraba, me repugnaba su vanidad despiadada; me preguntaba por qué se concedía tanta belleza a quienes tan mal uso hacían de ella, y se negaba a algunas que habrían sabido convertirla en un beneficio tanto para ellas mismas como para los demás.

Pero Dios lo sabe mejor, concluí. Hay, supongo, algunos hombres tan vanos, tan egoístas y tan insensibles como ella, y quizá tales mujeres sirvan para castigarlos.

CAPÍTULO XV

EL PASEO

—¡Ay, Dios mío! ¡Ojalá Hatfield no hubiera sido tan precipitado! —dijo Rosalie al día siguiente, a las cuatro de la tarde, mientras, con un bostezo de mal agüero, dejaba su labor de estambre y miraba con desgana hacia la ventana—. Ya no hay ningún aliciente para salir; y nada que esperar con ilusión. Los días serán tan largos y aburridos cuando no haya reuniones que los animen; y que yo sepa no hay ninguna esta semana ni la siguiente.

—Lástima que fueras tan antipática con él —observó Matilda, a quien iban dirigidas estas lamentaciones—. No volverá nunca más; y sospecho que en el fondo te gustaba. Yo esperaba que lo tomaras por tu galán y me dejaras al querido Harry para mí.

—¡Hum! El hombre que me pretenda ha de ser un verdadero Adonis, Matilda, admirado por todos los que lo contemplan, si me ha de contentar él solo. Reconozco que me apena perder a Hatfield; pero el primer hombre decente, o grupo de hombres, que venga a ocupar su lugar será más que bienvenido. Mañana es domingo; de verdad me pregunto qué cara pondrá y si será capaz de oficiar el servicio. Lo más probable es que finja haber cogido un resfriado y haga que el señor Weston lo haga todo.

—¡Qué va! —exclamó Matilda con cierto desdén—. Por tonto que sea, no llega a tanto.

Su hermana se ofendió levemente; pero los hechos demostraron que Matilda tenía razón: el amante desdeñado cumplió sus deberes pastorales como de costumbre. Rosalie, cierto es, afirmó que lo encontró muy pálido y abatido; quizá estuviera un poco más pálido de lo habitual, pero la diferencia, si la había, era apenas perceptible. En cuanto a su abatimiento, lo cierto es que no oí su risa resonar desde la sacristía como era su costumbre, ni su voz en animada y ruidosa conversación; aunque sí la oí alzarse para reprender al sacristán de un modo que dejó a la congregación boquiabierta; y en sus idas y venidas al púlpito y a la mesa de la comunión había más de pompa solemne y menos de aquella imperiosa arrogancia irreverente y pagada de sí misma con que solía desplazarse de ordinario, ese aire que parecía decir: «Todos me veneráis y me adoráis, lo sé; pero si alguien no lo hace, ¡que se atreva a decírmelo a la cara!» Pero el cambio más notable fue que en ningún momento dejó vagar su mirada hacia el banco de los Murray, y no abandonó la iglesia hasta que nosotras nos hubimos ido.

El señor Hatfield había recibido sin duda un golpe muy severo, pero su orgullo le impelía a esforzarse por ocultar sus efectos. Se había visto frustrado en su firme esperanza de obtener no solo una esposa bella y, para él, enormemente atractiva, sino una cuya posición social y cuya fortuna habrían dado brillo a encantos muy inferiores; y era asimismo, sin lugar a dudas, profundamente herido en su amor propio por el rechazo recibido, y hondamente ofendido por la conducta de la señorita Murray en toda la situación. No le habría reportado poco consuelo saber lo decepcionada que estaba ella al verlo aparentemente tan poco afectado, y comprobar que era capaz de abstenerse de dirigirle ni una sola mirada a lo largo de los dos oficios; aunque ella declaró que eso demostraba que pensaba en ella todo el tiempo, pues de no ser así sus ojos habrían caído sobre ella aunque solo fuera por casualidad; pero si así hubiese ocurrido, ella habría afirmado que era porque no podían resistir la atracción. Quizás le habría agradado también, en cierta medida, ver cuán aburrida e insatisfecha estuvo ella durante aquella semana, o la mayor parte de ella al menos, por falta de su habitual fuente de

estímulo, y cuántas veces lamentó haber «acabado con él tan pronto», como una niña que, habiendo devorado su pastel de ciruelas con demasiada precipitación, se queda chupándose los dedos y llora en vano su propia glotonería.

Por fin se me requirió, una hermosa mañana, para acompañarla en un paseo hasta el pueblo. En apariencia iba a comprar unos ovillos de lana de Berlín en una tienda bastante respetable que se sostenía principalmente gracias a las señoras de los alrededores; en realidad, confío en que no sea falta de caridad suponer que fue con la idea de encontrarse bien con el propio rector, bien con algún otro admirador por el camino; pues mientras íbamos andando, no cesaba de preguntarse «qué haría o diría Hatfield si nos lo encontrásemos», etc., etc.; al pasar las verjas del parque del señor Green, «se preguntaba si estaría en casa: qué gran zoquete tan estúpido»; cuando pasó el carruaje de Lady Meltham, «se preguntaba qué estaría haciendo el querido Harry aquel día tan bueno»; y luego comenzó a hablar mal de su hermano mayor por ser «tan tonto como para casarse e irse a vivir a Londres».

—Pero —dije yo—, ¿no decías que tú también querías vivir en Londres?

—Sí, porque aquí es muy aburrido; pero es que él lo hace todavía más aburrido marchándose; y si no estuviera casado quizás podría quedarse con él en vez de con ese odioso Sir Thomas.

Luego, al observar las huellas de los cascos de un caballo en la carretera bastante embarrada, «se preguntó si sería el caballo de algún caballero», y finalmente concluyó que sí, pues las marcas eran demasiado pequeñas para haber sido dejadas por un «enorme y torpe caballo de tiro»; y entonces «se preguntó quién sería el jinete» y si nos lo encontraríamos de vuelta, pues estaba segura de que solo había pasado aquella mañana; y por último, cuando entramos en el pueblo y no vimos más que unos pocos de sus humildes habitantes yendo de acá para allá, «se preguntó por qué esa gente tan estúpida no podía quedarse en sus casas; que ella estaba segura de no tener ningún deseo de ver sus feas caras y su

ropa sucia y ordinaria; que no era para eso para lo que venía a Horton».

En medio de todo aquello, confieso que yo también me pregunté en secreto si nos encontraríamos, o alcanzaríamos a vislumbrar, a alguien más; y al pasar por delante de su alojamiento llegué incluso a preguntarme si estaría en la ventana. Al entrar en la tienda, la señorita Murray me pidió que me quedara en el umbral mientras ella hacía sus compras y le dijera si pasaba alguien. Pero ¡ay!, no había nadie a la vista salvo los vecinos del pueblo, excepto Jane y Susan Green, que bajaban por la única calle, al parecer de regreso de un paseo.

—¡Estúpidas! —murmuró ella al salir tras haber concluido su transacción—. ¿Por qué no habrán traído a ese hermano suyo tan lerdo? Hasta él sería mejor que nada.

Sin embargo, las saludó con una alegre sonrisa y protestas de placer por el feliz encuentro iguales a las de ellas. Las dos se colocaron una a cada lado de ella, y las tres echaron a andar conversando y riendo como hacen las señoritas jóvenes cuando coinciden, si tienen cierta confianza entre sí. Pero yo, sintiéndome de sobra, las dejé con su regocijo y me quedé rezagada, como de costumbre en tales ocasiones: no tenía ningún deseo de caminar al lado de la señorita Green o la señorita Susan como si fuera sorda y muda, sin poder hablar ni ser hablada.

Pero esta vez no estuve sola mucho tiempo. Me pareció, en un principio, muy extraño que justo cuando estaba pensando en el señor Weston, él se acercara y me dirigiese la palabra; pero después, reflexionando bien, pensé que no había nada de extraño en ello, salvo quizás el hecho de que hablara conmigo; pues en una mañana así y tan cerca de su propio alojamiento era lógico que estuviera por allí; y en cuanto a que yo pensara en él, no había dejado de hacerlo, con pocas interrupciones, desde que salimos de casa; de modo que nada había de particular en ello.

—Vuelve usted a estar sola, señorita Grey —dijo él.

—Sí.

—¿Cómo son esas señoritas, las señoritas Green?

—La verdad es que no lo sé.

—¡Qué curioso! ¡Viviendo tan cerca y viéndolas tan a menudo!

—Bueno, supongo que son chicas animadas y de buen carácter; pero imagino que usted las conoce mejor que yo, pues yo nunca he cruzado una palabra con ninguna de ellas.

—¿De veras? No me dan la impresión de ser especialmente reservadas.

—Es muy probable que no lo sean con personas de su misma clase; ¡pero ellas se consideran pertenecientes a una esfera muy distinta de la mía!

Él no respondió a esto; pero, tras una breve pausa, dijo:

—Supongo que son estas cosas, señorita Grey, las que la hacen pensar que no podría vivir sin un hogar.

—No exactamente. Lo que ocurre es que soy demasiado amiga del trato ajeno para poder vivir contenta sin una amiga; y como los únicos amigos que tengo, o que es probable que tenga, están en casa, si esta —o más bien, si ellos— desaparecieran, no diría que no pudiera vivir, pero preferiría no vivir en un mundo tan desolado.

—Pero ¿por qué dice usted que son los únicos amigos que es probable que tenga? ¿Es tan poco sociable que no puede hacer amigos?

—No; pero nunca he hecho ninguno todavía; y en mi situación actual no hay posibilidad de hacerlos, ni siquiera de trabar una relación corriente. La culpa puede estar en parte en mí misma, aunque confío en que no del todo.

—La culpa está en parte en la sociedad y, en parte, creo yo, en sus vecinos más inmediatos; y en parte también en usted misma; pues muchas señoras en su posición sabrían hacerse notar y valorar.

Pero sus alumnas deberían ser hasta cierto punto compañía para usted; no pueden ser muchos años más jóvenes que usted.

—Oh, sí, a veces son buena compañía; pero no puedo llamarlas amigas, ni ellas pensarían en darme semejante nombre a mí: tienen otras compañeras más afines a sus gustos.

—Quizás es usted demasiado sensata para ellas. ¿Cómo se entretiene cuando está sola? ¿Lee mucho?

—La lectura es mi ocupación favorita, cuando tengo tiempo para ello y libros que leer.

De hablar de libros en general, pasó a hablar de distintos libros en particular, y fue pasando con rápidas transiciones de un tema a otro, hasta que se debatieron en el espacio de media hora varios asuntos, tanto de gusto como de opinión, pero sin el ornamento de muchas observaciones por su parte; pues era evidente que estaba menos empeñado en comunicar sus propios pensamientos y preferencias que en descubrir los míos. No poseía el tacto ni el arte de lograr tal propósito atrayendo hábilmente mis sentimientos o ideas mediante la exposición real o aparente de los suyos propios, ni de llevar la conversación por imperceptibles gradaciones hacia los temas que deseaba abordar; pero semejante brusquedad amable y semejante sencillez de ánimo no podían ofenderme en modo alguno.

«¿Y por qué ha de interesarse en mis capacidades morales e intelectuales? ¿Qué le importa a él lo que yo piense o sienta?», me pregunté. Y mi corazón palpitó como respuesta a la pregunta.

Pero Jane y Susan Green llegaron pronto a su casa. Mientras estaban parlotando ante las verjas del parque, intentando convencer a la señorita Murray de que entrase, yo deseé que el señor Weston se marchara para que ella no lo viese con migo al volverse; pero, por desgracia, su cometido, que era hacer una visita más al pobre Mark Wood, le llevaba a seguir el mismo camino que nosotras hasta casi el final de nuestro recorrido. Sin embargo, cuando vio que Rosalie se había despedido de sus amigas y yo estaba a punto de reunirme con ella, se habría alejado de mí y

habría seguido su camino a paso más vivo; pero mientras levantaba cortésmente el sombrero al pasar junto a ella, para mi sorpresa, en lugar de devolver el saludo con una reverencia fría y poco amable, ella lo abordó con una de sus sonrisas más dulces y, caminando a su lado, comenzó a hablarle con toda la alegría y afabilidad imaginables; y así proseguimos los tres juntos.

Tras una breve pausa en la conversación, el señor Weston hizo alguna observación dirigida particularmente a mí, como referida a algo de lo que habíamos estado hablando antes; pero antes de que yo pudiera responder, la señorita Murray replicó a la observación y la desarrolló; él respondió a su vez; y desde ese momento hasta el final del trayecto ella lo acaparó por entero para sí. Quizás se debiera en parte a mi propia torpeza, a mi falta de aplomo y desenvoltura; pero sentí que se me hacía una injusticia: temblé de aprensión; y escuché con envidia su fácil y rápida cadena de palabras, y contemplé con angustia la brillante sonrisa con que de vez en cuando lo miraba a la cara; pues ella caminaba un poco por delante, con el propósito, a mi modo de ver, de ser vista además de oída. Si su conversación era frívola y superficial, resultaba entretenida; y nunca le faltaba algo que decir ni palabras adecuadas para expresarlo. No había en su actitud nada de petulante o frívolo, como cuando paseaba con el señor Hatfield; había solo una especie de vivacidad suave y juguetona que me pareció que debía de agradar sobremanera a un hombre del carácter y temperamento del señor Weston.

Cuando él se hubo ido, ella empezó a reír y murmuró para sí:

—¡Sabía que lo conseguiría!

—¿Conseguir qué? —pregunté.

—Enganchar a ese hombre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que se irá a casa y soñará conmigo. ¡Le he atravesado el corazón de una flecha!

—¿Cómo lo sabes?

—Por muchas pruebas infalibles; sobre todo por la mirada que me dirigió al marcharse. No era una mirada descarada; le exoneró de eso; era una mirada de adoración reverente y tierna. ¡Ja, ja! No es un zoquete tan estúpido como yo creía.

No respondí, pues tenía el corazón en la garganta, o algo parecido, y no me fiaba de mí misma para hablar. «¡Oh, Dios, impídelo!», exclamé interiormente. «¡Por él, no por mí!»

La señorita Murray hizo varias observaciones triviales mientras cruzábamos el parque, a las cuales, a pesar de mi renuencia a dejar asomar el menor destello de mis sentimientos, solo pude responder con monosílabos. Si pretendía atormentarme o simplemente divertirse, no supe decirlo, ni me importó demasiado; pero pensé en el hombre pobre y su única oveja, y en el hombre rico con sus mil rebaños; y temí no sé qué por el señor Weston, independientemente de mis propias esperanzas marchitas.

Cuánto me alegré de llegar a casa y encontrarme sola por fin en mi habitación. Mi primer impulso fue hundirme en la silla junto a la cama y, apoyando la cabeza en la almohada, buscar alivio en un apasionado torrente de lágrimas: sentía una imperiosa necesidad de semejante desahogo; pero ¡ay!, debía refrenar y ahogar mis sentimientos todavía: sonó el timbre, el odioso timbre que llamaba a cenar en el cuarto de estudio; y debía bajar con el semblante sereno, y sonreír, y reír, y decir tonterías; sí, e incluso comer, si era posible, como si todo estuviese bien y acabara de volver de un agradable paseo.

CAPÍTULO XVI

LA SUSTITUCIÓN

El domingo siguiente fue uno de los días más sombríos de abril: un día de nubes densas y oscuras y de aguaceros continuos. Ninguno de los Murray tenía ganas de asistir a la iglesia por la tarde, salvo Rosalie: ella estaba decidida a ir como de costumbre; así que mandó llamar el carruaje, y yo la acompañé: no a regañadientes, por supuesto, pues en la iglesia podía yo contemplar sin miedo a la burla ni a la censura un semblante y una figura más gratos a mi vista que la más hermosa de las criaturas de Dios; podía escuchar sin perturbación una voz más encantadora que la más dulce música para mis oídos; podía parecer que comulgaba con aquella alma por la que sentía un interés tan profundo, y empaparme de sus pensamientos más puros y sus aspiraciones más santas, sin más sombra que enturbiara tal felicidad que los reproches secretos de mi conciencia, que con demasiada frecuencia me susurraba que me engañaba a mí misma y que se burlaba de Dios con el culto de un corazón más volcado hacia la criatura que hacia el Creador.

Tales pensamientos me causaban a veces hartó tormento; pero otras lograba acallarlos diciéndome: no es el hombre, sino su bondad lo que amo. «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad.» Hacemos bien en adorar a Dios en Sus obras; y yo no conozco ninguna en la que brillen tantos de Sus

atributos, tanto de Su propio espíritu, como en este Su fiel siervo; al que conocer sin apreciar sería en mí una obtusa insensibilidad, yo que tan poco más tengo que ocupe mi corazón.

Casi inmediatamente después de concluir el oficio, la señorita Murray abandonó la iglesia. Tuvimos que quedarnos en el pórtico, pues llovía y el carruaje no había llegado aún. Me sorprendió que saliera con tanta precipitación, pues no estaban allí ni el joven Meltham ni el señor Green; pero pronto comprendí que era para asegurarse una entrevista con el señor Weston cuando saliera, lo cual hizo en breve. Tras saludarnos a las dos, habría seguido su camino; pero ella lo retuvo; primero con observaciones sobre el desagradable tiempo, y luego preguntándole si tendría la bondad de pasar alguna vez mañana a ver a la nieta de la anciana que custodiaba la portería, pues la muchacha tenía fiebre y deseaba verle. Él prometió hacerlo.

—¿Y a qué hora es más probable que venga, señor Weston? La anciana agradecerá saber cuándo esperarle; ya sabe usted que esa gente se preocupa más de tener sus casitas en orden cuando vienen personas respetables a visitarlos de lo que solemos imaginar.

Vaya muestra de consideración la de la atolondrada señorita Murray. El señor Weston indicó una hora de la mañana a la que procuraría estar allí. Para entonces el carruaje ya estaba listo, y el lacayo esperaba con un paraguas abierto para acompañar a la señorita Murray por el cementerio. Yo estaba a punto de seguirla; pero el señor Weston también tenía un paraguas y me ofreció su cobijo, pues llovía con fuerza.

—No, gracias, no me importa la lluvia —dije. El sentido común siempre me fallaba cuando me cogían desprevenida.

—Pero no es que le *guste*, supongo; un paraguas no puede hacerle ningún daño en cualquier caso —respondió él, con una sonrisa que demostraba que no se había ofendido, como lo habría hecho un hombre de peor carácter o menor perspicacia ante semejante rechazo de su ayuda. No pude negar la verdad de su

observación, y así fui con él hasta el carruaje; incluso me tendió la mano para subir: un gesto de cortesía innecesario, pero que también acepté, por temor a ofenderle. Una mirada me dirigió, una pequeña sonrisa al despedirse; fue solo un instante; pero en ella leí, o creí leer, un significado que encendió en mi corazón una llama de esperanza más viva que cuantas habían ardido hasta entonces.

—Habría mandado al lacayo a buscarla, señorita Grey, si hubiera esperado un momento; no era necesario que aceptara el paraguas del señor Weston —observó Rosalie, con una nube muy poco amable ensombreciendo su hermoso rostro.

—Habría venido sin paraguas, pero el señor Weston me ofreció el suyo y no podía haberlo rechazado más de lo que lo rechacé sin ofenderle —respondí yo, sonriendo plácidamente; pues mi dicha interior hacía que aquello me resultara divertido, cuando en otro momento me habría herido.

El carruaje se puso en marcha. La señorita Murray se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla al pasar junto al señor Weston. Él caminaba hacia su casa por la acera y no volvió la cabeza.

—¡Necio! —exclamó ella, dejándose caer de nuevo en el asiento—. ¡No sabes lo que has perdido por no mirar hacia este lado!

—¿Qué ha perdido?

—Una reverencia mía que le habría elevado al séptimo cielo.

No respondí. Vi que estaba de mal humor, y en el fondo sentí una secreta satisfacción por ello; no porque estuviera contrariada, sino porque creía tener motivos para estarlo. Me hacía pensar que mis esperanzas no eran del todo fruto de mis deseos y mi imaginación.

—Tengo la intención de ocuparme del señor Weston en lugar del señor Hatfield —dijo mi compañera después de una breve pausa, recuperando algo de su habitual jovialidad—. El baile en Ashby Park es el martes, como sabes; y mamá cree muy probable que Sir Thomas me declare su amor entonces: esas cosas se hacen a menudo en la intimidad del salón de baile, cuando los caballeros son

más fáciles de enredar y las damas más encantadoras. Pero si he de casarme tan pronto, debo aprovechar el tiempo que me queda: estoy resuelta a que Hatfield no sea el único hombre que ponga su corazón a mis pies e implore en vano que acepte el indigno regalo.

—Si pretendes que el señor Weston sea una de tus víctimas —dije yo, con fingida indiferencia—, tendrás que hacer unas proposiciones tales que te resultará difícil echarle atrás cuando él te pida que cumplas las esperanzas que hayas suscitado.

—No creo que me pida que me case con él, ni lo desearía: iese sería demasiada presunción! Pero tengo intención de que sienta mi poder. Ya lo ha sentido, en efecto; pero tendrá que *reconocerlo* también; y las esperanzas ilusorias que pueda albergar habrá de guardarlas para sí, y limitarse a divertirme con sus resultados, por algún tiempo.

«¡Oh, que algún espíritu benévolo le susurrara esas palabras al oído!», exclamé interiormente. Estaba demasiado indignada para aventurar en voz alta una réplica a su observación; y ese día no se habló más del señor Weston, por mí ni en mi presencia. Pero a la mañana siguiente, poco después del desayuno, la señorita Murray entró en el cuarto de estudio, donde su hermana estaba ocupada en sus estudios, o más bien en sus lecciones, pues estudios no eran, y dijo:

—Matilda, quiero que salgas a dar un paseo conmigo sobre las once.

—¡Ay, no puedo, Rosalie! Tengo que dar instrucciones sobre mi nuevo freno y mi sudadera, y hablar con el cazador de ratas sobre sus perros. La señorita Grey tendrá que ir contigo.

—No, te quiero a ti —dijo Rosalie; y llamando a su hermana a la ventana, le susurró una explicación al oído; tras lo cual esta consintió en ir.

Yo recordé que las once era la hora a la que el señor Weston había propuesto venir a la portería; y al recordarlo, comprendí toda la maniobra. Así pues, a la hora de la comida, me entretuvieron con

un largo relato de cómo el señor Weston las había alcanzado mientras caminaban por la carretera; y de cómo habían dado con él un largo paseo y una larga charla, y lo habían encontrado realmente un compañero muy agradable; y de cómo sin duda él había quedado, y evidentemente había quedado, encantado con ellas y con su increíble condescendencia, etc., etc.

CAPÍTULO XVII

CONFESIONES

Ya que estoy en vena de confesiones, bien puedo reconocer que, por aquel entonces, prestaba más atención al vestir de lo que nunca había hecho antes. Esto no es decir mucho, pues hasta entonces había sido algo descuidada en ese particular; pero ahora tampoco era raro dedicar hasta dos minutos a la contemplación de mi propio reflejo en el espejo, aunque nunca lograba obtener ningún consuelo de semejante estudio. No hallaba belleza alguna en aquellos rasgos marcados, aquella mejilla pálida y hundida, aquel cabello castaño oscuro y corriente; podría haber inteligencia en la frente, podría haber expresión en los ojos grises y oscuros, pero ¿qué importaba eso? Una frente griega baja y unos ojos negros y grandes, desprovistos de sentimiento, se estimarían muy preferibles. Es una necedad desear la belleza. Las personas sensatas nunca la desean para sí mismas ni se preocupan por ella en los demás. Si la mente está bien cultivada y el corazón bien dispuesto, a nadie le importa el exterior. Así lo decían los maestros de nuestra infancia; y así se lo decimos hoy a los niños de nuestra época. Todo ello muy juicioso y apropiado, sin duda; pero ¿avalan tales afirmaciones la experiencia real?

Estamos naturalmente dispuestos a amar lo que nos procura placer, y ¿qué hay más placentero que un rostro bello, cuando no conocemos ningún mal de quien lo posee? Una niña ama a su

pájaro. ¿Por qué? ¿Porque vive y siente; porque es indefenso e inofensivo? Un sapo igualmente vive y siente, y es igual de indefenso e inofensivo; pero aunque la niña no haría daño alguno a un sapo, no puede amarlo como al pájaro, con su forma grácil, sus suaves plumas y sus brillantes y expresivos ojos. Si una mujer es bella y amable, es alabada por ambas cualidades, pero especialmente por la primera, por la masa de los hombres; si, por el contrario, resulta desagradable en persona y en carácter, su fealdad suele ser vituperada como su mayor crimen, porque, a los observadores comunes, es la que mayor ofensa produce; en cambio, si es fea pero buena, siempre que sea una persona de modales retraídos y vida reclusa, nadie conoce jamás su bondad, salvo sus allegados más inmediatos. Los demás, al contrario, están dispuestos a formarse opiniones desfavorables de su mente y su carácter, aunque solo sea para excusar su instintiva antipatía hacia quien la naturaleza tan poco ha favorecido; y *vice versâ* con aquella cuya figura de ángel oculta un corazón vicioso, o derrama un encanto falso y engañoso sobre defectos y flaquezas que no se tolerarían en otra. Quienes tienen belleza, que la agradezcan y hagan buen uso de ella, como de cualquier otro talento; quienes no la tienen, que se consuelen y hagan lo mejor que puedan sin ella: ciertamente, aunque susceptible de ser sobreestimada, es un don de Dios, y no ha de despreciarse. Muchos lo sentirán quienes han sentido que podían amar, y cuyos corazones les dicen que son dignos de ser amados a su vez; mientras, sin embargo, se ven privados, por la falta de esto o de alguna otra nimiedad aparente, de dar y recibir esa felicidad para la que parecen casi hechos. Bien podría la humilde luciérnaga despreciar ese poder de dar luz sin el cual la mosca errante podría pasar junto a ella y volver a pasar mil veces, y nunca detenerse a su lado: podría oír a su querida alada zumbando por encima y alrededor de ella; él buscándola en vano, ella ansiando ser encontrada, pero sin poder dar a conocer su presencia, sin voz para llamarle, sin alas para seguir su vuelo; la mosca debe buscar otra compañera, el gusano debe vivir y morir solo.

Tales eran algunas de mis reflexiones por aquel período. Podría seguir divagando más y más, podría ahondar mucho más, y desvelar otros pensamientos, plantear preguntas ante las que el lector podría quedar perplejo, y deducir argumentos que podrían sacudir sus prejuicios, o acaso suscitar su burla, porque no podría comprenderlos; pero me abstengo.

Así pues, volvamos ahora a la señorita Murray. Acompañó a su mamá al baile el martes; espléndidamente ataviada, por supuesto, y encantada con sus perspectivas y sus encantos. Como Ashby Park quedaba a casi dieciséis kilómetros de Horton Lodge, tuvieron que partir bastante temprano; y yo tenía intención de pasar la tarde con Nancy Brown, a quien hacía mucho que no veía; pero mi amable pupila se cuidó de que no la pasara ni allí ni en ningún otro sitio más allá de los límites del cuarto de estudio, al encomendarme una pieza de música que copiar, lo cual me tuvo enteramente absorbida hasta la hora de acostarme. A la mañana siguiente, hacia las once, en cuanto abandonó su habitación, vino a contarme sus noticias. Sir Thomas le había propuesto matrimonio en el baile, en efecto; un acontecimiento que redundaba en gran crédito en favor de la sagacidad de su mamá, si no en favor de su habilidad en los manejos. Más bien me inclino a creer que primero había trazado sus planes y luego predicho su éxito. La oferta había sido aceptada, por supuesto, y el prometido vendría aquel día para arreglar las cuestiones con el señor Murray.

Rosalie estaba complacida con la idea de convertirse en señora de Ashby Park; estaba exultante ante la perspectiva de la ceremonia nupcial y su consiguiente esplendor y éclat, la luna de miel en el extranjero, y las diversiones posteriores que esperaba disfrutar en Londres y en otros lugares; también parecía bastante satisfecha, por el momento, con el propio Sir Thomas, porque acababa de verle, había bailado con él y había sido adulada por él; pero, a pesar de todo, parecía retroceder ante la idea de unirse tan pronto: deseaba que la ceremonia se aplazase algunos meses, al menos; y yo también lo deseaba. Parecía una cosa horrible apresurar una unión tan poco auspiciosa, y no dar a la pobre criatura tiempo para pensar

y reflexionar sobre el paso irrevocable que estaba a punto de dar. No pretendía tener «los desvelos ansiosos de una madre», pero me asombraba y horrorizaba la falta de corazón de la señora Murray, o su falta de preocupación por el verdadero bien de su hija; y con mis advertencias y exhortaciones, desoídas, me esforzaba en vano por remediar el mal. La señorita Murray solo se reía de cuanto yo decía; y pronto comprendí que su renuencia a una unión inmediata procedía principalmente del deseo de causar todo el estrago que pudiera entre los jóvenes caballeros de su conocimiento, antes de verse incapacitada para seguir causando daño de ese tipo. Por esta causa, antes de confiarme el secreto de su compromiso, me había arrancado una promesa de que no mencionaría ni una sola palabra del asunto a nadie. Y cuando vi esto, y cuando la vi hundirse más temerariamente que nunca en las profundidades de la coquetería más desalmada, ya no sentí más lástima por ella. «Que venga lo que tenga que venir», pensé, «se lo merece. Sir Thomas no puede ser demasiado malo para ella; y cuanto antes quede incapacitada de engañar y perjudicar a los demás, mejor.»

La boda quedó fijada para el primero de junio. Entre esa fecha y el fatídico baile no había sino poco más de seis semanas; pero, con la consumada habilidad y la resuelta tenacidad de Rosalie, mucho podía hacerse incluso en ese período; especialmente porque Sir Thomas pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, adonde había subido, según se decía, para arreglar asuntos con su abogado y hacer otros preparativos para las inminentes nupcias. Procuró suplir su ausencia con una lluvia bastante constante de billets-doux; pero estos no llamaban la atención de los vecinos ni les abrían los ojos como habrían hecho las visitas en persona; y el altivo y hosco espíritu de reserva de la anciana Lady Ashby le impedía propagar la noticia, mientras que su salud delicada le impedía ir a visitar a su futura nuera; de modo que, en conjunto, este asunto se mantuvo en un secreto muy superior al que tales cosas suelen guardar.

Rosalie me mostraba a veces las epístolas de su amante, para convencerme de qué esposo tan atento y devoto haría. Me mostraba también las cartas de otro individuo, el desafortunado señor Green,

que no tenía el valor, o, como ella lo expresaba, el «agallas», de defender su causa en persona, pero a quien una sola negativa no satisfacía: debía escribir una y otra vez. No lo habría hecho si hubiera podido ver las muecas que su bella ídolo hacía ante sus conmovedoras apelaciones a sus sentimientos, y oír su risa desdeñosa, y los epítetos oprobiosos que le lanzaba por su perseverancia.

—¿Por qué no le dices de una vez que estás comprometida? —le pregunté.

—Ah, no quiero que lo sepa —respondió ella—. Si lo supiese, lo sabrían sus hermanas y todo el mundo, y entonces se acabaría mi... ¡iejem! Y, además, si se lo dijera, pensaría que mi compromiso es el único obstáculo, y que yo le aceptaría si estuviese libre; lo cual no podría soportar que ningún hombre pensase, y él, de entre todos, el menos. Además, me dan igual sus cartas —añadió con desdén—; puede escribir cuantas veces quiera, y poner cara de ternero tanto como le plazca cuando me encuentre; no me produce sino diversión.

Entretanto, el joven Meltham era bastante asiduo en sus visitas a la casa o en sus pasadas por delante de ella; y, a juzgar por las imprecaciones y los reproches de Matilda, su hermana le prestaba más atención de la que la cortesía requería; es decir, mantenía un coqueteo tan animado como la presencia de sus padres permitía. Hizo algunos intentos de traer al señor Hatfield de nuevo a sus pies; pero al comprobar que no lo lograba, le pagó su altivo desdén con un desprecio aún más elevado, y hablaba de él con tanto desdén y detestación como antes lo había hecho de su coadjutor. Pero, en medio de todo esto, nunca perdió de vista ni un momento al señor Weston. Aprovechaba toda oportunidad de encontrarse con él, ensayaba cuantas artes tenía para fascinarle, y le perseguía con tanta perseverancia como si en verdad le amara a él y a ningún otro, y la felicidad de su vida dependiera de arrancarle una correspondencia de afecto. Semejante conducta estaba completamente fuera de mi comprensión. Si la hubiera visto descrita en una novela, habría pensado que era inverosímil; si la hubiera oído

referir por otros, la habría juzgado un error o una exageración; pero cuando la vi con mis propios ojos, y también sufrí por ella, solo pude concluir que la vanidad excesiva, al igual que la embriaguez, endurece el corazón, esclaviza las facultades y pervierte los sentimientos; y que los perros no son las únicas criaturas que, estando ahítas hasta el cuello, siguen recreándose en lo que no pueden devorar, y regatean el más mínimo bocado a un hermano famélico.

Entonces empezó a mostrarse extremadamente benefactora con los pobres aldeanos. Sus relaciones con ellos se extendieron más ampliamente, sus visitas a sus humildes moradas se hicieron más frecuentes y excursivas que nunca antes habían sido. Con ello se ganó entre ellos la reputación de una joven señorita condescendiente y muy caritativa; y sus encomios estaban seguros de llegar a oídos del señor Weston, quien además tenía así la oportunidad diaria de encontrarla en una u otra de sus viviendas, o en sus tránsitos de ida y vuelta; y a menudo también podía ella recabar, a través de sus murmuraciones, adónde era probable que él se dirigiese a tal o cual hora, ya fuera a bautizar a un niño, o a visitar a los ancianos, a los enfermos, a los tristes o a los moribundos; y con gran habilidad trazaba sus planes en consecuencia. En estas excursiones iba a veces con su hermana, a quien por algún medio había persuadido o sobornado para que entrase en sus maquinaciones; a veces sola, nunca ya conmigo; de modo que yo quedaba privada del placer de ver al señor Weston o de oír su voz, aunque fuera conversando con otra persona: lo cual ciertamente habría sido un placer muy grande, por muy perjudicial o por muy preñado de dolor que resultase. Ni siquiera podía verle en la iglesia; pues la señorita Murray, con algún pretexto baladí, eligió apoderarse de aquel rincón del banco familiar que había sido el mío desde que llegué; y, a no ser que tuviese la presunción de situarme entre el señor y la señora Murray, debía sentarme de espaldas al púlpito, lo cual hice en consecuencia.

Entonces, tampoco volvía ya a casa acompañando a mis pupilas: decían que su mamá opinaba que no quedaba bien ver a tres

personas de la familia caminando, con solo dos yendo en el coche; y, como preferían con mucho caminar cuando hacía buen tiempo, yo tendría el honor de ir con las mayores. «Y además», decían, «no puede usted caminar tan deprisa como nosotras; ya sabe que siempre se queda rezagada». Sabía que eran excusas falsas, pero no formulé objeción alguna, y nunca contradije tales afirmaciones, conociendo bien los motivos que las dictaban. Y por las tardes, durante esas seis memorables semanas, no fui nunca a la iglesia. Si tenía un resfriado, o cualquier pequeña indisposición, se aprovechaban de ello para hacerme quedar en casa; y a menudo me decían que ellas tampoco iban a ir esa tarde, y luego fingían cambiar de idea y partían sin avisarme: gestionando su salida de tal modo que yo nunca me enteraba del cambio de propósito hasta que era demasiado tarde. Al volver a casa, en una de esas ocasiones, me entretenían con un animado relato de la conversación que habían mantenido con el señor Weston mientras venían. «Y preguntó si estaba usted enferma, señorita Grey», dijo Matilda; «pero le dijimos que estaba usted perfectamente bien, solo que no quería venir a la iglesia, así que pensará que se ha vuelto usted mala».

Todas las posibles coincidencias entre semana se prevenían igualmente con sumo cuidado; pues, por si acaso iba yo a ver a la pobre Nancy Brown o a cualquier otra persona, la señorita Murray se cuidaba bien de proporcionar ocupación suficiente a todas mis horas libres. Siempre había algún dibujo que terminar, alguna música que copiar, o alguna labor que hacer, suficiente para incapacitarme de entregarse a cualquier otra cosa más allá de un breve paseo por los jardines, por ocupada que ella o su hermana pudiesen estar.

Una mañana, tras haber acechado y salido al paso del señor Weston, regresaron muy alborozadas para contarme su encuentro. «Y preguntó por usted», dijo Matilda, haciendo caso omiso de la callada pero imperiosa indicación de su hermana para que callase. «Se preguntaba por qué nunca iba usted con nosotras, y pensaba que debía de tener una salud delicada, puesto que salía tan poco.»

—No es cierto, Matilda... ¡qué tonterías estás diciendo!

—¡Pero, Rosalie, qué mentira! Lo hizo, ya lo sabes; y tú dijiste... ¡Ay, Rosalie, basta! ¡Maldita sea! ¡No me pellizques así! Y, señorita Grey, Rosalie le dijo que estaba usted perfectamente bien, pero que siempre estaba tan enfrascada en sus libros que no tenía placer en nada más.

«¡Qué idea debe de haberse formado de mí!», pensé.

—¿Y la vieja Nancy pregunta alguna vez por mí? —inquirí.

—Sí; y le decimos que es usted tan aficionada a la lectura y al dibujo que no puede hacer ninguna otra cosa.

—Pero eso no es cierto; si le hubierais dicho que estaba tan ocupada que no podía ir a verla, habría estado más cerca de la verdad.

—No creo que lo hubiese estado —respondió la señorita Murray, encendiéndose de repente—; estoy segura de que tiene usted tiempo más que de sobra para sí misma ahora, cuando tiene tan pocas clases que dar.

No tenía sentido empezar a disputar con unas criaturas tan consentidas e irrazonables; así que guardé silencio. Estaba acostumbrada ya a callar cuando llegaban a mis oídos cosas que me desagradaban; y también ahora estaba habituada a mostrar un semblante plácido y sonriente cuando el corazón me amargaba por dentro. Solo quienes hayan sentido algo semejante pueden imaginarse mis sentimientos, cuando me sentaba con una apariencia de indiferente sonrisa, escuchando los relatos de esos encuentros y entrevistas con el señor Weston que ellas parecían hallar tanto placer en describirme; y oyendo afirmar de él cosas que, por el carácter del hombre, yo sabía que eran exageraciones y tergiversaciones de la verdad, si no falsedades por entero, cosas denigratorias para él y halagadoras para ellas, especialmente para la señorita Murray, que yo ardía en deseos de contradecir, o al menos de mostrar mis dudas al respecto, pero no me atrevía; pues, al expresar mi incredulidad, revelaría demasiado mi interés. Otras cosas oí que sentía o temía que eran efectivamente demasiado

ciertas: pero debía seguir ocultando mi inquietud por él, mi indignación contra ellas, bajo una apariencia despreocupada; otras más, meros indicios de algo dicho o hecho, de las que anhelaba saber más, pero no podía aventurarme a preguntar. Así transcurría el tiempo agotador. Ni siquiera podía consolarme diciéndome: «Pronto se casará; y entonces habrá tal vez esperanza».

Poco después de su boda llegarían las vacaciones; y cuando volviese de casa, lo más probable era que el señor Weston se hubiera ido, pues me habían dicho que él y el rector no se llevaban bien (por culpa del rector, por supuesto), y que estaba a punto de trasladarse a otro lugar.

No..., aparte de mi esperanza en Dios, mi único consuelo consistía en pensar que, aunque él no lo supiera, yo era más digna de su amor que Rosalie Murray, por atractiva e irresistible que fuese; pues yo podía apreciar su excelencia, cosa que ella no podía: yo consagraría mi vida a fomentar su felicidad; ella destruiría su felicidad para satisfacción momentánea de su propia vanidad. «¡Oh, si él pudiera conocer la diferencia!», exclamaba yo con fervor. «¡Pero no! No querría que viese mi corazón: sin embargo, si pudiera conocer la vacuidad de ella, su inútil y desalmada frivolidad, estaría entonces a salvo, y yo sería... *casi* feliz, aunque nunca le volviera a ver!»

Temo que, a estas alturas, el lector esté harto de la necedad y la debilidad que tan libremente he expuesto ante él. Nunca las revelé entonces, y no lo habría hecho aunque mi propia hermana o mi madre hubiesen estado conmigo en la casa. Era una disimuladora discreta y resuelta, en este único caso al menos. Mis oraciones, mis lágrimas, mis deseos, temores y lamentaciones, no tuvieron más testigos que yo misma y el cielo.

Cuando nos acosan las penas o las inquietudes, o cuando algún sentimiento poderoso nos oprime largo tiempo, sentimientos que debemos guardar para nosotras solas, por los que no podemos obtener ni buscar ninguna simpatía de ningún ser viviente, y que, sin embargo, no podemos o no queremos ahogar del todo, con

frecuencia buscamos alivio de manera natural en la poesía, y a menudo también lo encontramos; ya sea en las efusiones de otros, que parecen armonizar con nuestra situación presente, ya en nuestros propios intentos de dar expresión a esos pensamientos y sentimientos en versos tal vez menos musicales, pero más apropiados y, por tanto, más penetrantes y sentidos, y, de momento, más consoladores, o más capaces de remover y aligerar el corazón oprimido y henchido. Antes de este momento, en Wellwood House y aquí, cuando sufría de melancolía por la añoranza del hogar, había buscado alivio dos o tres veces en esta secreta fuente de consuelo; y ahora acudí de nuevo a ella, con mayor avidez que nunca, porque me parecía necesitarla más. Conservo todavía esas reliquias de pasados sufrimientos y experiencias, como columnas de testimonio erigidas al atravesar el valle de la vida, para señalar determinados sucesos. Las huellas han quedado borradas; el aspecto del país puede haber cambiado; pero la columna sigue en pie, para recordarme cómo eran todas las cosas cuando fue levantada. Por si acaso el lector siente curiosidad por ver alguna de esas efusiones, le obsequiaré con una breve muestra: frías y lánguidas como puedan parecer las líneas, fue casi un arrebató de dolor lo que les dio origen:

¡Oh, me han robado la esperanza que mi espíritu atesoró con tanto amor; no me dejarán escuchar aquella voz que tanto deleita a mi alma.

No me dejarán ver aquel rostro en cuya contemplación tanto me recreo; y me han arrebatado todas tus sonrisas y todo tu amor.

Pues bien, que se apoderen de todo cuanto puedan; aún me queda un tesoro: un corazón que ama pensar en ti y siente el valor del tuyo.

Sí, eso al menos no podían arrebatármelo: podía pensar en él día y noche; y podía sentir que era digno de ser pensado. Nadie le conocía como yo; nadie podía apreciarle como yo; nadie podía amarle como yo..., podría, si me fuera dado: mas ahí estaba el mal. ¿Qué derecho tenía yo a pensar tanto en alguien que nunca pensaba

en mí? ¿No era una necesidad? ¿No era una falta? Sin embargo, si hallaba tan profundo deleite en pensar en él, y si guardaba esos pensamientos para mí sola, sin molestar a nadie con ellos, ¿cuál era el daño?, me preguntaba yo. Y semejante razonamiento me impedía hacer ningún esfuerzo suficiente para sacudirme las cadenas.

Pero si esos pensamientos traían deleite, era también un placer doloroso y turbado, demasiado próximo a la angustia; y uno que me hacía más daño del que yo era consciente. Era una indulgencia que una persona de más sabiduría o más experiencia sin duda se habría negado a sí misma. Y, sin embargo, qué desolador apartar los ojos de la contemplación de aquel objeto brillante y obligarlos a posarse en el paisaje gris, apagado y yermo que me rodeaba: el sendero sin alegría, sin esperanza, solitario que se abría ante mí. Era un error ser tan desanimada, tan abatida; debería haber hecho de Dios mi amigo, y haber convertido en el placer y el quehacer de mi vida el cumplir Su voluntad; pero la fe era débil, y la pasión demasiado fuerte.

En este tiempo de tribulación, tenía otras dos causas de aflicción. La primera puede parecer una nadería, pero me costó muchas lágrimas: Snap, mi pequeño compañero silencioso, de tosco pelaje pero brillantes ojos y cálido corazón, lo único que me amaba, me fue arrebatado y entregado a la tierna merced del cazador de ratas del pueblo, un hombre notorio por su brutal trato hacia sus esclavos caninos. La otra era bastante más seria; las cartas que llegaban de casa dejaban entrever que la salud de mi padre estaba empeorando. No se expresaban presagios sombríos, pero yo me había vuelto tímida y abatida, y no podía evitar temer que alguna terrible calamidad nos aguardaba allí. Creía ver los nubarrones agolpándose sobre mis colinas natales, y oír el amenazante murmullo de una tormenta que estaba a punto de desencadenarse y asolar nuestro hogar.

CAPÍTULO XVIII

REGOCIJO Y DUELO

Por fin llegó el primero de junio: y Rosalie Murray quedó transmutada en Lady Ashby. Espléndidamente hermosa lucía con su traje de novia. Al regresar de la iglesia, terminada la ceremonia, entró a toda prisa en el cuarto de estudio, encendida de emoción y riendo, mitad de júbilo, mitad de desesperación temeraria, según me pareció.

—¡Ahora soy Lady Ashby, señorita Grey! —exclamó—. Ya está hecho; mi suerte está sellada: no hay vuelta atrás. He venido a recibir su enhorabuena y a despedirme de usted; luego me voy a París, Roma, Nápoles, Suiza, Londres... ¡Dios mío, cuánto voy a ver y a oír antes de volver! Pero no me olvide usted: yo no la olvidaré, aunque haya sido una chica traviesa. Vamos, ¿por qué no me da la enhorabuena?

—No puedo dársela —respondí—, hasta saber si este cambio es realmente para mejor; pero de todo corazón lo espero, y le deseo verdadera felicidad y las mejores bendiciones.

—Bueno, adiós; el carruaje espera y me están llamando.

Me dio un beso apresurado y echó a correr; pero de pronto se volvió, me abrazó con más afecto del que yo la habría creído capaz de mostrar, y se marchó con lágrimas en los ojos. ¡Pobrecilla! En aquel momento la quise de verdad, y de todo corazón le perdoné

todo el daño que me había hecho —y también a otros—: estaba segura de que no había llegado a comprenderlo del todo, y rogué a Dios que también Él la perdonase.

Durante el resto de aquel día de triste festividad me quedé entregada a mis propios recursos. Demasiado alterada para ninguna ocupación sosegada, deambulé con un libro en la mano durante varias horas, más pensando que leyendo, pues tenía muchas cosas en que pensar. Al anochecer, aproveché mi libertad para ir a ver una vez más a mi vieja amiga Nancy; para disculparme por mi larga ausencia —que debía de haberle parecido tan descuidada y tan fría— contándole cuán ocupada había estado; y para charlar con ella, leerle algo o hacerle alguna labor, lo que más le agradase, y también, claro está, para darle la noticia de aquel día tan señalado: y acaso para obtener a mi vez un poco de información sobre la esperada partida del señor Weston. Pero ella parecía no saber nada al respecto, y yo esperé, como ella, que todo fuera un rumor infundado. Se alegró mucho de verme; aunque, afortunadamente, sus ojos estaban ya tan mejorados que casi no necesitaba mis servicios. El enlace le interesó vivamente; pero mientras yo la entretenía con los pormenores de la festividad, los esplendores del cortejo nupcial y de la propia novia, ella suspiraba y meneaba la cabeza a menudo, y deseaba que de todo ello saliese algo bueno; parecía, como yo, ver en ello antes motivo de pesar que de alegría. Me quedé largo rato conversando con ella sobre aquello y otras cosas; pero no vino nadie.

¿He de confesar que a veces dirigí la mirada hacia la puerta con un deseo a medias esperanzado de verla abrirse y dar paso al señor Weston, como había ocurrido una vez, y que, al regresar por senderos y campos, me detuve a menudo a mirar a mi alrededor y caminé más despacio de lo que era necesario —pues, aunque la tarde era hermosa, no hacía calor— y que, finalmente, al llegar a la casa sin haber encontrado ni vislumbrado de lejos a nadie, salvo a unos pocos jornaleros que volvían del trabajo, sentí una especie de vacío y de decepción?

Sin embargo, el domingo se acercaba: lo vería entonces; pues ahora que la señorita Murray se había ido, podría recuperar mi antiguo rincón. Lo vería, y por su mirada, sus palabras y sus maneras podría juzgar si la boda de ella le había afectado mucho. Por fortuna, no pude percibir ni la sombra de una diferencia: tenía el mismo aspecto que dos meses atrás —voz, mirada, actitud, todo igualmente inalterado—; había en su discurso la misma lucidez perspicaz y sin nubarrones, en su estilo la misma vigorosa claridad, en todo cuanto decía y hacía la misma sencillez fervorosa que se impone, no tanto a los ojos y a los oídos, como al corazón de quienes le escuchan.

Regresé a casa con la señorita Matilda; pero *él no se unió a nosotras*. Matilda se encontraba entonces en un deplorable apuro por falta de entretenimiento, y de manera lastimosa necesitaba compañía: sus hermanos en el colegio, su hermana casada y fuera de casa, ella demasiado joven para ser admitida en sociedad; sociedad para la que, siguiendo el ejemplo de Rosalie, empezaba a adquirir en alguna medida cierta inclinación —al menos por la compañía de determinada clase de caballeros—; en esta monótona época del año —sin cacerías, sin escopeta siquiera—, pues aunque ella no pudiera participar en eso, era *algo* ver salir a su padre o al guarda con los perros, y hablar con ellos a su regreso sobre las distintas piezas que habían cobrado. Ahora también se le negaba el consuelo que le habrían brindado la compañía del cochero, los mozos de cuadra, los caballos, los galgos y los perros de muestra; pues su madre, que a pesar de los inconvenientes de la vida en el campo había colocado tan satisfactoriamente a su hija mayor, el orgullo de su corazón, había comenzado a volver seriamente la atención hacia la menor; y, alarmada de verdad por la tosquedad de sus modales, y convencida de que ya era hora de obrar una reforma, se había resuelto por fin a ejercer su autoridad, prohibiendo por completo los corrales, las cuadras, las perreras y la cochera. Es natural que no se la obedeciera a ciegas; pero, por muy indulgente que hubiera sido hasta entonces, una vez despertado su espíritu, su temperamento no era tan apacible como exigía en sus institutrices, y

su voluntad no podía ser contrariada impunemente. Tras muchas escenas de enfrentamiento entre madre e hija, muchos violentos arrebatos que me avergonzaba presenciar, en los que la autoridad del padre era a menudo invocada para confirmar con juramentos y amenazas las prohibiciones desatendidas de la madre —pues incluso él podía ver que «Tilly, aunque habría sido un muchacho estupendo, no era del todo lo que debía ser una señorita»—, Matilda comprendió al fin que lo más cómodo era mantenerse alejada de los terrenos vedados, a menos que pudiera escabullirse de vez en cuando sin que su vigilante madre lo advirtiese.

En medio de todo esto, que nadie se imagine que yo salí bien librada sin recibir muchas reprimendas y muchas censuras implícitas, que no perdían nada de su aguijón por no estar abiertamente formuladas; antes bien, herían más hondo porque, precisamente por eso, parecían excluir cualquier defensa. Con frecuencia se me decía que entretuviese a la señorita Matilda con otras cosas y que le recordase los preceptos y prohibiciones de su madre. Lo hacía en la medida de mis fuerzas: pero ella no quería distraerse contra su voluntad, ni podía hacerlo contra su gusto; y aunque iba más allá de los simples recordatorios, las suaves amonestaciones que me era posible hacer resultaban del todo ineficaces.

—*iQuerida* señorita Grey! Es lo más *extraño* del mundo. Supongo que usted no puede evitarlo si no está en su naturaleza; pero me *asombra* que no sepa ganarse la confianza de esa chica y hacer que su compañía le resulte al menos tan agradable como la de Robert o la de Joseph.

—Ellos pueden hablar mejor de las cosas que más le interesan —respondí.

—iPues vaya confesión tan *singular* para venir de su *institutriz*! Me pregunto quién ha de formar el gusto de una señorita si no lo hace la institutriz. He conocido institutrices que se han identificado tan plenamente con la reputación de sus alumnas en punto a elegancia y corrección de mente y modales, que habrían enrojecido de pronunciar una sola palabra en su contra; y oír la más leve censura

dirigida a sus pupilas les resultaba peor que ser reprendidas ellas mismas; y la verdad es que me parece muy natural, por mi parte.

—¿De veras, señora?

—Sí, desde luego: la pericia y la elegancia de la señorita importan más para la institutriz que las propias, como también para el mundo. Si desea prosperar en su vocación, debe consagrar todas sus energías a su trabajo; todos sus pensamientos y toda su ambición han de tender al logro de ese único fin. Cuando queremos juzgar los méritos de una institutriz, nos fijamos naturalmente en las señoritas que dice haber educado, y juzgamos en consecuencia. La institutriz *juiciosa* lo sabe: sabe que, aunque ella misma viva en la oscuridad, las virtudes y los defectos de sus alumnas estarán a la vista de todos; y que, a menos que se olvide de sí misma en aras de su formación, no puede esperar el éxito. Ya ve usted, señorita Grey, que es exactamente igual que cualquier otro oficio o profesión: quien desea prosperar debe entregarse en cuerpo y alma a su labor; y si empieza a ceder a la indolencia o a la complacencia consigo misma, los competidores más sensatos la dejan atrás en seguida: hay poca diferencia entre una persona que arruina a sus pupilas por negligencia y otra que las corrompe con su ejemplo. Perdóneme que le dé estas pequeñas advertencias: sabe usted que es todo por su propio bien. Muchas señoras le hablarían con mucha más dureza; y muchas ni siquiera se tomarían la molestia de hablarle, sino que buscarían tranquilamente una sustituta. Eso, por supuesto, sería la solución *más* sencilla; pero conozco las ventajas que para una persona en la situación de usted tiene un puesto como este, y no tengo ningún deseo de prescindir de sus servicios, pues estoy segura de que lo haría muy bien si se dignara reflexionar sobre estas cosas y procurase esforzarse un *poco* más; entonces estoy convencida de que *pronto* adquiriría ese delicado tacto que es lo único que le falta para ejercer una influencia adecuada sobre el espíritu de su pupila.

Estaba a punto de hacer comprender a la señora cuán falaces eran sus expectativas, pero ella se alejó majestuosa en cuanto terminó su

discurso. Habiendo dicho lo que quería decir, no entraba en sus planes aguardar mi respuesta: mi obligación era escuchar, no hablar.

Sin embargo, como ya he dicho, Matilda cedió al fin en cierta medida a la autoridad de su madre (lástima que no se hubiese ejercido antes); y al verse privada de casi todos sus entretenimientos, no quedaba sino salir a largas cabalgatas con el mozo de cuadra y a largas caminatas con la institutriz, y visitar las cabañas y las granjas de la finca de su padre, para matar el tiempo charlando con los viejos que las habitaban. En uno de estos paseos nos encontramos con el señor Weston. Era lo que yo había deseado durante tanto tiempo; pero en aquel momento deseé por un instante que él o yo no estuviésemos allí: sentí que el corazón me latía con tal violencia que temí que apareciesen muestras externas de mi emoción; pero creo que él apenas me miró, y pronto me serenicé lo bastante. Tras un breve saludo a las dos, preguntó a Matilda si había tenido noticias recientes de su hermana.

—Sí —respondió ella—. Nos escribió desde París, y estaba muy bien y muy feliz.

Pronunció la última palabra con énfasis, con una mirada de impertinente malicia. Él no pareció advertirlo, sino que respondió con igual énfasis y con toda seriedad:

—Espero que siga siéndolo.

—¿Le parece probable? —me atreví a preguntar, pues Matilda había salido corriendo tras su perro, que perseguía a una liebre joven.

—No lo sé —respondió él—. Sir Thomas puede ser mejor persona de lo que yo supongo; pero, por todo lo que he oído y visto, parece una lástima que alguien tan joven, tan alegre y... e interesante, para expresar muchas cosas con una sola palabra —alguien cuyo defecto mayor, si no el único, parece ser la irreflexión —falta nada desdeñable, sin duda, pues expone a quien la padece a casi todos los demás vicios y a tantas tentaciones—, parece una lástima que

haya sido entregada a un hombre así. Fue deseo de su madre, supongo.

—Sí; y de ella también, creo, pues siempre se reía de mis intentos de disuadirla de ese paso.

—¿Que usted lo intentó? En ese caso, tendrá al menos la satisfacción de saber que no es culpa suya si algo malo resulta de ello. En cuanto a la señora Murray, no sé cómo puede justificar su conducta: si la conociese lo bastante, se lo preguntaría.

—Parece algo antinatural; pero hay quienes consideran la alcurnia y la riqueza el bien supremo, y si pueden asegurárselos a sus hijos creen haber cumplido con su deber.

—Es cierto; pero ¿no resulta extraño que personas de experiencia, que ellas mismas han estado casadas, juzguen tan equivocadamente?

Matilda regresó entonces jadeando, con el cuerpo destrozado de la liebre en la mano.

—¿Era su intención matar esa liebre o salvarla, señorita Murray?
—preguntó el señor Weston, visiblemente desconcertado ante su semblante regocijado.

—Fingía querer salvarla —respondió ella, con bastante sinceridad—, pues estaba tan claramente fuera de temporada; pero me alegró más verla despachada. De todas formas, los dos pueden atestiguar que no pude evitarlo: Prince estaba empeñado en atraparla; la agarró por el lomo y la mató en un instante. ¿No fue una caza magnífica?

—¡Magnífica, sí! Para una señorita en pos de una liebre.

Había en el tono de su respuesta una callada ironía que no se le escapó a ella; se encogió de hombros y, volviéndose con un significativo «¡Hum!», me preguntó cómo había disfrutado yo del espectáculo. Respondí que no veía nada de qué disfrutar en el asunto, aunque admití que no había seguido el lance con mucha atención.

—¿No vio cómo se escurrió, igual que una liebre vieja? ¿Y no la oyó chillar?

—Me alegra decir que no.

—Gritó igual que un niño.

—¡Pobrecilla! ¿Qué va a hacer usted con ella?

—Vamos, la dejaré en la primera casa que encontremos. No quiero llevarla a casa, no sea que papá me riña por haber dejado que el perro la matase.

El señor Weston se había ido ya, y nosotras seguimos también nuestro camino; pero al regresar, después de haber dejado la liebre en una granja y de haber dado buena cuenta de una torta de especias y un vino de grosellas, nos lo encontramos volviendo también de la realización de su encargo, fuera este el que fuese. Llevaba en la mano un ramillete de hermosas campanillas azules, que me ofreció; observando con una sonrisa que, aunque hacía dos meses que me veía muy poco, no había olvidado que las campanillas figuraban entre mis flores preferidas. Lo hizo como un sencillo gesto de buena voluntad, sin cumplidos ni cortesía extraordinaria, ni con ninguna mirada que pudiera interpretarse como «reverente adoración tierna» (véase Rosalie Murray); pero aun así, era algo que mi insignificante observación hubiese quedado tan bien recordada: era algo que él hubiese notado con tanta exactitud el tiempo que yo llevaba sin aparecer.

—Me dijeron —dijo él— que era usted una auténtica ratón de biblioteca, señorita Grey: tan absorbida en sus estudios que había perdido todo lo demás.

—¡Sí, y es del todo cierto! —exclamó Matilda.

—No, señor Weston: no lo crea; es una calumnia escandalosa. Estas jóvenes tienen demasiada afición a lanzar afirmaciones al azar a costa de sus amigos, y debería usted tener cuidado de creerlas.

—Espero que *esta* afirmación sea, en todo caso, infundada.

—¿Por qué? ¿Tiene usted alguna objeción especial a que las señoras estudien?

—No; pero me opongo a que nadie se consagre de tal modo al estudio que pierda de vista todo lo demás. Salvo en circunstancias especiales, el estudio muy intenso y constante me parece una pérdida de tiempo y un perjuicio tanto para la mente como para el cuerpo.

—Pues bien, yo no tengo ni el tiempo ni la inclinación para semejantes excesos.

Nos separamos de nuevo.

¡Pues bien! ¿Qué hay de notable en todo esto? ¿Por qué lo he consignado? Porque, lector, fue bastante importante como para procurarme una tarde alegre, una noche de sueños placenteros y una mañana de risueñas esperanzas. Alegría de cascos ligeros, sueños necios, esperanzas infundadas, dirás; y no me atrevo a negarlo: sospechas en ese sentido me asaltaban con demasiada frecuencia en mi propio ánimo. Pero nuestros deseos son como la yesca: el pedernal y el eslabón de las circunstancias lanzan continuamente chispas que se apagan al instante, a menos que por azar caigan sobre la yesca de nuestros deseos; entonces prenden al momento, y en un instante se enciende la llama de la esperanza.

Mas ¡ay!, aquella misma mañana, mi vacilante llama de esperanza fue miserablemente apagada por una carta de mi madre, que hablaba tan seriamente de la creciente enfermedad de mi padre, que temí que hubiera escasas o ninguna posibilidad de que se recuperase; y, por muy próximas que estuviesen las vacaciones, casi temblé de miedo ante la posibilidad de que llegasen demasiado tarde para que yo pudiera verle con vida. Dos días después, una carta de Mary me decía que se había perdido toda esperanza de salvarle, y que su fin parecía inminente. Entonces pedí de inmediato permiso para adelantar las vacaciones y marcharme sin dilación. La señora Murray se mostró sorprendida y desconcertada ante la inusitada energía y firmeza con que insté la petición, y consideró

que no había motivo para precipitarse; pero al fin me lo concedió, indicando, sin embargo, que «no había razón para angustiarse tanto —podría resultar una falsa alarma, al fin y al cabo; y si no lo era, bueno, era solo el curso natural de las cosas: todos tenemos que morir algún día, y no debía creerme la única persona afligida del mundo»; y concluyó diciendo que podía disponer del faetón para que me llevase a O—. «Y en lugar de *lamentarse*, señorita Grey, sea usted agradecida por los *privilegios* de que disfruta. Hay muchos pobres clérigos cuyas familias se verían sumidas en la ruina por la muerte del cabeza de familia; pero usted, en cambio, tiene amigos influyentes dispuestos a continuar su protección y a mostrarle toda consideración.»

La agradecí su «consideración» y corrí a mi habitación a hacer a toda prisa los preparativos para mi partida. Con el sombrero y el chal puestos y unas pocas cosas metidas precipitadamente en mi baúl más grande, bajé. Pero podría haberlo hecho con más calma, pues nadie más tenía prisa; y aún tuve que esperar un tiempo considerable a que llegase el faetón. Por fin se presentó a la puerta, y salí: pero ¡ay, qué viaje tan sombrío fue aquel! ¡Cuán absolutamente diferente de mis anteriores regresos a casa! Al llegar demasiado tarde para coger el último coche de caballos a —, tuve que alquilar un coche de punto para recorrer dieciséis kilómetros, y luego un carro que me llevase por las escarpadas colinas.

Eran las diez y media cuando llegué a casa. No estaban acostadas.

Mi madre y mi hermana salieron a recibirme en el pasillo —tristes, silenciosas, pálidas—. Estaba tan consternada y aterrada que no pude hablar para pedir la información que tanto ansiaba y tanto temía conocer.

—¡Agnes! —dijo mi madre, luchando por contener una emoción poderosa.

—¡Oh, Agnes! —exclamó Mary, y rompió a llorar.

—¿Cómo está él? —pregunté, sin aliento.

—¡Ha muerto!

Era la respuesta que me había temido: pero el golpe no por eso fue menos tremendo.

CAPÍTULO XIX

LA CARTA

Los restos mortales de mi padre habían sido confiados a la tumba; y nosotras, con el semblante entristecido y los ropajes oscuros, nos demorábamos en torno a la frugal mesa del desayuno, meditando planes para nuestra vida futura. La fortaleza de espíritu de mi madre no había cedido ni siquiera ante esta aflicción: su ánimo, aunque quebrantado, no estaba roto. El deseo de Mary era que yo regresase a Horton Lodge, y que nuestra madre fuera a vivir con ella y con Mr. Richardson en la casa parroquial: afirmaba que él lo deseaba tanto como ella misma, y que tal disposición no podría sino beneficiar a todas las partes; pues la compañía y la experiencia de mi madre serían de un valor inestimable para ellos, y harían todo cuanto estuviera en su mano para hacerla feliz. Pero ni los argumentos ni las súplicas lograron imponerse: mi madre estaba resuelta a no ir. No porque cuestionara ni por un momento los bondadosos deseos e intenciones de su hija; sino porque afirmaba que mientras Dios le conservara la salud y las fuerzas, las emplearía para ganarse el sustento por sí misma, sin ser una carga para nadie; sintiéndose o no su dependencia como un gravamen. Si pudiese permitirse residir como huésped en la casa parroquial de —, elegiría aquella casa antes que cualquier otra como morada; pero al no estar en tales circunstancias, jamás cruzaría sus umbrales, salvo como visitante ocasional: a no ser que la enfermedad o la calamidad hiciesen

verdaderamente necesaria su ayuda, o hasta que la edad o la dolencia la incapacitaran para mantenerse.

—No, Mary —dijo ella—, si Richardson y tú tenéis algo de sobra, debéis guardarlo para vuestra familia; y Agnes y yo tenemos que recoger nuestra propia miel. Gracias a haber tenido hijas que educar, no he olvidado mis dotes. Dios mediante, pondré freno a este vano lamentarme —dijo, mientras las lágrimas se deslizaban unas tras otras por sus mejillas a pesar de sus esfuerzos; pero se las enjugó y, sacudiendo resueltamente la cabeza hacia atrás, continuó—: Me esforzaré, y buscaré una casa pequeña, bien situada en algún barrio populoso pero sano, donde acogeremos a unas cuantas señoritas para hospedarlas e instruirlas —si logramos encontrarlas— y a tantas alumnas externas como vengan, o como podamos llegar a enseñar. Los parientes y los viejos amigos de vuestro padre podrán enviarnos algunas alumnas, o ayudarnos con sus recomendaciones, sin duda: a los míos no pienso acudir. ¿Qué te parece, Agnes? ¿Estarás dispuesta a dejar tu situación actual y probarlo?

—Completamente dispuesta, mamá; y el dinero que he ahorrado bastará para amueblar la casa. Lo sacaré del banco de inmediato.

—Cuando haga falta: primero debemos conseguir la casa y resolver los preliminares.

Mary ofreció prestarnos lo poco que tenía; pero mi madre lo rechazó, diciendo que debíamos empezar con un plan austero; y confiaba en que la totalidad o parte de mis ahorros, sumados a lo que pudiéramos obtener con la venta de los muebles, y el poco que nuestro querido papá había logrado reservar para ella una vez pagadas las deudas, bastaría para sostenernos hasta la Navidad; momento en que era de esperar que algo produjera nuestro trabajo conjunto. Finalmente quedó acordado que ese sería nuestro plan; y que las indagaciones y los preparativos se iniciarían de inmediato; y mientras mi madre se ocupaba de todo ello, yo regresaría a Horton Lodge al término de mis cuatro semanas de vacaciones, y daría aviso de mi partida definitiva cuando las cosas estuvieran en marcha para el pronto inicio de nuestra escuela.

Estábamos comentando estos asuntos la mañana que he mencionado, unas dos semanas después de la muerte de mi padre, cuando llegó una carta para mi madre, a cuya vista el color acudió a su rostro —últimamente bastante pálido por las vigiliass inquietas y el dolor excesivo—. —¡De mi padre! —murmuró ella, mientras rasgaba apresuradamente el sobre. Hacía muchos años que no había tenido noticias de ninguno de sus propios parientes. Naturalmente curiosa por lo que la carta pudiera contener, observé su semblante mientras la leía, y me sorprendió un tanto ver cómo se mordía el labio y fruncía el ceño como si estuviese enojada. Cuando terminó, arrojó la carta sobre la mesa con cierta irreverencia y dijo con una sonrisa desdeñosa:

—Vuestro abuelo ha tenido la amabilidad de escribirme. Dice que no tiene la menor duda de que hace tiempo me he arrepentido de mi «desafortunado matrimonio», y que si me digno a reconocerlo, y a confesar que me equivoqué al desatender sus consejos, y que justamente he sufrido por ello, volverá a hacerme una dama —si es que eso es posible tras mi larga degradación— y nos recordará a sus nietas en su testamento. Tráeme el escritorio, Agnes, y retira estas cosas: responderé la carta ahora mismo. Pero antes, como es posible que os esté privando a las dos de una herencia, es justo que os diga lo que pienso decirle. Le diré que está equivocado al suponer que puedo lamentarme del nacimiento de mis hijas (que han sido el orgullo de mi vida, y que probablemente serán el consuelo de mi vejez), ni de los treinta años que he pasado en compañía de mi mejor y más querido amigo; que, de haber sido nuestras desgracias tres veces mayores de lo que fueron (a no ser que yo las hubiera provocado), me alegraría aún más de haberlas compartido con vuestro padre y de haberle prestado el consuelo que estaba en mi mano; y de haber sido diez veces mayores sus padecimientos en la enfermedad, no podría arrepentirme de haberle velado y trabajado por aliviarlos; que, de haberse casado con una mujer más rica, las desgracias y las pruebas habrían caído sobre él de todos modos; mientras que soy lo bastante egoísta para imaginar que ninguna otra mujer habría podido animarle a través de ellas tan bien como yo: no

porque sea superior a las demás, sino porque yo fui creada para él, y él para mí; y no puedo arrepentirme de las horas, los días, los años de felicidad que hemos vivido juntos, y que ninguno de los dos habría tenido sin el otro, más de lo que puedo arrepentirme del privilegio de haber sido su enfermera en la dolencia, y su consuelo en la aflicción.

—¿Os parece bien, hijas? ¿O debería decir que todas lamentamos profundamente lo ocurrido durante los últimos treinta años, y que mis hijas desearían no haber nacido; pero puesto que han tenido esa desgracia, estarán agradecidas por cualquier bagatela que su abuelo tenga a bien otorgarles?

Naturalmente, las dos aplaudimos la resolución de nuestra madre; Mary retiró el servicio del desayuno; yo traje el escritorio; la carta fue redactada y enviada con prontitud; y desde aquel día no supimos nada más de nuestro abuelo, hasta que vimos anunciada su muerte en el periódico bastante tiempo después — todos sus bienes mundanos, como era de esperar, dejados a nuestros ricos y desconocidos primos.

CAPÍTULO XX

LA DESPEDIDA

Se alquiló en A——, el concurrido balneario de moda, una casa para nuestro colegio; y se obtuvo la promesa de dos o tres alumnas para empezar. Regresé a Horton Lodge hacia mediados de julio, dejando a mi madre para que concluyera el trato por la casa, consiguiese más alumnas, vendiese los muebles de nuestra antigua morada y equipara la nueva.

Solemos compadecer a los pobres porque no tienen tiempo para llorar a sus seres queridos, y la necesidad les obliga a trabajar en medio de sus más profundas aflicciones; pero ¿no es la actividad el mejor remedio para el dolor que aplasta, el antídoto más seguro contra la desesperación? Puede ser un consuelo áspero: puede parecer cruel verse acuciado por las preocupaciones de la vida cuando no se tiene gusto alguno por sus placeres; verse empujado al trabajo cuando el corazón está a punto de romperse, y el espíritu atribulado solo implora descanso para llorar en silencio; pero ¿no es mejor el trabajo que el descanso que anhelamos? ¿Y no son esas pequeñas y torturantes preocupaciones menos dañinas que la cavilación continua sobre la gran aflicción que nos oprime? Además, no podemos tener preocupaciones, angustias y fatiga sin esperanza —aunque no sea más que la esperanza de cumplir nuestra ingrata tarea, de llevar a cabo algún proyecto necesario, o de librarnos de algún nuevo contratiempo—. En todo caso, me alegraba de que mi

madre tuviese tanto en que emplear cada una de las facultades de su naturaleza amante de la acción. Nuestros bondadosos vecinos lamentaban que ella, que antaño gozara de tanta riqueza y distinción social, se viera reducida a tal extremo en su hora de duelo; pero estoy convencida de que habría sufrido tres veces más de haber quedado en la opulencia, con libertad para permanecer en aquella casa, escenario de su felicidad temprana y de su reciente aflicción, y sin ninguna necesidad imperiosa que le impidiera cavilar y lamentarse sin cesar por su pérdida.

No me extenderé en los sentimientos con que abandoné la vieja casa, el jardín conocido, la pequeña iglesia del pueblo —entonces doblemente querida para mí, porque mi padre, que durante treinta años había enseñado y rezado entre sus muros, dormía ahora bajo sus losas— y las viejas colinas peladas, deliciosas en su propia desolación, con los valles estrechos entre ellas, que sonreían entre bosque verde y aguas centelleantes —la casa donde nací, el escenario de todas mis asociaciones de infancia, el lugar donde a lo largo de mi vida se habían centrado mis afectos terrenales—; ¡y los abandoné para no volver jamás! Ciertamente que regresaba a Horton Lodge, donde, entre muchos males, permanecía aún una fuente de placer; pero era un placer mezclado con un dolor excesivo; y mi estancia, ¡ay!, se limitaba a seis semanas. Y aun de ese precioso tiempo, día tras día pasaba sin que yo le viese: salvo en la iglesia, no le vi en toda una quincena después de mi regreso. Me pareció un tiempo muy largo; y como solía salir con mi inquieta alumna, naturalmente las esperanzas no dejaban de surgir, y los desencuentros se sucedían; y entonces me decía a mi propio corazón: «Aquí tienes una prueba concluyente —si tuvieras la sensatez de verla, o la franqueza de reconocerla— de que a él no le importas. Si pensara en ti *la mitad* de lo que tú piensas en él, habría hallado la manera de encontrarse contigo muchas veces antes de ahora: debes saberlo, consultando tus propios sentimientos. Por tanto, basta ya de tonterías: no tienes motivo alguno para la esperanza; destierra de una vez estos pensamientos dañinos y estos deseos necios de tu

mente, y vuelve a tu deber y a la vida gris y vacía que se extiende ante ti. Bien podrías haber sabido que esa felicidad no era para ti.»

Pero al fin le vi. Se presentó de improviso ante mí mientras cruzaba un campo al regresar de una visita a Nancy Brown, que había aprovechado para hacer mientras Matilda Murray montaba a su incomparable yegua. Debía de haber oído hablar de la grave pérdida que había sufrido: no expresó simpatía, no ofreció condolencia alguna; pero casi las primeras palabras que pronunció fueron: —¿Cómo está su madre? Y no era esta una pregunta de cortesía, pues nunca le había dicho que tenía madre: debió de haber sabido el hecho por otros, si es que lo sabía; y, además, había una sincera buena voluntad, y aun una simpatía honda, conmovedora y discreta en el tono y el modo de la pregunta. Le di las gracias con la debida cortesía, y le dije que estaba todo lo bien que cabía esperar. —¿Y qué hará ella? —fue la siguiente pregunta. Muchos la habrían considerado una impertinencia, y habrían dado una respuesta evasiva; pero semejante idea jamás se me pasó por la cabeza, y expuse de forma breve pero clara los planes y perspectivas de mi madre.

—Entonces se marchará usted de aquí pronto —dijo él.

—Sí, en un mes.

Se detuvo un momento, como si reflexionara. Cuando volvió a hablar, yo esperaba que fuera para expresar su pesar por mi marcha; pero solo dijo: —Supongo que usted estará bastante dispuesta a irse.

—Sí —respondí—, por algunas cosas.

—Solo por *algunas* cosas. Me pregunto qué podría hacerle lamentarlo.

Aquello me contrariaba en cierta medida, porque me ponía en un aprieto: no tenía más que un motivo para lamentarlo; y ese era un secreto profundo que a él no le correspondía inquietarme.

—¿Por qué —dije—, por qué habría de suponer usted que este lugar me desagradaba?

—Usted misma me lo dijo —fue la respuesta categórica—. Dijo, al menos, que no podía vivir con contento sin un amigo; y que aquí no tenía ninguno, ni posibilidad alguna de hacerse con él; y además, sé que este lugar *tiene que* desagradarle a usted.

—Pero si recuerda usted bien, dije, o quise decir, que no podía vivir con contento sin un amigo en el mundo: no era tan poco razonable como para exigir tener uno siempre cerca. Creo que podría ser feliz en una casa llena de enemigos, si —; pero no; esa frase no debía continuar —hice una pausa y añadí a toda prisa—: Y, además, no es fácil abandonar un lugar donde hemos vivido dos o tres años sin experimentar algún sentimiento de pesar.

—¿Lamentará usted separarse de la señorita Murray, su única alumna y compañera que le queda?

—Supongo que sí, en cierta medida: no fue sin pena como me despedí de su hermana.

—Me lo puedo imaginar.

—Pues la señorita Matilda es igual de buena, mejor en un aspecto.

—¿En cuál?

—Es honrada.

—¿Y la otra no lo es?

—No diría que es *deshonrada*; pero hay que reconocer que es un poco *artificiosa*.

—¿*Artificiosa*? —Vi que era frívola y vanidosa; y ahora —añadió, tras una pausa—, bien puedo creer que también era artificiosa; y hasta tal extremo, que adoptaba una apariencia de suma sencillez y candorosa franqueza. Sí —continuó pensativo—, eso explica algunas cosillas que me desconcertaron un tanto antes.

Tras esto, desvió la conversación hacia temas más generales. No se separó de mí hasta que nos aproximamos a las verjas del parque:

sin duda se había desviado un poco de su camino para acompañarme hasta allí, pues regresó sobre sus pasos y desapareció por Moss Lane, cuya entrada habíamos dejado atrás un rato antes. Desde luego, aquel hecho no me producía pesar alguno: si algún dolor tenía cabida en mi corazón, era que él se había ido al fin —que ya no caminaba a mi lado, y que aquel breve intervalo de deliciosa conversación había concluido—. No había pronunciado ni una sola palabra de amor, ni dejado caer la más leve insinuación de ternura o afecto, y sin embargo yo había sido sumamente feliz. Estar cerca de él, oírle hablar como hablaba, y sentir que me consideraba digna de que me hablara así —capaz de comprender y apreciar debidamente aquella conversación— era suficiente.

«Sí, Edward Weston, yo podría ser verdaderamente feliz en una casa llena de enemigos, si tuviera tan solo un amigo que me quisiera con sinceridad, con hondura y con fidelidad; y si ese amigo fuera usted —aunque estuviéramos muy lejos el uno del otro—, recibiéndonos noticias raramente, viéndonos aún con menos frecuencia —aunque el trabajo, la tribulación y el fastidio me rodearan—, con todo sería demasiada felicidad para que me atreviese a soñar con ella.» Pero ¿quién sabe —me dije a mí misma, mientras avanzaba por el parque—, quién sabe lo que este mes puede deparar? Llevo casi veintitrés años viviendo, y he sufrido mucho, y he gozado de muy poco placer todavía; ¿es probable que mi vida entera esté tan nublada? ¿No es posible que Dios escuche mis oraciones, disipe estas sombrías sombras, y me conceda aún algún rayo de la luz del cielo? ¿Me negará del todo esas bendiciones que tan libremente se otorgan a otros, que ni las piden ni las reconocen cuando las reciben? ¿No puedo seguir esperando y confiando? Sí que esperé y confié durante algún tiempo; pero ¡ay, ay! el tiempo fue menguando: una semana seguía a la otra, y, salvo un atisbo lejano y dos encuentros fugaces —durante los cuales apenas se dijo nada— mientras paseaba con la señorita Matilda, no le veía en ningún otro momento: salvo en la iglesia, naturalmente.

Y llegó el último domingo, y el último oficio. En más de una ocasión estuve a punto de deshacerme en lágrimas durante el

sermón —el último que escucharía de su boca: el mejor que escucharía de nadie, de eso estaba segura—. Terminó: los fieles se marchaban; y yo debía seguirles. Le había visto entonces, y oído su voz también, probablemente por última vez. En el cementerio, las dos señoritas Green se lanzaron sobre Matilda. Tenían muchas preguntas que hacerle sobre su hermana, y no sé qué más. Yo solo deseaba que acabaran, para que pudiéramos apresurarnos a regresar a Horton Lodge: anhelaba buscar el retiro de mi propia habitación, o algún rincón apartado de los jardines, para entregarme a mis sentimientos —para llorar mi último adiós, y lamentarme de mis vanas esperanzas y mis ilusiones engañosas—. Solo esta vez, y luego adiós para siempre a los sueños estériles: en lo sucesivo, solo la sobria, sólida y triste realidad debería ocupar mi mente. Pero mientras hacía este propósito, una voz queda junto a mí dijo: —Supongo que se irá usted esta semana, señorita Grey. —Sí —respondí. Me quedé muy sobresaltada; y de haber sido yo en absoluto propensa a los ataques de nervios, habría cometido alguna tontería en aquel momento, sin duda. Gracias a Dios, no lo era.

—Bien —dijo Mr. Weston—, quería despedirme de usted; no es probable que vuelva a verla antes de que parta.

—Adiós, Mr. Weston —dije. ¡Oh, con qué esfuerzo traté de decirlo con calma! Le tendí la mano. Él la retuvo unos segundos entre las suyas.

—Es posible que volvamos a encontrarnos —dijo—; ¿le importará a usted algo que así sea, o no?

—Sí, me alegraría mucho volver a verle.

No *podía* decir menos. Él estrechó mi mano con amabilidad y se fue. En ese momento era de nuevo feliz, aunque más dispuesta que nunca a romper a llorar. De haberme visto obligada a hablar en aquel instante, una sucesión de sollozos habría sido inevitable; y tal como estaban las cosas, no podía impedir que las lágrimas acudieran a mis ojos. Caminé junto a la señorita Murray, volviendo el rostro a un lado, sin advertir una serie de observaciones sucesivas, hasta que

ella gritó que yo era sorda o estúpida; y entonces (habiendo recobrado la compostura), como alguien que despierta de un arrebató de abstracción, levanté de pronto la mirada y le pregunté qué había estado diciendo.

CAPÍTULO XXI

LA ESCUELA

Dejé Horton Lodge y fui a reunirme con mi madre en nuestro nuevo domicilio en A—. La encontré bien de salud, resignada de espíritu e incluso alegre, aunque serena y tranquila en su trato habitual. No contábamos al principio más que con tres alumnas internas y media docena de externas; pero confiábamos en que, con el debido cuidado y dedicación, pronto iríamos aumentando el número de unas y otras.

Me apliqué con la energía que correspondía a cumplir con los deberes de este nuevo modo de vida. Lo llamo *nuevo*, porque, en efecto, había una diferencia considerable entre trabajar con mi madre en una escuela propia y trabajar como asalariada entre extraños, despreciada y pisoteada por grandes y pequeños; y durante las primeras semanas no me sentí en modo alguno desgraciada. «Es posible que volvamos a encontrarnos», y «¿Le importará a usted si es así o no?»: esas palabras seguían resonando en mi oído y reposando en mi corazón; eran mi consuelo y mi sostén secretos. «Lo veré de nuevo. Vendrá; o escribirá.» No había de hecho promesa demasiado brillante o demasiado extravagante para que la Esperanza no me la susurrara al oído. No me creía ni la mitad de lo que ella me decía; fingía reírme de todo; pero era mucho más crédula de lo que yo misma suponía; pues de lo contrario, ¿por qué me daba un vuelco el corazón cuando se llamaba a la puerta de

entrada y la criada que abría venía a decir a mi madre que un caballero deseaba verla? ¿Y por qué estaba de mal humor el resto del día cuando resultaba ser un profesor de música venido a ofrecer sus servicios a nuestra escuela? ¿Y qué fue lo que me cortó la respiración un instante cuando el cartero trajo un par de cartas y mi madre dijo: «Toma, Agnes, esta es para ti», y me arrojó una? ¿Y qué hizo que la sangre ardiente me subiese al rostro al ver que estaba escrita con letra de hombre? ¿Y por qué —¡ay, por qué!— se apoderó de mí aquella fría y desoladora decepción cuando rasgué el sobre y comprobé que era *solamente* una carta de Mary, que su marido, por algún motivo, había dirigido por ella?

¿Había llegado tan lejos —que me *depcionase* recibir una carta de mi única hermana, y solo porque no la había escrito un relativo desconocido? ¡Querida Mary! Y la había escrito con tanto cariño, pensando que yo me alegraría tanto de recibirla. ¡No era digna de leerla! Y creo que, en mi indignación conmigo misma, la habría apartado hasta que me hubiese impuesto más disciplina y me hubiese hecho más merecedora del honor y el privilegio de su lectura; pero tenía a mi madre allí delante, deseosa de saber qué noticias traía; de modo que la leí y se la entregué, y luego entré en el aula a ocuparme de las alumnas. Pero en medio de las tareas de planas y cuentas —en los intervalos de corregir errores aquí y reprimir descuidos allá—, me estaba juzgando interiormente con severidad mucho más severa. «Qué tonta debes de ser», se decía mi cabeza a mi corazón, o mi yo más severo a mi yo más blando; «¿cómo se te pudo ocurrir que él te iba a escribir? ¿Qué motivos tienes para semejante esperanza, o para creer que vendrá a verte, o que se tomará cualquier molestia por ti, o siquiera que volverá a pensar en ti?» «¿Qué motivos?» Y entonces la Esperanza me puso ante los ojos aquella última entrevista tan breve, y repitió las palabras que yo había guardado tan fielmente en mi memoria. «Bueno, ¿y qué había en eso? ¿Quién ha basado jamás sus esperanzas en una rama tan frágil? ¿Qué había en esas palabras que cualquier conocido no pudiera decirle a otro? Por supuesto que era posible que volviéseis a encontraros: podría haberlo dicho aunque te

hubieses ido a Nueva Zelanda; pero eso no implicaba ninguna *intención* de verte; y en cuanto a la pregunta que siguió, cualquiera podría haberla hecho: y ¿cómo respondiste? Con una respuesta torpe y trivial, de las que habrías dado al joven Murray, o a cualquier otro con quien hubieras tenido un trato tolerable.» «Pero», insistía la Esperanza, «el tono y la manera en que habló.» «¡Tonterías! Él habla siempre de manera impresionante; y en ese momento estaban los Green y la señorita Matilda Murray justo delante, y otras personas que pasaban, y él se vio obligado a ponerse muy cerca de ti y a hablar muy bajo, a menos que quisiera que todo el mundo oyese lo que decía, lo cual —aunque no era nada en particular— preferiría naturalmente evitar.» Pero luego, sobre todo, aquella presión de mano enfática y a la vez delicada, que parecía decir «*Confía* en mí»; y otras muchas cosas —demasiado deliciosas, casi demasiado halagadoras, para ser repetidas ni siquiera a una misma. «Insigne disparate: demasiado absurdo para necesitar refutación; meras invenciones de la imaginación, de las que deberías avergonzarte. Si hubieras considerado debidamente tu exterior poco atractivo, tu reserva poco amable, tu tonta timidez —que debe de hacerte parecer fría, apagada, torpe, y tal vez también malhumorada—; si hubieras considerado debidamente todo esto desde el principio, nunca habrías albergado pensamientos tan presuntuosos: y ya que has sido tan necia, arrepiéntete y enmiéndate, y no volvamos a oír hablar del asunto.»

No puedo decir que obedeciera ciegamente mis propias advertencias; pero una reflexión semejante fue haciéndose más y más eficaz a medida que pasaba el tiempo y no se veía ni se oía nada del señor Weston; hasta que, al fin, renuncié a esperar, pues incluso mi corazón reconocía que todo era en vano. Pero aún quería pensar en él: guardar su imagen en mi mente; y atesorar cada palabra, cada mirada, cada gesto que mi memoria pudiera conservar; y recrearme en sus excelencias y sus singularidades, y, en suma, en todo cuanto había visto, oído o imaginado acerca de él.

—Agnes, el aire del mar y el cambio de aires no te hacen bien, creo yo: nunca te he visto con tan mal aspecto. Debes de estar

sentada demasiado y dejar que las preocupaciones del aula te consuman. Tienes que aprender a tomar las cosas con calma y a ser más activa y alegre; tienes que hacer ejercicio siempre que puedas, y dejarme a mí las tareas más pesadas: no harán sino ejercitar mi paciencia y, quizá, poner a prueba mi temperamento en algún que otro momento.

Así me dijo mi madre una mañana mientras cosíamos, durante las vacaciones de Semana Santa. Le aseguré que mis obligaciones no me agobiaban en absoluto; que me encontraba bien; o que si algo me pasaba, se me pasaría en cuanto terminasen los difíciles meses de la primavera: cuando llegase el verano estaría tan fuerte y animosa como ella quisiera verme. Pero en mi interior sus palabras me alarmaron. Sabía que mis fuerzas iban disminuyendo, que el apetito me había fallado y que me había vuelto apática y abatida; y si, en efecto, él no podía interesarse jamás por mí, y yo no podía volver a verle —si me estaba vedado contribuir a su felicidad, vedado para siempre saborear las alegrías del amor, bendecir y ser bendecida—, entonces la vida sería una carga, y si mi Padre celestial quería llevarme, estaría contenta de descansar. Pero no habría de morir y dejar sola a mi madre. ¡Hija egoísta e indigna, que la olvidaba ni por un instante! ¿Acaso no estaba su felicidad confiada en gran medida a mi cuidado? ¿Y el bienestar de nuestras jóvenes alumnas? ¿Había de rehuir la labor que Dios había puesto ante mí porque no se ajustaba a mi gusto? ¿Acaso no sabía Él mejor que nadie lo que yo debía hacer y dónde debía trabajar? ¿Y había de anhelar abandonar Su servicio antes de haber terminado mi cometido, y pretender entrar en Su descanso sin haberlo ganado con el trabajo? «No; con Su ayuda me levantaré y me aplicaré con diligencia a mi deber señalado. Si la felicidad en este mundo no es para mí, procuraré promover el bienestar de quienes me rodean, y mi recompensa llegará en la otra vida.» Eso me decía en el corazón; y desde aquella hora solo me permití vagar con el pensamiento hacia Edward Weston —o, al menos, detenerme en él de vez en cuando— como un regalo para ocasiones escasas: y, ya fuera el acercamiento del verano, o el efecto de estas buenas resoluciones, o

el paso del tiempo, o todo junto, la tranquilidad de espíritu pronto se restableció; y la salud y el vigor corporales comenzaron asimismo, lenta pero seguramente, a recuperarse.

A comienzos de junio recibí una carta de Lady Ashby, la que antes fue señorita Murray. Me había escrito dos o tres veces antes, desde distintas etapas de su viaje de bodas, siempre animosa y declarando ser muy feliz. Cada vez me asombré de que no me hubiese olvidado en medio de tanta festividad y variedad de escenarios. Al fin, sin embargo, se produjo una pausa; y parecía que sí me había olvidado, pues transcurrieron más de siete meses sin carta. Naturalmente, no me rompí el corazón por ello, aunque a menudo me preguntaba cómo le estarían yendo las cosas; y cuando llegó inesperadamente esta última misiva, me alegré bastante de recibirla. Estaba fechada en Ashby Park, donde había ido a instalarse definitivamente tras haberse repartido el tiempo entre el continente y la capital. Se deshacía en disculpas por haberme tenido tan desatendida, me aseguraba que no me había olvidado y que muchas veces había tenido intención de escribir, etc., etc., pero que siempre le había impedido alguna cosa. Reconocía que había llevado una vida muy disipada, y que yo la tendría por muy mala y muy frívola; pero que, no obstante ello, pensaba mucho, y entre otras cosas que le encantaría verme. «Llevamos ya varios días aquí», escribía. «No tenemos un solo amigo con nosotros, y se augura que esto va a ser muy aburrido. Ya sabe usted que nunca tuve afición a vivir con mi marido como dos tórtolas en el nido, aunque él fuese la criatura más encantadora que haya vestido chaqueta; así que tenga compasión de mí y venga. Supongo que sus vacaciones de verano empiezan en junio, como las de los demás; de modo que no puede alegar falta de tiempo; y tiene que venir y vendrá, porque, de lo contrario, me muero. Quiero que me visite como amiga y que se quede mucho tiempo. No hay nadie conmigo, como ya le he dicho, más que Sir Thomas y la anciana Lady Ashby; pero no tiene que preocuparse por ellos: poco nos molestarán con su compañía. Tendrá una habitación para usted sola cuando le apetezca retirarse, y libros de sobra para leer cuando mi compañía no resulte suficientemente amena. No

recuerdo si le gustan los bebés; si es así, podrá tener el placer de ver el mío, el niño más encantador del mundo, no cabe duda; y tanto más cuanto que no me molesto en amamantarlo, pues estaba decidida a no cargar con eso. Desafortunadamente, es niña, y Sir Thomas no me lo ha perdonado; pero, en fin, si viene usted, le prometo que será su institutriz en cuanto pueda hablar; y la criará como es debido y hará con ella una mujer mejor que su mamá. También verá mi caniche: un encantador animalito traído de París; y dos magníficos cuadros italianos de gran valor, del artista no me acuerdo. Sin duda usted sabrá descubrir en ellos prodigiosas bellezas, que tendrá que señalarme, pues yo solo admiro de oídas; y otras muchas curiosidades elegantes que compré en Roma y otros lugares; y, por último, verá mi nueva casa: la espléndida mansión y sus jardines que yo tanto codiciaba. ¡Ay, cuánto supera la promesa de lo que esperamos al placer de lo que poseemos! ¡Vaya sentencia! Le aseguro que me he convertido en una señora mayor bastante seria: venga, aunque solo sea para ser testigo de tan asombroso cambio. Escribame a vuelta de correo y dígame cuándo empiezan sus vacaciones, y que vendrá al día siguiente y se quedará hasta el día anterior a que terminen, por misericordia de

«Suya con afecto, "ROSALIE ASHBY."»

Le mostré esta extraña misiva a mi madre y le consulté qué debía hacer. Me aconsejó que fuese; y fui —con bastante buena voluntad para ver a Lady Ashby, y a su bebé también, y para hacer cuanto pudiera por ayudarla, con consuelo o consejo; pues me parecía que debía de ser desgraciada, o no habría recurrido a mí de aquel modo —; pero sintiendo, como puede suponerse fácilmente, que al aceptar la invitación hacía un gran sacrificio por ella y violentaba mis sentimientos en muchos aspectos, en lugar de sentirme halagada por la honorable distinción de que la señora del baronet me rogase que la visitase como amiga. Sin embargo, decidí que mi visita sería de pocos días a lo sumo; y no he de negar que me consolaba en alguna medida la idea de que, como Ashby Park no estaba muy lejos de Horton, tal vez pudiera ver al señor Weston o, al menos, tener noticias de él.

CAPÍTULO XXII

LA VISITA

Ashby Park era, ciertamente, una residencia del todo encantadora. La mansión resultaba imponente por fuera, y cómoda y elegante por dentro; el parque era espacioso y hermoso, sobre todo por sus magníficos árboles añejos, sus majestuosas manadas de ciervos, su ancha lámina de agua y los bosques antiguos que se extendían más allá: pues no había terreno quebrado que añadiese variedad al paisaje, ni apenas esa ondulación suave que tanto realza el encanto del paisaje de un parque. Y así, íeste era el lugar que Rosalie Murray tanto había anhelado llamar suyo, tanto que tenía que poseer una parte de él, en las condiciones que fuese y a cualquier precio que hubiera de pagar por el título de señora de la casa, y fuera quien fuese el hombre que habría de acompañarla en el honor y la dicha de semejante posesión! Bien, no estoy dispuesta a censurarla ahora.

Me recibió con mucha amabilidad; y, aunque yo era hija de un pobre clérigo, una institutriz, una maestra de escuela, me acogió en su hogar con un placer sin afectación; y —lo que me sorprendió un poco— se tomó alguna molestia en hacer mi visita agradable. Podía ver, eso sí, que esperaba que me impresionase sobremanera la magnificencia que la rodeaba; y confieso que me irritaron un tanto sus evidentes esfuerzos por tranquilizarme y evitar que me sintiese abrumada por tanta grandeza, o excesivamente intimidada ante la perspectiva de encontrarme con su marido y su suegra, o demasiado

avergonzada de mi propio aspecto humilde. No me avergonzaba en absoluto de él; pues, aunque sencillo, había tenido buen cuidado de no ir desaliñada ni mezquina, y me habría encontrado bastante a mis anchas de no haber sido por los manifiestos esfuerzos que mi condescendiente anfitriona hacía para lograrlo; y, en cuanto a la magnificencia que la rodeaba, nada de cuanto encontraron mis ojos me impresionó ni me afectó ni la mitad que el propio aspecto transformado de ella. Ya fuese por la influencia de la disipación mundana, o por algún otro mal, un lapso de poco más de doce meses había producido el efecto que cabría esperar de otros tantos años, mermando la lozanía de sus formas, el frescor de su tez, la vivacidad de sus movimientos y la exuberancia de su espíritu.

Quise saber si era desdichada; pero sentí que no era de mi incumbencia preguntarlo: podría esforzarme en ganar su confianza; pero, si ella elegía ocultarme sus cuitas matrimoniales, no la molestaría con preguntas importunas. Me limité, pues, al principio, a unas pocas preguntas generales sobre su salud y su estado, y a algunos elogios de la belleza del parque y de la pequeña que debería haber sido niño: un bebé menudo y delicado de siete u ocho semanas, a quien su madre parecía dispensar un grado de interés y afecto nada notable, aunque tanto como yo esperaba que mostrase.

Poco después de mi llegada, encomendó a su doncella que me acompañase a mi habitación y se asegurase de que nada me faltase; era una estancia pequeña y sin pretensiones, pero suficientemente cómoda. Cuando bajé de allí —habiéndome despojado de todos los bultos del viaje y arreglado mi tocado con la debida consideración hacia los sentimientos de mi señora anfitriona—, ella misma me condujo a la habitación que habría de ocupar cuando deseara estar sola, o cuando ella estuviese atendiendo visitas, o se viese obligada a acompañar a su suegra, o de otro modo impedida, según dijo, de disfrutar del placer de mi compañía. Era un saloncito tranquilo y aseado; y no me disgustó contar con semejante puerto de refugio.

—Y algún día —dijo—, le enseñaré la biblioteca: nunca he examinado sus estantes, pero supongo que está llena de libros

sesudos; y puede usted ir a rebuscar entre ellos cuando guste. Ahora le traerán el té; pronto será la hora de cenar, pero pensé que, como usted está acostumbrada a comer a mediodía, quizá preferiría tomar una taza de té a esta hora y cenar cuando nosotros almorzamos; y así, ¿sabe?, puede tomar el té en esta habitación, lo que la eximirá de tener que cenar con Lady Ashby y Sir Thomas, lo cual resultaría un tanto incómodo, o mejor dicho, no incómodo, sino más bien... ya sabe lo que quiero decir. Pensé que quizá no le apetecería tanto, sobre todo si de vez en cuando vienen otras damas y caballeros a cenar con nosotros.

—Sin duda —dije yo—, lo prefiero tal como usted lo plantea, y, si no tiene inconveniente, preferiría tomar todas mis comidas en esta habitación.

—¿Por qué?

—Porque me imagino que sería más cómodo para Lady Ashby y Sir Thomas.

—En absoluto.

—En cualquier caso, lo sería para mí.

Ella puso algunas objeciones débiles, pero cedió pronto; y pude ver que la propuesta suponía para ella un alivio considerable.

—Venga ahora a la sala —dijo—. Ahí está el toque de la campana para vestirse; pero yo no subiré todavía: no vale la pena arreglarse cuando no hay nadie que te vea; y quiero charlar un poco.

La sala era sin duda un salón imponente y amueblado con gran elegancia; pero vi que su joven dueña me lanzó una mirada al entrar, como queriendo observar la impresión que me causaba el espectáculo, y resolví en consecuencia conservar un semblante de fría indiferencia, como si no viese nada de particular. Mas fue solo un momento: inmediatamente la conciencia me susurró: «¿Por qué defraudarla para salvar mi orgullo? No, prefiero sacrificar mi orgullo para darle un pequeño placer inocente.» Y le dije honradamente,

tras mirar a mi alrededor, que era una sala noble y de gusto exquisito. Ella dijo poco, pero vi que estaba complacida.

Me enseñó su gordo caniche francés, que yacía hecho un ovillo sobre un cojín de seda, y los dos hermosos cuadros italianos: los cuales, sin embargo, no me dejó tiempo de examinar, pues, diciéndome que los vería otro día, insistió en que admirase el pequeño reloj engastado en piedras preciosas que había comprado en Ginebra; y luego me llevó por el salón para mostrarme varios objetos de *vertu* que había traído de Italia: un elegante pequeño reloj de sobremesa y varios bustos, pequeñas figuras gráciles y jarrones, todos bellamente tallados en mármol blanco. Habló de ellos con animación, y escuchó mis comentarios de admiración con una sonrisa de satisfacción: que pronto, sin embargo, se desvaneció, seguida de un melancólico suspiro; como si reflexionara sobre la insuficiencia de todas esas baratijas para la felicidad del corazón humano, y su lastimosa incapacidad de satisfacer sus demandas insaciables.

Luego, tendiéndose en un sofá, me indicó por señas un amplio sillón que estaba enfrente, no ante la chimenea, sino ante un ventanal abierto de par en par; pues era verano, no se olvide; una dulce y tibia tarde de la segunda quincena de junio. Me senté un momento en silencio, gozando del aire quieto y puro y del delicioso panorama del parque que se extendía ante mí, rico en verdor y follaje, bañado en dorada luz solar y surcado por las largas sombras del día que declinaba. Pero debía aprovechar esa pausa: tenía preguntas que hacer, y, como el meollo de la posdata de una dama, lo más importante debía venir al final. De modo que empecé preguntando por el señor y la señora Murray, y por la señorita Matilda y los jóvenes caballeros.

Me dijeron que papá tenía gota, lo que le ponía de muy mal humor; que no quería renunciar a sus vinos selectos, ni a sus succulentas comidas y cenas, y que había reñido con su médico porque este había tenido la osadía de decirle que ningún remedio podría curarle mientras viviese con tanto desenfreno; que mamá y

los demás estaban bien. Matilda seguía siendo indómita y atolondrada, pero había conseguido una institutriz de moda y había mejorado bastante en sus modales, y pronto iba a ser presentada en sociedad; y John y Charles (que estaban entonces en casa por las vacaciones) eran, según todos decían, «unos chicos estupendos, atrevidos, díscolos y traviesos».

—¿Y cómo van las demás personas? —dije yo—. ¿Los Green, por ejemplo?

—¡Ah! El señor Green está destrozado, ya lo sabe —respondió ella con una sonrisa lánguida—: todavía no se ha repuesto del desengaño, y supongo que nunca lo hará. Está condenado a ser un solterón, y sus hermanas hacen todo lo posible por casarse.

—¿Y los Meltham?

—Oh, supongo que van tirando como de costumbre; pero apenas sé nada de ninguno de ellos, salvo de Harry —dijo, sonrojándose levemente y volviendo a sonreír—. Le vi mucho mientras estuvimos en Londres; pues, en cuanto supo que estábamos allí, vino con el pretexto de visitar a su hermano, y me siguió como una sombra adondequiera que yo fuese, o me salió al encuentro como un reflejo en cada esquina. No me mire así, señorita Grey; le aseguro que fui muy discreta, pero, ya sabe, una no puede evitar que la admiren. ¡Pobrecillo! No era mi único adorador, aunque sí era desde luego el más conspicuo y, creo yo, el más devoto de todos ellos. Y ese detestable... ejem... y Sir Thomas quiso ofenderse por su causa, o por mis gastos excesivos, o por alguna otra cosa —no lo sé exactamente—, y me trajo al campo sin ningún aviso, donde tendré que hacer de ermitaña, supongo, para el resto de mi vida.

Y se mordió el labio y frunció el ceño con expresión vengativa hacia el bello dominio que en otro tiempo tanto había codiciado llamar propio.

—¿Y el señor Hatfield —pregunté yo—, qué ha sido de él?

De nuevo se animó y respondió alegremente:

—¡Oh, le hizo la corte a una solterona entradísima en años y se casó con ella no hace mucho; pesando su abultada bolsa frente a sus marchitos encantos, con la esperanza de hallar en el oro el consuelo que el amor le había negado! ¡Ja, ja!

—Bien, y creo que eso es todo..., salvo el señor Weston: ¿qué hace él?

—No lo sé, a fe mía. Se ha ido de Horton.

—¿Desde cuándo? ¿Y adónde ha ido?

—No sé nada de él —respondió ella, bostezando—; solo que se fue hace cosa de un mes; nunca pregunté adónde. (Yo habría preguntado si era para ocupar un beneficio o simplemente otro cargo de coadjutor, pero creí mejor no hacerlo.) —Y la gente armó un gran escándalo por su marcha —continuó ella—, para gran disgusto del señor Hatfield; pues a Hatfield no le gustaba, porque tenía demasiada influencia sobre la gente del pueblo, y porque no era lo bastante dócil y sumiso con él, y por algunos otros pecados imperdonables que no recuerdo. Pero ahora me es absolutamente preciso ir a vestirme: el segundo toque de campana sonará de un momento a otro, y si llego a cenar así, Lady Ashby no me lo perdonará jamás. ¡Es cosa rara que una no pueda ser señora en su propia casa! Tire usted del cordón, y mandaré llamar a mi doncella, y les diré que le preparen a usted el té. ¡Con solo pensar en esa mujer insoportable...!

—¿Quién, su doncella?

—No; mi suegra..., ¡y mi desafortunado error! En lugar de dejarla irse a alguna otra casa, como ella misma se ofreció a hacer cuando me casé, fui tan necia como para pedirle que continuase aquí y dirigiese los asuntos de la casa por mí; porque, en primer lugar, esperaba que pasáramos la mayor parte del año en Londres, y en segundo lugar, siendo tan joven e inexperta, me aterraba la idea de tener que manejar una casa llena de criados, ordenar cenas, organizar fiestas y todo lo demás, y pensé que ella podría ayudarme con su experiencia; sin soñar jamás que resultaría ser una

usurpadora, una tirana, un íncubo, una espía y todo lo demás que hay de detestable. ¡Ojalá estuviese muerta!

Dicho esto, se volvió para dar sus órdenes al lacayo, que llevaba ya un buen medio minuto plantado como un palo junto a la puerta y había escuchado la última parte de sus diatribas; y que, naturalmente, sacó sus propias conclusiones, pese al semblante inflexible y acartonado que consideró oportuno mantener en el salón. Al observar yo después que él debía de haberla oído, respondió:

—¡Oh, no importa! Nunca me preocupo por los lacayos; son meros autómatas: no les incumbe lo que dicen o hacen sus superiores; no se atreverán a repetirlo; y en cuanto a lo que piensan —si es que se atreven a pensar en absoluto—, por supuesto, a nadie le importa eso. ¡Buena cosa sería, en verdad, que tuviésemos que mordernos la lengua por culpa de nuestros criados!

Dicho esto, salió corriendo a hacerse el tocador a la carrera, y me dejó para que encontrase sola el camino de regreso a mi saloncito, donde, a su debido tiempo, me sirvieron una taza de té. Después me quedé reflexionando sobre el pasado y el presente de Lady Ashby, sobre la escasa información que había obtenido acerca del señor Weston, y sobre la poca probabilidad de volver a verle o a saber nada de él en mi tranquila vida de color gris apagado, que en adelante no parecía ofrecer más alternativa que días de lluvia sin remedio o días de densas nubes cenicientas sin aguacero. Al fin, sin embargo, empecé a cansarme de mis pensamientos, y a desear saber dónde encontrar la biblioteca de la que me había hablado mi anfitriona, y a preguntarme si iba a quedarme allí sin hacer nada hasta la hora de acostarme.

Como no era lo bastante rica para poseer un reloj, no podía saber cómo transcurría el tiempo, salvo observando las sombras que se alargaban lentamente desde la ventana; la cual ofrecía una vista lateral que comprendía un rincón del parque, una masa de árboles cuyas ramas más altas habían sido colonizadas por una innumerable compañía de ruidosos grajos, y un muro alto con un macizo portón

de madera: que sin duda comunicaba con el patio de las caballerizas, pues un ancho camino de carruajes subía hasta él desde el parque. La sombra de este muro no tardó en apoderarse de todo el terreno cuanto alcanzaba mi vista, obligando a la dorada luz del sol a retroceder palmo a palmo y a refugiarse al fin en las propias copas de los árboles. Antes de que transcurriese mucho tiempo, incluso estas quedaron en sombra, la sombra de las colinas lejanas o de la propia tierra; y, por simpatía hacia los afanosos ciudadanos de la graja, lamenté ver su morada, tan recientemente bañada en luz gloriosa, reducida al tono sombrío y laborioso del mundo inferior, o del mío propio mundo interior. Por un momento, los pájaros que surcaban el aire por encima de los demás podían todavía recibir en sus alas el lustre que prestaba a su negro plumaje el tono y el brillo del oro rojo profundo; al final, también ese se fue. El crepúsculo fue entrando a hurtadillas; los grajos se fueron apaciguando; yo me fui cansando más y más, y deseé estar ya de camino a casa al día siguiente. Al fin anocheció; y estaba pensando en tocar el cordón para que me trajeran una vela y acostarme, cuando apareció mi anfitriona, con muchas disculpas por haberme desatendido tanto tiempo, echándole toda la culpa a esa «vieja repugnante», como llamaba a su suegra.

—Si no me siento con ella en el salón mientras Sir Thomas toma su vino —dijo—, no me lo perdonará jamás; y luego, si abandono el salón en cuanto él llega, como he hecho alguna que otra vez, es una ofensa imperdonable contra su querido Thomas. *Ella* nunca mostró semejante falta de respeto hacia *su* marido: y en cuanto al cariño, las esposas ya no piensan en eso hoy en día, supone ella; pero en *su* época las cosas eran distintas, como si pudiese sacarse algo en limpio de quedarse en el salón, cuando él no hace más que refunfuñar y regañar cuando está de mal humor, decir tonterías repugnantes cuando está de buen humor, y quedarse dormido en el sofá cuando está demasiado embotado para lo uno o lo otro; que es lo más frecuente ahora, cuando no tiene nada que hacer más que atontarse con el vino.

—Pero, ¿no podría usted intentar ocupar su mente con algo mejor, e inducirle a abandonar semejantes hábitos? Estoy segura de que usted tiene dotes de persuasión y capacidad para divertir a un caballero que muchas damas envidiarían.

—¿Y cree usted que yo voy a desvivirme por divertirlo? No: esa no es *mi* idea de una esposa. Es tarea del marido complacer a la esposa, no de ella complacerle a él; y si no está satisfecho con ella tal como es, y además agradecido de poseerla, es que no la merece, y santas pascuas. Y en cuanto a la persuasión, le aseguro que no me voy a molestar en eso: ya tengo bastante con soportarle como es, sin tratar de reformarle. Pero lamento haberla dejado tan sola, señorita Grey. ¿Cómo ha pasado el rato?

—Principalmente observando los grajos.

—¡Dios mío, qué aburrida habrá estado! Tengo que enseñarle la biblioteca sin falta; y debe usted tocar el cordón para pedir todo lo que quiera, como si estuviese en una posada, y ponerse cómoda. Tengo razones egoístas para desear que esté a gusto, porque quiero que se quede conmigo y no cumpla su horrible amenaza de marcharse en un par de días.

—Bien, no permita usted que yo le impida volver al salón esta noche; por ahora estoy cansada y deseo retirarme a dormir.

CAPÍTULO XXIII

EL PARQUE

Bajé un poco antes de las ocho a la mañana siguiente, según supe por el tañido de un reloj lejano. No había señal alguna de desayuno. Esperé más de una hora antes de que llegase, deseando en vano acceder a la biblioteca; y, una vez concluida aquella solitaria refacción, volví a esperar una hora y media en vilo e incomodidad, sin saber bien qué hacer. Por fin, Lady Ashby vino a darme los buenos días. Me dijo que acababa de desayunar y que ahora deseaba que la acompañase a dar un paseo matinal por el parque. Me preguntó cuánto tiempo llevaba levantada, y al recibir mi respuesta manifestó el más profundo pesar, y volvió a prometerme que me enseñaría la biblioteca. Sugerí que sería mejor hacerlo de inmediato, para evitar tener que recordarlo o volver a olvidarlo. Accedió, con la condición de que no pensase en leer ni en enredarme con los libros por ahora; pues quería enseñarme los jardines y dar un paseo por el parque conmigo antes de que el calor hiciese poco grato el disfrute; lo cual, en verdad, era ya casi el caso. Por supuesto, accedí de buen grado, y dimos nuestro paseo.

Mientras paseábamos por el parque, conversando sobre lo que mi compañera había visto y oído durante sus viajes, se acercó al trote un caballero a caballo y pasó junto a nosotras. Como al pasar se volvió y me miró fijamente a la cara, tuve buena ocasión de ver cómo era. Era alto, delgado y enjuto, con una leve inclinación de

hombros, el rostro pálido pero algo manchado y desagradablemente enrojecido en torno a los párpados, facciones vulgares y un aspecto general de languidez y aplanamiento, que solo atenuaba cierta expresión siniestra en la boca y los ojos apagados y sin alma.

—¡Detesto a ese hombre! —murmuró Lady Ashby con amarga vehemencia, mientras él pasaba al trote lento.

—¿Quién es? —pregunté, reacia a suponer que pudiese hablar así de su marido.

—Sir Thomas Ashby —respondió ella, con una calma sombría.

—¿Y le *detesta* usted, señorita Murray? —dije, pues estaba demasiado consternada para acordarme de su nombre en ese momento.

—Sí, señorita Grey, le detesto, y le desprecio también; y si usted le conociese no me lo reprocharía.

—Pero usted ya sabía cómo era antes de casarse con él.

—No; solo lo suponía: en realidad no le conocía ni a medias. Ya sé que usted me advirtió contra ese matrimonio, y ojalá la hubiese escuchado; pero ya es tarde para lamentarlo. Y, además, mamá tendría que haber sabido más que ninguna de las dos, y nunca dijo nada en contra, sino todo lo contrario. Y entonces pensé que él me adoraba y que me dejaría hacer mi voluntad: al principio lo fingió, pero ahora no le importo lo más mínimo. Sin embargo, eso podría soportarlo: él podría hacer lo que le pareciera, con tal de que yo fuese libre de divertirme y de quedarme en Londres, o de recibir a unos cuantos amigos aquí; pero *él* hará lo que le plazca, y yo debo ser su prisionera y su esclava. En cuanto vio que yo podía divertirme sin él, y que otros sabían valorarme mejor que él mismo, el miserable egoísta empezó a acusarme de coquetería y de dispendio, y a injuriar a Harry Meltham, a quien no era digno de limpiarle los zapatos. Y luego tuvo que traerme al campo para que llevase vida de monja, no fuese a deshonrarle o a arruinarle; como si él no hubiese sido diez veces peor en todos los sentidos, con su libro de apuestas, su mesa de juego, sus chicas de ópera y su Lady Fulana y su señora

Mengana, y además sus botellas de vino y sus vasos de brandy con agua! ¡Oh, daría diez mil mundos por ser de nuevo la señorita Murray! ¡Es *demasiado* cruel sentir que la vida, la salud y la belleza se van marchitando, sin que nadie las aprecie ni las disfrute, por culpa de un bruto como ese! —exclamó, prorrumpiendo al fin en llanto, en la amargura de su despecho.

Desde luego, la compadecí vivamente; tanto por su falsa idea de la felicidad y su desdén por el deber, como por el desgraciado compañero al que su destino estaba ligado. Dije cuanto pude para consolarla, y le ofrecí los consejos que me parecieron más necesarios: aconsejándole, en primer lugar, que tratase de mejorar a su marido mediante razonamientos suaves, la bondad, el ejemplo y la persuasión; y que luego, cuando hubiese agotado todos sus medios, si aun así lo encontraba incorregible, procurase apartarse de él interiormente, envolverse en su propia integridad y preocuparse por él lo menos posible. La exhorté a buscar consuelo en el cumplimiento de su deber para con Dios y para con el prójimo, a poner su confianza en el cielo y a encontrar solaz en el cuidado y la crianza de su hijita; asegurándole que sería abundantemente recompensada contemplando sus progresos en fortaleza y sabiduría, y recibiendo su afecto sincero.

—Pero no puedo consagrarme por entero a un niño —dijo ella—; puede morir, lo cual no es en absoluto improbable.

—Pero con buen cuidado, muchos niños delicados se han convertido en hombres y mujeres fuertes.

—Pero puede parecerse tanto a su padre que llegue a aborrecerle.

—Eso es poco probable; es una niña, y se parece mucho a su madre.

—No importa; la querría más si fuese niño, aunque solo sea porque su padre no le dejará en herencia nada que pueda dilapidar. ¿Qué placer puedo tener yo viendo crecer a una niña que me eclipse y disfrute de los placeres que a mí me están para siempre vedados? Pero supongamos que yo fuese suficientemente generosa como para

deleitarme con eso: *no es más que* un niño; y no puedo cifrar todas mis esperanzas en un niño: eso solo es un grado mejor que consagrarse uno a un perro. Y en cuanto a toda la sabiduría y bondad que usted ha intentado inculcarme, todo eso está muy bien y es muy propio, sin duda; y si yo tuviese unos veinte años más, quizá sacaría fruto de ello; pero la gente tiene que disfrutar mientras es joven; y si los demás no lo permiten, pues hay que aborrecerlos por ello.

—La mejor manera de disfrutar es hacer lo que es justo y no aborrecer a nadie. El fin de la religión no es enseñarnos a morir, sino a vivir; y cuanto antes se hace una sabia y buena, más felicidad asegura. Y ahora, Lady Ashby, tengo un consejo más que ofrecerle: que no haga usted de su suegra una enemiga. No se acostumbre a tenerla a distancia y a mirarla con desconfianza celosa. Yo nunca la he visto, pero he oído de ella tanto bien como mal; y me imagino que, aunque fría y altiva en su trato general, e incluso exigente en sus pretensiones, tiene afectos profundos para quienes saben llegar a ellos; y que, aunque tan ciegamente apegada a su hijo, no carece de buenos principios ni es incapaz de atender a razones. Si usted quisiese ganarse su voluntad un poco y adoptar con ella un trato amistoso y abierto, y hasta confiarle sus cuitas reales, las que tiene verdadero derecho a lamentar, es mi firme convicción que con el tiempo llegaría a ser para usted una amiga leal, un consuelo y un apoyo, en lugar del ícubo que usted la describe. Pero mucho me temo que mis consejos tuvieron escaso efecto sobre la desventurada joven; y, al comprobar que tan poco podía serle de ayuda, mi estancia en Ashby Park se fue haciendo doblemente penosa. Sin embargo, debía aguardar aquel día y el siguiente, como había prometido hacerlo; aunque, resistiendo todos los ruegos e incentivos para prolongar más mi visita, insistí en partir a la mañana siguiente, alegando que mi madre se sentiría sola sin mí y que me esperaba con impaciencia. Con todo, fue con el corazón oprimido con que me despedí de la pobre Lady Ashby y la dejé en su principesca morada. No era prueba pequeña de su infelicidad que se aferrase de tal modo al consuelo de mi presencia, y anhelase ardientemente la compañía

de alguien cuyos gustos e ideas en general tan poco tenían de afines con los suyos, a quien había olvidado por completo en su hora de prosperidad, y cuya presencia habría sido más bien una molestia que un placer, si ella hubiese podido satisfacer siquiera la mitad de los deseos de su corazón.

CAPÍTULO XXIV

LA PLAYA

Nuestra escuela no se hallaba en el corazón de la ciudad: al entrar en A—— por el noroeste, se abre una hilera de casas de aspecto respetable a ambos lados de la ancha carretera blanca, con estrechas franjas de jardín delante de ellas, persianas venecianas en las ventanas y una escalinata que conduce a cada cuidada puerta de pomo de latón. En una de las más amplias de estas viviendas habitábamos mi madre y yo, junto con las señoritas que nuestros conocidos y el público en general confiaban a nuestro cuidado. En consecuencia, nos encontrábamos a una distancia considerable del mar, separadas de él por un laberinto de calles y casas. Pero el mar era mi deleite; y a menudo me complacía de buena gana atravesar la ciudad para disfrutar del placer de pasear junto a él, ya fuese con las alumnas o sola con mi madre durante las vacaciones. Me resultaba delicioso en todo tiempo y estación, pero especialmente en la agitación indómita de una fuerte brisa marina y en la fresca y radiante luminosidad de una mañana de verano.

Me desperté temprano la tercera mañana tras mi regreso de Ashby Park; el sol brillaba a través de la persiana, y pensé lo agradable que sería cruzar la tranquila ciudad y dar un paseo solitario por la playa mientras medio mundo dormía. No tardé mucho en tomar la resolución, ni fui lenta en ponerla en práctica. Naturalmente, no quería molestar a mi madre, así que bajé la

escalera de puntillas sin hacer el menor ruido y abrí la puerta con sigilo. Ya estaba vestida y en la calle cuando el reloj de la iglesia dio las seis menos cuarto. Había una sensación de frescura y vigor hasta en las propias calles; y cuando salí de la ciudad, cuando puse el pie en la arena y volví el rostro hacia la amplia y luminosa bahía, ningún lenguaje podría describir el efecto del profundo y diáfano azul del cielo y del océano, del resplandeciente sol matutino sobre la barrera semicircular de agrestes acantilados coronados por verdes colinas ondulantes, y sobre la arena lisa y extensa, y las rocas bajas mar adentro —que parecían, con su revestimiento de algas y musgo, pequeñas islas cubiertas de hierba—, y, sobre todo, sobre las brillantes y centelleantes olas. ¡Y luego, la indecible pureza y frescura del aire! Hacía el calor justo para realzar el valor de la brisa, y soplabla el viento justo para mantener todo el mar en movimiento, para hacer que las olas llegasen saltando a la orilla, espumeantes y relucientes, como locas de alegría. Nada más se movía; no se veía ninguna criatura viva salvo yo misma. Mis pasos fueron los primeros en pisar la arena firme e intacta; nada la había hollado desde que la marea de la noche anterior borrara las huellas más profundas del día anterior y la dejase lisa y uniforme, salvo donde el agua al retirarse había dejado tras de sí el rastro de pozas con hoyuelos y pequeños regueros.

Refrescada, encantada, revitalizada, seguí caminando, olvidando todas mis cuitas, sintiéndome como si tuviese alas en los pies y pudiera recorrer al menos sesenta y cinco kilómetros sin cansarme, y experimentando una sensación de júbilo que me había sido completamente ajena desde los días de la primera juventud. Hacia las seis y media, sin embargo, los mozos de cuadra empezaron a bajar a airear los caballos de sus amos —primero uno, luego otro, hasta que llegaron a ser una docena de caballos y cinco o seis jinetes—, pero eso no tenía por qué preocuparme, pues no llegarían hasta las rocas bajas a las que me acercaba en ese momento. Cuando llegué a ellas y caminé sobre las algas húmedas y resbaladizas —a riesgo de hundirme en una de las numerosas pozas de agua clara y salada que se extendían entre ellas— hasta un

pequeño promontorio cubierto de musgo con el mar salpicando a su alrededor, volví a mirar atrás para ver quién más se había puesto en movimiento. Seguía habiendo únicamente los mozos madrugadores con sus caballos, y un caballero con un pequeño punto oscuro de perro que corría delante de él, y un carro de agua que salía de la ciudad para proveerse de agua para los baños. En otro minuto o dos, los lejanos carruajes de baño empezarían a moverse, y entonces los caballeros entrados en años de costumbres regulares y las sobrias damas cuáqueras vendrían a tomar sus saludables paseos matinales. Pero por muy interesante que pudiera ser tal escena, no podía esperar a presenciarla, pues el sol y el mar me deslumbraban tanto los ojos en aquella dirección que apenas podía permitirme una sola mirada; y entonces me volví de nuevo para deleitarme con la vista y el sonido del mar al chocar contra mi promontorio —no con fuerza prodigiosa, pues el oleaje quedaba roto por las algas enredadas y las rocas ocultas bajo la superficie; de no ser así, pronto me habría empapado de espuma—. Pero la marea subía; el agua crecía; los golfos y las lagunas se llenaban; los estrechos se ensanchaban: era hora de buscar un lugar más seguro donde pisar; de modo que caminé, brinqué y tropecé de regreso a la arena lisa y extensa, y me propuse avanzar hasta cierto saliente audaz de los acantilados y después volver.

Al poco, oí un ruido de olfateos a mis espaldas y luego un perro llegó brincando y contoneándose hasta mis pies. ¡Era mi propio Snap, el pequeño terrier de pelo áspero y color oscuro! Cuando pronuncié su nombre, saltó hasta mi cara y lanzó alaridos de alegría. Casi tan encantada como él mismo, cogí al pequeño animal en brazos y lo besé repetidamente. Pero ¿cómo había llegado allí? No podía haber caído del cielo, ni haber recorrido solo todo ese camino: debía de ser su amo, el cazador de ratas, o algún otro quien lo hubiese traído; así que, reprimiendo mis extravagantes caricias y procurando reprimir también las suyas, miré a mi alrededor, y vi... ¡al señor Weston!

—Su perro la recuerda bien, señorita Grey —dijo él, estrechándome calurosamente la mano que yo le tendí sin saber

bien lo que hacía—. Madruga usted mucho.

—No tan a menudo como hoy —respondí, con una calma asombrosa, dadas todas las circunstancias del caso.

—¿Hasta dónde tiene usted intención de llegar en su paseo?

—Estaba pensando en regresar; ya debe de ser casi la hora, creo.

Consultó su reloj —uno de oro ahora— y me dijo que apenas eran las siete y cinco.

—Pero, sin duda, ya ha paseado usted lo suficiente —dijo él, volviéndose hacia la ciudad, a la que yo empecé entonces a regresar con calma; y él caminó a mi lado.

—¿En qué parte de la ciudad vive usted? —preguntó—. Nunca he logrado averiguarlo.

¿Que nunca había logrado averiguarlo? ¿Es que lo había intentado, entonces? Le dije dónde estaba nuestra casa. Me preguntó cómo nos iban los asuntos. Le dije que muy bien, que habíamos tenido un aumento considerable de alumnas tras las vacaciones de Navidad y que esperábamos un incremento aún mayor al término de estas.

—Debe usted de ser una institutriz muy capaz —observó.

—No, es mi madre —repliqué—; ella lo organiza todo tan bien, y es tan activa, tan inteligente y tan amable.

—Me gustaría conocer a su madre. ¿Me la presentaría usted algún día, si me tomase la libertad de ir a visitarlas?

—Sí, con mucho gusto.

—¿Y me permitiría usted el privilegio de un viejo amigo de pasarme por aquí de vez en cuando?

—Sí, si... supongo que sí.

Era una respuesta muy necia, pero la verdad es que consideraba que no tenía derecho a invitar a nadie a la casa de mi madre sin su conocimiento; y si hubiera dicho «sí, si mi madre no tiene inconveniente», parecería que con su pregunta yo entendía más de

lo que se daba a entender; así que, *suponiendo* que no lo tendría, añadí: «supongo que sí»; pero naturalmente debería haber dicho algo más sensato y más cortés si hubiera tenido la cabeza en su sitio. Continuamos caminando un momento en silencio, que fue pronto aliviado —no poco alivio para mí— por el señor Weston, que comentó el esplendor de la mañana y la belleza de la bahía, y luego las ventajas que A—— ofrecía sobre muchos otros elegantes lugares de recreo.

—No me pregunta usted qué me trae a A—— —dijo él—. No puede suponer usted que soy suficientemente rico para venir por placer propio.

—Supe que había usted dejado Horton.

—Pero ¿no supo usted que había conseguido el beneficio de F——?

F—— era un pueblo situado a unos tres kilómetros de A——.

—No —dije—; vivimos tan completamente al margen del mundo, incluso aquí, que las noticias rara vez me llegan por ningún conducto, salvo a través del —— *Gazette*. Pero espero que le guste su nueva parroquia; ¿y puedo felicitarle por la adquisición?

—Espero que me guste mi parroquia bastante más dentro de uno o dos años, cuando haya llevado a cabo ciertas reformas que tengo muy arraigadas en el corazón —o, al menos, cuando haya avanzado algunos pasos hacia tal objetivo—. Pero puede usted felicitarme ahora; pues me resulta muy grato *tener* una parroquia para mí solo, sin nadie que me estorbe, que me frustre los planes o me ponga trabas en los empeños; y además, tengo una casa respetable en un vecindario bastante agradable, y trescientas libras anuales; y, en verdad, lo único de lo que tengo que quejarme es de la soledad, y lo único que echo en falta es una compañera.

Me miró al concluir: y el destello de sus ojos oscuros pareció encenderme el rostro; con no poca incomodidad de mi parte, pues revelar turbación en semejante coyuntura era intolerable. Hice un esfuerzo, por tanto, para remediar el mal y rechazar toda aplicación

personal de la observación con una respuesta apresurada y mal expresada, en el sentido de que, si esperaba a ser bien conocido en el vecindario, podría tener numerosas ocasiones de satisfacer su necesidad entre las residentes de F— y sus alrededores, o los visitantes de A—, si requería una elección tan amplia: sin considerar el cumplimiento implícito en tal afirmación, hasta que su respuesta me lo hizo notar.

—No soy tan presuntuoso como para creer eso —dijo él—, aunque usted me lo diga; pero, si así fuera, soy bastante exigente en cuanto a mis ideas sobre una compañera para la vida, y quizás no encontrase ninguna adecuada entre las señoras que usted menciona.

—Si exige usted la perfección, nunca la encontrará.

—No la exijo; no tengo derecho a exigirla, estando yo tan lejos de ser perfecto.

En ese momento, la conversación fue interrumpida por un carro de agua que pasó traqueteando ante nosotros, pues ya habíamos llegado a la parte concurrida de la playa; y durante los ocho o diez minutos siguientes, entre carros y caballos, y burros, y hombres, hubo poco espacio para el trato social, hasta que volvimos la espalda al mar y empezamos a subir por el empinado camino que llevaba a la ciudad. Aquí mi acompañante me ofreció el brazo, que acepté, aunque sin intención de apoyarme en él.

—Creo que usted no sale mucho a la playa —dijo él—, pues he paseado por ella muchas veces, tanto de mañana como de tarde, desde que llegué, y no la había visto hasta ahora; y varias veces, al pasar por la ciudad, me he puesto a buscar su escuela —pero no se me ocurrió pensar en la calle —; y en una o dos ocasiones hice indagaciones, pero sin obtener la información que buscaba.

Cuando hubimos llegado a lo alto de la cuesta, iba a retirar mi brazo del suyo, pero una leve presión del codo me indicó tácitamente que esa no era su voluntad, y desistí en consecuencia. Conversando sobre distintos asuntos, entramos en la ciudad y

atravesamos varias calles. Comprendí que estaba desviándose de su camino para acompañarme, a pesar del largo trecho que aún le quedaba por recorrer; y, temiendo que pudiera estar causándose inconvenientes por cortesía, observé:

—Me temo que le estoy haciendo perder el camino, señor Weston; creo que la carretera a F—— queda en dirección completamente contraria.

—La dejaré a usted al final de la próxima calle —dijo él.

—¿Y cuándo vendrá usted a visitar a mamá?

—Mañana, Dios mediante.

El final de la próxima calle era casi el término de mi trayecto. Él se detuvo allí, me dio los buenos días y llamó a Snap, que parecía un poco indeciso entre seguir a su antigua dueña o a su nuevo amo, pero que trotó hacia este último al ser llamado.

—No me ofrezco a devolvérselo, señorita Grey —dijo el señor Weston con una sonrisa—, porque me he encariñado con él.

—Oh, yo no lo quiero —repliqué—; ahora que tiene un buen amo, estoy perfectamente satisfecha.

—Da usted por sentado que lo soy, entonces.

El hombre y el perro se fueron, y yo regresé a casa, llena de gratitud al cielo por tanta dicha, y rezando para que mis esperanzas no volvieran a verse aplastadas.

CAPÍTULO XXV

CONCLUSIÓN

—Bueno, Agnes, no debes volver a dar paseos tan largos antes del desayuno —dijo mi madre, observando que bebía una taza de café de más y no comía nada, alegando el calor del día y el cansancio de mi largo paseo como excusa. Ciertamente me sentía febril y cansada también.

—Siempre haces las cosas con exceso: ahora bien, si hubieras salido a dar un paseo *corto* cada mañana, y continuaras haciéndolo, te haría bien.

—Bien, mamá, así lo haré.

—Pero esto es peor que quedarse en cama o inclinarse sobre los libros: te has puesto completamente febril.

—No lo volveré a hacer —dije.

Estaba dándole vueltas a la cabeza pensando en cómo decirle lo del señor Weston, pues debía saber que vendría al día siguiente. Sin embargo, esperé hasta que retiraron las cosas del desayuno y estuve más tranquila y serena; y entonces, habiéndome sentado a dibujar, empecé a decir: «He encontrado a un viejo amigo en la playa esta mañana, mamá».

—¡Un viejo amigo! ¿Quién podría ser?

—Dos viejos amigos, en realidad. Uno era un perro; —y luego le recordé lo de Snap, cuya historia ya le había contado, y le relaté el incidente de su aparición repentina y su extraordinario reconocimiento—; y el otro —proseguí— era el señor Weston, el coadjutor de Horton.

—¡El señor Weston! Nunca he oído hablar de él.

—Sí que has oído: creo que lo he mencionado varias veces, pero no te acuerdas.

—He oído hablar del señor Hatfield.

—El señor Hatfield era el rector, y el señor Weston el coadjutor: solía mencionarlo a veces en contraposición al señor Hatfield, como un clérigo más eficiente. Sin embargo, esta mañana estaba en la playa con el perro —lo habrá comprado al cazador de ratas, supongo —; y me reconoció tan bien como el propio perro —probablemente gracias a él—; y conversamos un poco, en cuyo transcurso, como me preguntó por nuestra escuela, acabé hablándole de ti y de tu buen trabajo; y dijo que le gustaría conocerte, y me preguntó si te lo presentaría si se tomara la libertad de venir mañana; así que dije que sí. ¿Hice bien?

—Claro. ¿Qué clase de hombre es?

—Un hombre muy *respetable*, creo; pero ya lo verás mañana. Es el nuevo vicario de F——, y como solo lleva allí unas pocas semanas, supongo que aún no ha hecho amistades y desea un poco de trato social.

Llegó el día siguiente. ¡En qué fiebre de ansiedad y expectación estuve desde el desayuno hasta el mediodía, hora en que hizo su aparición! Habiendo presentado al señor Weston a mi madre, fui a sentarme junto a la ventana con mi labor para aguardar el resultado de la entrevista. Congeniaron extraordinariamente bien, con gran satisfacción mía, pues había estado muy preocupada por lo que mi madre pudiera pensar de él. No se quedó mucho tiempo aquella primera vez; pero cuando se levantó para despedirse, ella dijo que estaría encantada de recibirle siempre que le viniese bien pasarse; y

cuando se fue, me alegró oírle decir: «¡Vaya! Me parece un hombre muy sensato. Pero ¿por qué te quedaste ahí sentada, Agnes — añadió—, y hablaste tan poco?»

—Porque tú hablabas tan bien, mamá, que pensé que no necesitabas mi ayuda; y, además, era tu visita, no la mía.

Tras aquello, vino a vernos a menudo: varias veces a lo largo de la semana. Por lo general dirigía la mayor parte de su conversación a mi madre, y no era para menos, pues ella sí que sabía conversar. Casi envidiaba la soltura desembarazada y vigorosa de su discurso, y el profundo criterio que ponía de manifiesto en todo cuanto decía; y, sin embargo, no lo envidiaba; pues aunque de vez en cuando lamentaba mis propias carencias pensando en él, me producía un grandísimo placer sentarme a escuchar a los dos seres a quienes más amaba y veneraba en el mundo, conversando entre sí con tanta cordialidad, tanta sabiduría y tanta elocuencia. No permanecía siempre en silencio, sin embargo; ni era en modo alguno ignorada. Se me prestaba exactamente tanta atención como yo podría desear: no faltaban palabras amables y miradas más amables aún, y una serie interminable de delicadas atenciones, demasiado sutiles y refinadas para expresarse con palabras, y por tanto indescriptibles, pero profundamente sentidas en el corazón.

La ceremonia fue pronto dejada de lado entre nosotros: el señor Weston venía como un huésped esperado, bien recibido en todo momento y sin alterar nunca el orden de la vida doméstica. Llegó incluso a llamarme «Agnes»: el nombre había sido pronunciado con timidez al principio, pero, al comprobar que no causaba malestar alguno a nadie, parecía preferir claramente aquel nombre al de «señorita Grey»; y yo también lo prefería. ¡Qué tediosos y sombríos eran los días en que él no venía! Y aun así, no eran miserables; pues me quedaba siempre el recuerdo de la última visita y la esperanza de la siguiente para animarme. Pero cuando pasaban dos o tres días sin que lo viese, ciertamente me ponía muy nerviosa —de forma absurda, desproporcionada—; pues, naturalmente, él tenía sus propios asuntos y los quehaceres de su parroquia a los que atender.

Y temía la llegada del final de las vacaciones, cuando *mis* quehaceres también comenzarían, y en ocasiones no podría verle, y en otras —cuando mi madre estuviera en el aula— estaría obligada a estar a solas con él: una situación que no me apetecía nada en casa; aunque encontrármelo al aire libre y caminar a su lado no había resultado, en absoluto, desagradable.

Una tarde, sin embargo, en la última semana de las vacaciones, llegó de manera inesperada: pues un fuerte y prolongado chubasco de tormenta durante la tarde había casi destruido mis esperanzas de verle aquel día; pero ahora la tormenta había amainado y el sol brillaba con intensidad.

—¡Qué tarde tan hermosa, señora Grey! —dijo al entrar—. Agnes, quiero que venga usted a dar un paseo conmigo hasta —— (nombró cierto paraje de la costa: un promontorio audaz en el lado de tierra y, hacia el mar, un precipicio escarpado, desde cuya cima se domina una vista magnífica)—. La lluvia ha asentado el polvo, ha refrescado y despejado el aire, y el panorama será magnífico. ¿Vendrá usted?

—¿Puedo ir, mamá?

—Sí, claro que sí.

Fui a prepararme y bajé de nuevo en unos minutos; aunque, naturalmente, me esmeré un poco más en el arreglo que si hubiera salido sola a hacer algún recado. El chubasco había tenido ciertamente un efecto de lo más beneficioso sobre el tiempo, y la tarde era deliciosa en extremo. El señor Weston quería que le cogiese del brazo; habló poco durante nuestro paso por las concurridas calles, pero caminó muy deprisa y parecía serio y abstraído. Me pregunté qué le ocurriría y sentí un vago temor de que algo desagradable le rondara por la cabeza; y ciertas suposiciones imprecisas sobre qué podría ser me inquietaron no poco y me pusieron lo bastante seria y callada. Pero todas esas fantasías se desvanecieron al llegar a las tranquilas afueras de la ciudad; pues en cuanto divisamos la venerable iglesia antigua y la colina ——, con el

azul intenso más allá, vi que mi acompañante estaba bastante animado.

—Me temo que he ido demasiado deprisa para usted, Agnes —dijo él—; en mi impaciencia por salir de la ciudad, olvidé pensar en su comodidad; pero ahora caminaremos tan despacio como usted quiera. Veo, por esas nubes ligeras en el oeste, que habrá una puesta de sol espléndida, y llegaremos a tiempo para contemplar su efecto sobre el mar, aun al ritmo más moderado de avance.

Cuando habíamos llegado aproximadamente a la mitad de la colina, volvimos a caer en silencio; silencio que, como de costumbre, él fue el primero en romper.

—Mi casa sigue siendo un lugar solitario, señorita Grey —observó él con una sonrisa—, y ya conozco a todas las señoras de mi parroquia, y a varias de esta ciudad también; y a muchas otras las conozco de vista y de oídas; pero ninguna me conviene como compañera; de hecho, solo hay una persona en el mundo que pueda serlo: y esa persona es usted; y quisiera saber cuál es su decisión.

—¿Lo dice usted en serio, señor Weston?

—¡En serio! ¿Cómo ha podido pensar que bromeara sobre tal asunto?

Puso su mano sobre la mía, que reposaba en su brazo: debió de sentir cómo temblaba, pero ya no importaba gran cosa.

—Espero no haber sido demasiado precipitado —dijo en tono grave—. Usted habrá sabido que no es mi costumbre adular y decir blandas necedades, ni siquiera expresar la admiración que sentía; y que una sola palabra o mirada mía significaba más que las frases melifluas y las fervientes protestas de la mayoría de los hombres.

Dije algo sobre que no me gustaba la idea de dejar a mi madre, y que no haría nada sin su consentimiento.

—Ya lo he arreglado todo con la señora Grey mientras usted se ponía el sombrero —repuso él—. Ella dijo que me daría su consentimiento si lograba obtener el de usted; y le pedí que, en caso

de que yo fuera tan afortunado, viniera a vivir con nosotros, pues estaba seguro de que así lo preferiría usted. Pero se negó, diciendo que ahora podía permitirse contratar a una ayudante, y que continuaría con la escuela hasta poder adquirir una renta vitalicia suficiente para mantenerse con comodidad en un alojamiento; y que, entretanto, pasaría las vacaciones alternativamente con nosotros y con su hermana de usted, y estaría muy contenta con tal que usted fuera feliz. Y así, he rebatido sus objeciones en lo que a ella respecta. ¿Tiene usted alguna otra?

—No, ninguna.

—¿Entonces me ama usted? —dijo él, apretándome la mano con fervor.

—Sí.

Aquí me detengo. Mi diario, del que he compilado estas páginas, no va mucho más allá. Podría continuar durante años, pero me contentaré con añadir que nunca olvidaré aquella gloriosa tarde de verano, y que siempre recordaré con deleite aquella empinada colina y el borde del precipicio donde nos detuvimos juntos a contemplar la espléndida puesta de sol reflejada en el inquieto mundo de aguas a nuestros pies, con los corazones henchidos de gratitud al cielo, de dicha y de amor: casi demasiado llenos para hablar.

Pocas semanas después de aquello, cuando mi madre se hubo provisto de una ayudante, me convertí en la esposa de Edward Weston; y nunca he hallado motivo para arrepentirme de ello, y tengo la certeza de que nunca lo hallaré. Hemos tenido pruebas, y sabemos que habremos de tenerlas de nuevo; pero las sobrellevamos bien juntos, y procuramos fortalecernos el uno al otro ante la separación definitiva, la mayor de todas las aflicciones para quien sobrevive. Pero si tenemos presente el glorioso cielo que nos aguarda, donde ambos podremos encontrarnos de nuevo y el pecado y el dolor son desconocidos, también eso podrá sobrellevarse; y, entretanto, procuramos vivir para la gloria de Aquel que ha sembrado tantas bendiciones en nuestro camino.

Edward, mediante sus denodados esfuerzos, ha obrado sorprendentes reformas en su parroquia, y es estimado y amado por sus feligreses, como merece; pues cualesquiera que sean sus defectos como hombre (y nadie carece de ellos por completo), desafío a cualquiera a reprocharle nada como pastor, como marido o como padre.

Nuestros hijos, Edward, Agnes y la pequeña Mary, prometen mucho; su educación, de momento, me está encomendada en gran parte; y nada les faltará de cuanto el cuidado de una madre pueda darles. Nuestros modestos ingresos son más que suficientes para nuestras necesidades: y practicando la economía que aprendimos en tiempos más difíciles, y sin intentar nunca imitar a nuestros vecinos más ricos, logramos no solo disfrutar nosotros mismos de confort y contentamiento, sino reservar cada año algo para nuestros hijos y algo para dar a quienes lo necesitan.

Y ahora creo que ya he dicho suficiente.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB